

LORRAINE COCÓ

*¿Desde cuándo jugar al gato y al ratón se ha vuelto un juego tan
✓ sexy y peligroso? ☒*

be yourself!

Yummy!

¿O?

Yummy!

Let's do it!

Ni
**CONTIGO
NI SIN TI**

LORRAINE COCÓ

¿Desde cuándo jugar al gato y al ratón se ha vuelto un juego tan
✓ sexy y peligroso? ☒

be yourself!

Yummy!

LOO?

Yummy!

Kat's do it!

Ni
**CONTIGO
NI SIN TI**

©2020, Ni contigo ni sin ti © 2019 Lorena Rodríguez Rubio

Corrección: Violeta Triviño

Maquetación: Valerie Miller

Diseño portada y contraportada: Lorraine Cocó

Web de la autora: www.lorrainecoco.com

Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, alquiler o cesión de la misma sin el consentimiento expreso y por escrito de la autora.

[DEDICATORIA](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[SOBRE LORRAINE COCÓ](#)

[OTRAS OBRAS DE LA AUTORA](#)

DEDICATORIA

Para Bruno, mi marido, por romper mi ventana y cambiarme la vida.

CAPÍTULO 1

La primera vez que Lauren Weaver posó su incendiaria mirada verde en Kenneth O'Brien, este estaba bajo su ventana, con la misma cara que ponía Neo, su Golden Retriever, cuando atacaba el plato del beicon del desayuno a traición y lo pillaban infraganti. No le importó que pareciera realmente afligido, ni que el flequillo le cayese sobre la frente de lado, como a Zac Efron en los carteles a doble página que tenía colgados en las paredes de su cuarto. Tampoco que sus preciosos ojos castaños implorasen piedad. Ella estaba furiosa y él iba a recibir toda su ira.

Había tenido un primer día de clase horrible. Tras pasar todo el verano soñando con ese momento, su llegada a la escuela secundaria, estaba emocionada y muy nerviosa. Y de un plumazo se había ido todo al garete. Su mejor amiga desde la guardería, a la que había añorado todo el verano —pues se había ido a Francia con sus padres—, la había ignorado como si no existiera. Le había hecho una pulsera de la amistad en el campamento y cuando fue a obsequiársela, ella la miró con desprecio y, pasando por su lado, la empujó haciendo que la pulsera cayera al suelo, donde fue pisoteada después. Se sintió tan confusa que no supo reaccionar. Se quedó allí parada junto a las taquillas. Parpadeó varias veces, luego

miró a un lado y a otro del entramado de pasillos completamente nuevo para ella. Empezaba el sexto grado y todos parecían mayores en ese sitio. Se suponía que iba a ser una experiencia única, emocionante, que Kendal y ella se apoyarían, vivirían aquella nueva etapa juntas, pero por primera vez estaba sola.

Meneó la cabeza, no se iba a dar por vencida, nunca lo había hecho y fue hacia la que había sido su amiga hasta ese momento. Si se daba prisa podría pillarla antes de entrar en la primera clase. Tenía que haber un error. Durante el verano había creído que el cambio en la actitud de Kendal, que con el paso de las semanas le había escrito cada vez menos, se debía a que estaba muy ocupada recorriendo la sofisticada Europa con sus padres. Pero tal vez se había equivocado. Tal vez había cometido algún error, la había ofendido o hecho algo que le había sentado mal. Todo el mundo sabía que era una experta metiendo la pata cuando hablaba. Pero, ¿qué podía haberle dicho? En las cartas que ella le había enviado solo le contaba cosas del campamento, también algunas anécdotas de su hermano Matt y que había acompañado a Neo a un curso de adiestramiento al que le había obligado a asistir su madre.

Por mucho que rememoraba cada una de las líneas que había vertido en esas cartas, no encontraba nada que hubiese podido ofender a su amiga, de modo que necesitaba una explicación.

Tampoco tuvo suerte con eso. El timbre sonó y Kendal desapareció en la primera clase, que no coincidía con la suya. La buscó en los descansos y finalmente en el comedor, y entonces lo supo; había sido sustituida por las chicas de las que su amiga y ella se habían estado riendo todos aquellos años. Las observó a todas, tan monas, disfrazadas de adultas, con sus vestiditos y bolsos, las gafas de sol en la cabeza y el móvil en la mano, haciéndose selfis mientras ponían morritos. ¡Kendal iba incluso maquillada! Se miró a sí misma, con su peto vaquero y la camiseta que ambas se habían pintado antes del verano, y se sintió ridícula por primera vez en la vida.

A partir de ese momento solo había querido estar sola, llegar a casa, encerrarse en su cuarto, su santuario, y llorar sobre su colcha cosida con camisetas estampadas con divertidos dibujos. Las había ido adquiriendo en los viajes que había hecho con sus padres por el país en su caravana. Eran los mejores recuerdos que tenía y siempre que lloraba sobre ella se sentía mejor, como si aquellos recuerdos la abrazasen. También quería poner la música a todo volumen y dejar de oír en su mente las risas de aquellas brujas, sus propios pensamientos y hasta el tonto latido de su corazón que martilleaba sin piedad en su cabeza.

Estaba vaciando toda su frustración sobre la almohada, cuando un estruendo enorme la hizo levantarse de un salto, confusa. Se limpió las

lágrimas del rostro enrojecido con el dorso de la mano y fue hasta la ventana. Allí, pasmada, comprobó que el cristal estaba rajado de lado a lado. De repente le dolió el pecho, papá iba a ponerse furioso, puede que incluso creyese que había sido ella. No sería la primera vez que rompía una ventana, de forma accidental, por supuesto. Y con su historial de trastadas, se la iba a cargar, seguro.

Solo de pensar que, con total seguridad sería tratada con injusticia por segunda vez ese día, la ira se apoderó de ella. Necesitaba desfogarse y, abriendo la ventana contigua a la rota, asomó la cabeza y empezó a gritar todo lo que se le ocurrió a aquel chico desconocido. Le dio igual no saber quién era, así era incluso mejor, porque dejó salir al demonio que habitaba en su interior, encolerizado, sin el menor remordimiento.

«Bien» no era la palabra, sino «liberada». Estaba siendo exorcizada de todo aquello que le había hecho daño ese día, cuando el chico empezó a reír ante ella. Ya no había remordimientos en sus ojos castaños, solo incredulidad y luego diversión. El muy idiota llegó incluso a abrazarse el estómago como si todo lo que ella le estuviese diciendo fuese un chiste. ¿Cómo se atrevía a reírse de ella? Las risas de las guays de la escuela se reprodujeron en su mente de nuevo, cuando ya pensaba que se había deshecho de ellas. Y toda la frustración se materializó en las yemas de sus dedos como un hormigueo que la incitaba a buscar pelea.

Ni siquiera lo pensó y se alejó de la ventana, salió de su cuarto iracunda y bajó los escalones saltándolos de dos en dos. Iba a explicarle un par de cosas a ese chico cara a cara. A ver si se atrevía a seguir riéndose de ella cuando le enseñase los puños. Por su mente pasaron los momentos en los que Matt la enfurecía por diversión y mientras ella intentaba atizarle, él la mantenía a raya apartándola con una sola mano sobre su cabeza. Eso la hacía sentir pequeña e insignificante, y ese chico podía ser incluso más alto que su hermano, que le sacaba cinco años. Aun así, no se detuvo, como tampoco lo había hecho nunca con Matt. Y después, conseguiría que el tipo se quedase hasta que papá regresase de la consulta para dar la cara y explicar que ella no había tenido nada que ver con el desastre de la ventana. Abrió la puerta de la calle con tanta energía que casi se dio con ella en las narices. Salió con la cabeza por delante y los puños apretados, pero tan solo había dado un par de pasos cuando se detuvo en seco.

¡No lo podía creer! ¡Había huido! ¡Maldito cobarde! Gruñó y pegó varios saltitos con los puños aun apretados a ambos lados de su cuerpo. Y entonces se dejó caer de forma dramática en el césped de la entrada, tumbada boca arriba. Solo pudo pensar en una cosa; por culpa de ese cretino le iba a caer el castigo del siglo.

—Lauren levántate del suelo, ve a lavarte las manos y siéntate a la mesa —le dijo su madre mientras llevaba la bandeja con la cena.

—¡No voy a cenar! ¡Y no podéis obligarme, en este país existe el derecho a protestar y manifestarse! —repuso con la barbilla alta, pero sin abrir los ojos, manteniendo la postura inerte en el suelo del salón. Sintió movimiento a su lado y le costó horrores no echar un vistazo, pero se quedó en el sitio. Oyó a su madre suspirar desde la cocina, con frustración. También una risita demasiado cerca de su rostro. Y entonces la voz de papá, tan contundente como de costumbre. Rotunda y grave, estuvo a punto de hacerla dar un respingo. Contuvo la respiración y apretó los ojos como si así diese fuerzas a todo su cuerpo para mantenerse rígido. Necesitaba conservar su postura de protesta o jamás sería tomada en serio.

—¡Matt! ¿Qué demonios estás haciendo? No molestes, ¿no ves que tu hermana intenta demostrar algo?

« ¿Matt? » Lauren esperaba otra reprimenda de su padre para ella, pero no para Matt. Y la curiosidad hizo que abriese un ojo para cotillear. Sobre todo cuando la risita de su hermano se intensificó sobre ella.

—Venga, papá, que está para una foto. En cuanto termine la subo a internet y...

Lauren no le dio tiempo a seguir porque se incorporó inmediatamente para verlo dibujando sobre el suelo una silueta con tiza

amarilla, como si fuera el cadáver de la escena de un crimen.

—¡Eres tonto! —le espetó.

—¡Y tú una teatrera! —repuso su hermano riendo, levantándose a toda prisa para que ella, al estirar el brazo con intención de darle un empujón, no llegase hasta él.

Cuando su padre la vio en pie, no tardó en intervenir.

—¡Vaya! Creí que serías más fiel a tu protesta. Estaba a punto de creer en tu inocencia —añadió ladeando la cabeza, mientras colocaba las servilletas en la mesa.

Lauren no pudo menos que cruzar los brazos sobre su pecho y resoplar.

—En esta casa nos saltamos los derechos fundamentales a la torera. ¿Qué hay de la presunción de inocencia? No tendríais que estar acusándome sin pruebas.

—Me reitero, si no terminas estudiando derecho, me sentiré tremendamente decepcionada —añadió su madre saliendo de nuevo de la cocina, esta vez con una pila de platos—. Matt, limpia ese suelo ahora mismo si no quieres compartir castigo con tu hermana.

Lauren sonrió con maldad a su hermano ante esa posibilidad y este le devolvió el gesto con desdén.

—En seguida, mamá —repuso rápidamente y con ese tono solícito que a Lauren le hacía crisar los nervios—. Solo quería que la enana se diera cuenta de que está haciendo el ridículo.

—¡No es ridículo defender la inocencia de uno mismo cuando nadie más lo hace!

—¡Basta ya, Lauren! Esto no tiene sentido. Estabas sola en la casa y la historia del chico misterioso suena a aquella que inventaste cuando metiste al gato de la señora Perkins en la lavadora porque según tú era un extraterrestre. Suerte que tu madre te pilló a tiempo. —Su padre clavó en ella su mirada verde y terminó la acusación—. ¿Cuándo vas a aprender a asumir las responsabilidades de tus actos?

Las palabras de su padre la hirieron más que una daga clavada en el corazón. Y cuando sintió que las lágrimas amenazaban con abrirse paso en sus ojos bajó la mirada y aguantó la congoja en su pecho que vibró repetidamente, mientras apretaba los labios con fuerza.

No era justo, cuando pasó aquello ella solo tenía nueve años, ahora tenía casi doce y no sospechaba ya de invasiones extraterrestres a través de las mascotas de sus vecinos. Ahora centraba sus pesquisas más en la línea del control mental mediante las redes sociales. Su hermano cada vez estaba más abducido y por lo que oía sobre otros adolescentes del barrio, era algo generalizado. Pero no era el momento para pensar en aquel tema,

y por lo visto tampoco para proclamar su inocencia, pues se daba cuenta de que no le serviría de nada. No significaba que fuese a darse por vencida, tan solo que tenía que cambiar de estrategia. Durante las próximas semanas dedicaría todo su tiempo libre a localizar al culpable de que ella recibiera un castigo tan injusto, y luego haría que todos se disculpasen.

Dejó caer los hombros y levantó el rostro. Sus padres estaban sentados ya a la mesa y Matt guardaba en la cocina la mopa con la que había limpiado el suelo, por lo que se dirigió a su silla, sintiendo que le pesaban las deportivas. Antes de dejarse caer en ella con desgana, se frotó la nariz con el dorso de la mano y resopló. En cuanto su trasero tocó la madera de la silla, el timbre de la puerta sonó, alertándolos de una visita.

Fue a levantarse, pero su padre la detuvo con un gesto de la mano y el ceño fruncido.

—¡Ya voy yo! —gritó Matt. « El pelota de Matt » , pensó ella.

—Tengamos la cena en paz, ¿vale, cariño? —le susurró su madre cuando vio su gesto ofuscado.

Solo tuvo oportunidad de asentir con la cabeza cuando su hermano volvió a intervenir.

—Papá, es el nuevo vecino. Ha venido a disculparse por romper la ventana de Lauren...

CAPÍTULO 2

A Lauren nunca le habían dolido tanto las mejillas de sonreír. Pero no lo podía evitar, cuando aquel chico entró en el salón de su casa portando una caja de bombones y una disculpa, la primera mirada de sus padres fue para ella. Y junto a la sorpresa había retazos de culpa. Esa culpa que la estaba hinchando a ella como a un pavo de puro orgullo.

Durante unos segundos, sus padres no supieron bien qué decir, aún asumiendo con dificultad que la habían acusado injustamente. Ella aprovechó para intervenir.

—¡Vaya! Te has atrevido a dar la cara. No creí que lo hicieras después de desaparecer como un cobarde esta tarde. —Se cruzó de brazos y levantó la barbilla cuanto pudo, pues efectivamente, aquel chico era aún más alto que su hermano.

Estaba viviendo su momento triunfal y pensaba regodearse, pero él se lo estropeó sonriendo. El gesto hizo que ella se quedase paralizada y luego entrecerrara los ojos, con cautela.

—Siento mucho los problemas que haya podido causar mi sobrino con la rotura de la ventana, pero lo cierto es que soy yo la culpable de que

se marchase esta tarde —intervino la mujer que lo acompañaba y que hasta el momento se había mantenido en silencio.

Lauren ni se había percatado de ella, solo del culpable, la caja de bombones que traía y pensaba zamparse y su sentimiento de victoria. Dio un paso atrás para verla mejor.

—Perdón, soy Corinne, la tía de Kenneth. Y ambos acabamos de mudarnos a la casa de la esquina —se explicó la mujer ofreciendo la mano a su madre, que era la que tenía más cerca de su posición.

—Hola, Corinne. Yo soy Paula Weaver. Él es Richard, mi esposo —dijo señalándolo, y añadió—: Y estos son Matt y Lauren, mis hijos. Perdona nuestro asombro, pero es que hasta hace un minuto pensábamos que Kenneth era producto de la fértil imaginación de mi hija.

«¡Gracias, mamá! Eso me deja como una loca», fue lo que pensó Lauren mientras echaba una mirada reprobatoria a su madre y suspiraba con fastidio.

La respuesta debió sorprender a la mujer, que al contrario que su sobrino le pareció simpática. Tenía el cabello rubio, ondulado y tan bien peinado como los de las presentadoras de los informativos. Pero a diferencia de estas su sonrisa parecía natural y espontánea. En esos momentos se la brindaba a ella con comprensión.

—Siento los trastornos que te hemos ocasionado, Lauren. No estuvo bien que Kenneth rompiera vuestra ventana y mucho menos que se marchase después.

—No, no lo estuvo. ¡Me la he cargado yo...!

—¡Lauren, deja terminar a la señora! —la recriminó su padre, pero con suavidad. Una parte de él aún debía sentirse culpable, y Lauren aceptó guardar silencio.

—No, está bien. —Corinne alzó la mano—. Tiene todo el derecho a estar enfadada con nosotros —volvió a intervenir la mujer, y siguió explicándose—. Estaba colocando las últimas cosas de las cajas de la mudanza cuando he sufrido un accidente y he llamado a gritos a Kenneth. —Se apartó el cabello de la frente y mostró una fea brecha.

Paula soltó una exclamación, consternada, y Lauren arrugó la cara por la impresión. No le gustaba la sangre. De hecho, no entendía como su padre podía ser médico, con lo asqueroso que era ver las heridas de los demás. Tampoco que su hermano quisiera seguir sus pasos.

—Tranquila, no es nada. Solo algunos puntos y un buen susto. Kenneth vino a socorrerme, pero ha vuelto esta noche para pedir perdón y ofrecerse a arreglar la ventana con su paga. ¿Verdad, cielo? —Se giró para preguntar a su sobrino que dio un paso adelante.

—Por supuesto. Señores Weaver, siento mucho haber roto la ventana. Estaba haciendo el tonto y se me fue el balón. No fue mi intención ni hacer este destrozo ni causarle problemas a Lauren —les dijo con pesar y aparente sinceridad. Sus padres asintieron, aceptando sus disculpas, y entonces él volvió a centrar su atención en ella.

Le sonrió y algo la golpeó en el estómago. Tal vez fue la forma en la que pronunció su nombre, o la sinceridad de sus ojos castaños, o ese maldito flequillo rubio que le caía perfectamente estudiado hasta casi la mejilla. Pero fuese lo que fuese la trastornó. Y a pesar de que había ido acumulando durante la tarde muchos más calificativos de los que le había soltado desde la ventana para cuando tuviese la desdicha de volver a cruzarse con él, no pudo articular palabra. Su hermano le dio un toque en el hombro para hacerla reaccionar y ella se limitó a asentir. Por suerte su padre intervino y dejó de ser el centro de todas las miradas, incluida la de Kenneth O'Brien.

—Está bien, chico. Te agradezco que hayas venido, pero solo ha sido un accidente. Con este gesto que has tenido es más que suficiente.

Lauren puso los ojos en blanco sin pensar siquiera que lo hacía. Le parecía irónico que ella recibiera un castigo y aquel intruso poco menos que una palmadita en la espalda. Así que, sin poderlo evitar, abrió la boca y mostró su desacuerdo, como era normal en ella.

—No —declaró acercándose a él. Se aseguró de aproximarse lo estrictamente necesario y no tocarlo, pero le arrebató la caja de bombones de las manos. Lo retó con la mirada a que dijese algo, pero el chico ni se inmutó—, ahora sí estamos en paz —zanjó ella. Y giró sobre sus talones para alejarse con la caja. Aparentemente, cualquiera que la hubiese visto, habría pensado que tenía unos nervios de acero, pero en su pecho, el corazón le latía tan rápido que temió que los presentes lo oyesen.

No fue así. En cuanto se alejó, su padre se aclaró la garganta, con un carraspeo y comenzó una animada conversación con los recién llegados, no solo dándoles la bienvenida al barrio, sino invitándolos a cenar, uniéndose a la mesa familiar.

Aquella fue la primera vez que los O'Brien se sentaron junto a ellos, y no fue ni mucho menos la última, pues a partir de ese momento, Lauren tuvo que ver cómo poco a poco se iban convirtiendo en miembros de su familia. Las cenas se repitieron, al igual que los desayunos, las meriendas, las celebraciones de cumpleaños, Acción de Gracias, Navidad y cualquier día o acontecimiento que se quisiese festejar en una u otra casa, ambas familias lo vivían juntos.

Su madre y Corinne se convirtieron en las mejores amigas y Matt y Kenneth, aun más. Ambos compartían curso, clase y afición por el hockey, por lo que sin darse cuenta se vio tratada como la hermana pequeña de

ambos adolescentes. Lo peor que Lauren podía imaginar en la vida, pues no solo no deseaba otro hermano mayor cuya mayor afición fuera la de chingarla y sacar lo peor de ella. Además, empezó a descubrir que algo malo le pasaba en presencia de Kenneth O'Brien, pues en cuanto este posaba sus preciosos ojos castaños en ella, las mejillas se le encendían, la respiración se le volvía dificultosa y el corazón... ¡Ay! Su pobre corazón empezaba a latir como un loco. Además, se mareaba y creía estar a punto de vomitar de los nervios. Todo de lo más extraño y siniestro. Pero sobre todo, peligroso. Muy peligroso.

CAPÍTULO 3

—¿Vamos a la fiesta de Nicole? —preguntó Matt a su amigo que lo seguía, mientras aparecían por la puerta.

Lauren, que hasta ese momento se tomaba los cereales del desayuno tranquila y en silencio, levantó la mirada del cuenco rápidamente. Tenía que haber tragado antes de hacerlo, porque en cuanto sus ojos se pasearon por el rostro de Kenneth, estuvo a punto de atragantarse. Se pasó rápidamente la mano por la trenza, asegurándose de que estaba bien peinada, a pesar de que los chicos hablaban sin percatarse de ella, como si fuese un mueble más de la cocina en la que acababan de entrar.

—No sé, tío. Tengo mucho que estudiar...

—Yo también tengo mucho que estudiar, pero es la fiesta del año. Solo quedan unas semanas de clase, y después el último verano de nuestras vidas.

—Lo dices como si la *uni* fuera la muerte.

—Eso dice mi padre de la facultad de medicina.

—Solo quiere que no te vuelvas loco fuera de casa y que estudies, pero dudo mucho que vaya a ser tan grave.

—Para ti es fácil, eres un cerebritito. ¿Quién si no estudia matemáticas aplicadas? Yo tengo que cumplir con las expectativas de mi padre...

Lauren quiso propinar un fuerte capón a su hermano, pero en el mismo momento en el que este soltó aquellas palabras, se dio cuenta de su error.

—Lo siento, tío, lo he dicho sin pensar —se apresuró a disculparse.

Ambos se quedaron mirando a Kenneth con expectación, pero no mostró ningún enfado. Solo se encogió de hombros, como si no hubiese tenido la menor importancia, pero a ella no le engañaba. Lauren conocía cada uno de sus gestos. Por algo se había pasado la mayor parte de aquellos últimos tres años observándolo. Y Kenneth tenía lo que, según había leído, se llamaban micro expresiones. Sonaba a algo muy científico, pero era solo que hacía pequeños gestos que delataban su estado de ánimo o lo que pensaba. Ella era una experta en Kenneth O'Brien, y sabía que el desacertado comentario de su hermano sobre su padre le había dolido. No le extrañaba. Al poco de conocer a los O'Brien, descubrieron que Kenneth vivía con su tía porque hacía pocos meses que sus padres habían fallecido en un accidente de tráfico.

Aquella información sorprendió mucho a la familia. Kenneth no parecía el típico chico sin padres, taciturno, rebelde y enfadado con el

mundo. Al menos, no lo que imaginaba que sería ella si se hubiese encontrado en la misma situación que él. Kenneth era amable, sonreía, y hasta era divertido.

Su madre dijo una vez que admiraba su fortaleza, su entereza y la madurez que mostraba siendo tan joven. Y no lo podía negar, ella también. Aun así, por fuerte que fuese, el hecho de que no nombrase jamás a sus difuntos padres le decía a Lauren que el tema le dolía más de lo que quería expresar.

Lo observó mientras él se sentaba frente a ella en la isla de la cocina, y en su mente imaginó que acariciaba su mejilla, consolándolo. Lo había hecho otros cientos de veces, siempre en su mente, claro, y se había vuelto un gesto habitual en su imaginación.

Kenneth levantó el rostro y la pilló observándolo. Durante un segundo sus miradas se cruzaron y aguantó la respiración.

—Hola, Pecas — la saludó como siempre, con ese apelativo que la sacaba de quicio. Con catorce años no quieres que te vean como a alguien con el pelo rojizo y llena de manchas, pero él le recordaba esas cosas que tenía en la cara cada día. Hizo una mueca en respuesta, pues él sabía cuánto le fastidiaba y lo seguía haciendo. Era una batalla perdida.

Pensó que iba a decirle algo más, pero en el último momento, giró el rostro y respondió a su hermano. Ella suspiró y bajó la mirada, pero se

mantuvo atenta a la conversación.

—No tengo ganas de ir a esa fiesta, Matt. Ya sé lo que va a pasar. Nicole solo me ha invitado porque quiere liarme con Chelsea.

Los ojos de Lauren se abrieron de par en par, menos mal que tenía el rostro hacia abajo y era prácticamente invisible para ellos.

—¡Oh, sí, tío! Y liarse con el bombón de la jefa de animadoras es lo peor que te puede pasar en la vida... —repuso su hermano riendo, con sarcasmo—. Esa chica no parece de este mundo, no al menos del mundo en el que nosotros nos movemos. Es de otra liga. Acabará el instituto y se convertirá en súper modelo o algo así —dijo tomando la botella de leche de la nevera y sirviendo dos vasos.

—¿Y qué? —preguntó Kenneth. Y ella en su mente saltó de alegría. « Ese es mi chico » .

De repente sintió a su hermano tras ella, y cómo este le tapaba los oídos con ambas manos para evitar que oyese lo que iba a decir. Protestó y se revolvió, pero él era más fuerte que ella y la mantuvo sujeta.

—Que está demasiado buena. Tiene unas piernas de infarto. ¿La has visto con esa faldita del uniforme? No me creo que no hayas fantaseado con adentrarte bajo esa falda y...

Lauren no podía más. No quería imaginarse a Kenneth adentrándose en la falda de ninguna chica. ¡Era asqueroso! Dio un codazo a su hermano

en el vientre y lo obligó a soltarla. Aprovechó que este se retorció de dolor para levantarse del taburete, mientras Kenneth reía a carcajadas con la escena. Estaba furiosa con su hermano y por eso no contuvo su lengua.

—¿De verdad crees que no puedo oír lo que dices? ¡Y eres repugnante! Matt, las mujeres no somos solo tetas, culos y lo que sea que quieras ver debajo de una falda. —Cogió su mochila de la silla y se la colgó al hombro para salir de allí con gesto airado.

—Tranquila, hermanita. No iba por ti, te falta mucho para ser una mujer —le gritó su hermano entre quejidos y risas encogido aún por el dolor.

Una punzada hiriente le atravesó el pecho. Tenía catorce años y aún no había señales de que fuese a desarrollarse en un futuro cercano. No se parecía ni de lejos a las chicas en las que se fijaba Kenneth o cualquier otro chico, incluidos los de su propia edad. Pero tampoco era una niña. Arrugó la nariz y se la frotó con el dorso de la mano cuando sintió que estaba a punto de llorar. No había nada más humillante que el hecho de que tu hermano te dejase en evidencia delante del chico del que estás secretamente enamorada.

Aún por el pasillo, seguía oyendo las risas de los dos en la cocina, y entonces Kenneth habló y ella se detuvo junto a la escalera.

—¿Te sigue doliendo? Lo tienes bien merecido, te has pasado tres pueblos con ella.

—Es dura, lo superará.

—No diría lo mismo de ti. ¿Vas a estar mucho tiempo más quejándote?

—Solo hasta que te apiades de mí y aceptes ir a la fiesta. Tú verás lo que haces con Chelsea, pero yo quiero quedar con Nicole.

Oyó a Kenneth resoplar con pesadez y cerró los ojos con fuerza, esperando su respuesta.

—Estaaaá bien, iré. Imagino que un poco de diversión no me hará daño —aceptó. Y en su fuero interno, Lauren supo que se avecinaban tiempos revueltos para ella.

CAPÍTULO 4

El día que Kenneth y Matt se marcharon a la universidad fue uno de los más tristes para Lauren. Siempre había pensado que el día que su hermano se fuese de casa sería feliz. Ya no tendría que esperarlo más de una hora por las mañanas a que saliese del baño, y total, para recolocarse una y otra vez cada pelo del flequillo que no se había peinado. Tampoco se encontraría más la caja de sus cereales favoritos vacía, ni sospecharía ante la botella de la leche si habría bebido a morro o usado un vaso como la gente normal. Tampoco la chincharía tirándole de la trenza, o se metería en las conversaciones telefónicas que tenía con sus amigas para luego burlarse de ella.

Sí, siempre había pensado que ese sería un día liberador. Y, sin embargo, aquella mañana, viéndolo dar paseos con sus maletas y bultos para dejarlos en la entrada, sintió un nudo en la boca del estómago con un sabor amargo que no le gustó nada. Había un millón de razones para estar feliz, pero no lo estaba.

Y era una soberana estupidez, porque tampoco es que se fuese a la otra punta del país. Seguiría allí, en Providence. Lo vería los fines de semana y en las vacaciones. Pero había sido admitido en Brown, al igual

que Kenneth, y la política de la universidad era estricta con la residencia de los estudiantes en el campus. Se daba cuenta por primera vez que eso significaba que cada vez que necesitara a su hermano, no lo tendría allí. El hecho de que este se llevase consigo a Kenneth tampoco ayudaba a mejorar su humor.

Llevaba años aguardando a que llegasen las mañanas, cuando su vecino aparecía por la puerta de la cocina para recoger a su hermano y marcharse juntos al instituto. También ir a verlos a los partidos de hockey y ver los partidos de fútbol los domingos todos juntos frente al televisor. En aquellas ocasiones ella se sentaba siempre entre su hermano y él, tan pegada que el calor de su cuerpo la traspasaba como si la estuviese abrazando. Cuando marcaban los Patriots chocaban las manos y por un momento imaginaba que enlazaba los dedos con los suyos y se miraban a los ojos durante un segundo o dos, sin que nadie más pareciese estar en el gran salón de su casa.

Esos momentos también habían acabado, porque muchos fines de semana no podrían volver a casa a causa de trabajos y exámenes. Todo estaba cambiando y ella no estaba preparada para lo que se avecinaba.

—Lauren, ¿puedes ayudar a tu hermano con sus cosas? —le preguntó su madre pasando por su lado con una caja llena de artículos de limpieza.

Su madre tampoco lo estaba pasando bien. Sabía que de un momento a otro rompería a llorar, pero se estaba aguantando, centrándose en llenar cajas con cosas que estaba segura de que su hermano no usaría en la vida. Como aquella con productos de limpieza que no iba a abrir siquiera. También le había preparado ropa de invierno como si no pudiese llevarle o recoger él la ropa que fuese necesitando. Sacudió la cabeza, pero no protestó y levantándose de los escalones empezó a coger bolsas que sacar para cargar en el coche.

—¿Qué tal, Paula? ¿Cómo llevas la marcha del niño? —oyó en el jardín a Corinne que acababa de llegar. Esta abrazó a su amiga, que le mostró una mueca triste.

—Pues nada bien. Siento como si se fuese a miles de kilómetros.

—Has leído demasiado sobre el síndrome del nido vacío —apuntó su padre, que era quien organizaba las cosas en el maletero para que todo cupiese.

—Mujer, si antes de lo que piensas lo vas a tener aquí, con la ropa sucia para que se la laves.

—Eso dice él —confirmó su madre con una sonrisa triste.

—¿Ves? Estos chicos son demasiado familiares para despegarse tanto como para que los echemos de menos. Mira Kenneth, dice que va a venir todos los fines de semana.

En los labios de Lauren se dibujó una sonrisa espontánea.

—Y yo le digo que de eso nada. La experiencia de la universidad es para vivirla a tope. ¿O ya se te ha olvidado cuando la viviste tú?

Corinne siempre le había caído genial. Era divertida, ingeniosa y muy guapa. A Lauren le parecía la más interesante de las amigas de su madre, que solía codearse con otras madres en su mayoría cotillas, amargadas y obsesionadas con la organización de actividades para la escuela. Su vecina, sin embargo, era como una brisa fresca entre aquel grupo gris de mujeres. Tal vez porque era más joven que la mayoría de ellas, soltera, y su trabajo como agente inmobiliaria la hacía relacionarse con mucha gente y asistir a viajes y eventos divertidos. Pero ese día, insinuando que Kenneth no debía pasar tanto tiempo en casa, bajó unos cuantos peldaños en la escala de personas a las que admiraba.

—Ese es el problema, que no los ha olvidado. Ahí donde la ves, era una de las más fiesteras cuando la conocí en la universidad —añadió su padre, continuando con la conversación.

El comentario provocó risas y su madre dio un pequeño codazo a su padre para que no revelase sus secretos.

—¿Ah sí, mamá? ¿Una fiestera? —Matt se sumó a las risas y Lauren volvió a sonreír al ver que todos parecían más animados.

—Solo me divertía un poquito. Además, yo salía porque podía hacerlo, jamás suspendí un examen —añadió levantando un dedo a modo de advertencia.

—Ya... apuntado. Mientras lleve bien los estudios puedo salir cuanto quiera. —Su hermano brindó a su madre su sonrisa más granuja y ambos se fundieron en un abrazo.

—¿Y Kenneth, está preparado ya? —preguntó su padre a Corinne.

—Sí, lo tiene todo listo desde ayer. Está tardando porque se está despidiendo de esa nueva novia suya.

Un mazazo, aquella declaración fue como un fuerte mazazo en el estómago de Lauren que se llevó las manos al vientre, tras imaginar que una enorme y pesada bola de acero la golpeaba con fuerza, haciéndola caer al suelo.

—¿Kenneth tiene novia? ¿Desde cuándo? —preguntó su padre tan sorprendido como ella.

—Desde hace solo unas semanas. ¿No lo sabíais? Este chico es demasiado discreto —añadió sacudiendo la mano—. Matt la conoce, empezaron a salir en una fiesta a la que fueron hace poco. Es muy guapa, jefa de las animadoras, creo.

« ¡Chelsea! », pensó Lauren entrecerrando los ojos.

—No creía que fuera nada serio, pero se ha presentado en casa para despedirse de Kenneth con una caja llena de cosas para que la recuerde en la universidad. —El gesto de Corinne decía que le parecía un detalle encantador, pero a Lauren le dio arcadas.

—¡Qué tierno! —añadió su madre, en tono meloso.

—Sí, muy tierno. Lo está marcando para que las chicas de la *uni* sepan que está pillado. — Y ese fue el comentario lleno de sensibilidad de su hermano.

—¿Quién está pillado? —la pregunta de Kenneth los sorprendió a todos al aparecer de improvisto.

—¡Túuuu! —le dijo su madre, posando una mano en el hombro del chico—. ¡Qué callado lo tenías!

Kenneth bajó el rostro, avergonzado. Se frotó la nuca con una sonrisa ladeada y al hacerlo clavó su mirada castaña en ella. Pero en aquella ocasión, Lauren la sintió como un latigazo. Él no tenía ni idea de lo que sentía por él, ni de las conversaciones imaginarias que tenían, ni de las veces que ella le apartaba el flequillo en su mente. Tampoco de las veces que él la abrazaba cuando se sentía mal, pero aun así sintió que la estaba traicionando y rompiéndole el corazón en mil pedazos. No apartó la mirada, se la sostuvo sintiendo que el dolor la atravesaba, llegando a cada rincón de su cuerpo. Kenneth tragó saliva.

—No es nada —terminó por contestar cuando su padre lo instó a hablar, con una palmadita en la espalda. Apartó la mirada de la suya y Lauren decidió que, aunque él no fuese a enterarse jamás, aquel era el final de todo.

Se mantuvo apartada mientras los mayores empezaban a abrazarse con la ronda de despedidas, hasta que su hermano la rodeó con el brazo y la llevó contra su pecho. En ese momento, dejó que las lágrimas abandonasen su cárcel y humedecieran sus pestañas. Apretujada entre los cuerpos de su hermano y su madre, se dejó llevar por la tristeza de ver marchar a su hermano. El otro dolor prefería dejarlo a un lado, hasta que estuviera a solas en su cuarto y pudiese romper las cartas que había escrito en secreto a Kenneth O'Brien, las libretas en las que había trazado sus nombres juntos o las letras de las canciones que le recordaban a él.

—Sigue dando guerra, enana. Así mamá no me echará tanto de menos —le dijo Matt tirándole una última vez de la trenza.

—Claro... todo sea por mamá —contestó con una sonrisa triste. Dio un paso atrás y se metió las manos en los bolsillos del peto vaquero. Bajó la mirada hasta las puntas de sus zapatillas de deporte, salpicadas de gotas por el césped mojado.

Y de repente, como si el mundo se hubiese detenido en un momento, Kenneth se agachó frente a ella y antes de que pudiese preverlo depositó

un beso sobre su mejilla. Se quedó literalmente sin respiración, sintiendo palpar su piel, el calor que la abrasaba y que dudaba que jamás consiguiese apagar.

Y después, cuando sus mejillas aún estaban próximas, Kenneth sonrió con naturalidad como si la conmoción que acababa de provocar en su cuerpo fuese de lo más normal.

—Cuídate, Pecas —le dijo.

«Cuídate». La palabra quedó retumbando en su mente una y otra vez, hasta mucho tiempo después de que el coche arrancase y se marchasen. Incluso cuando entró en casa, subió a su cuarto y se tumbó boca arriba en la cama. Allí seguía, en bucle, como esas canciones pesadas que se te quedan grabadas y no puedes quitarte de la cabeza.

¿Y si se quedaba ahí para siempre?

CAPÍTULO 5

Era increíble la cantidad de cosas que podían hacerse con un corazón roto. Lauren jamás lo habría creído antes de que rompieran el suyo, pero al cabo de unas semanas, tras la marcha de los chicos a la universidad, empezó a darse cuenta. No lo iba a negar, los primeros días fueron un infierno gris. Todo era de ese color plomizo y triste, como si alguien pintase su mundo mientras ella dormía, para que al despertar las cosas le parecieran insulsas, vacías y sin interés. Hasta las canciones se le antojaban más tristes y la comida insípida. Se dejó llevar por la inercia de esos días grises, sin darse cuenta. ¿Era eso lo que llamaban desamor? ¿Por eso las protagonistas de las películas que veía su madre terminaban comiendo litros de helado y llorando como locas?

Ella no había vuelto a llorar, solo se había apagado. No tenía la energía de antes, y a menudo se sorprendía parada en mitad de alguna habitación sin saber qué hacer o por qué había ido hasta allí. Fue entonces cuando pidió a su madre que le comprara un diario. Temía estar entrando en alguna especie de Alzheimer prematuro que la llevase a olvidar las cosas y empezó a escribir lo que hacía y cómo se sentía. Ni siquiera quería

leerlo después, solo verter las cosas que pasaban en su mente y que parecían ocuparlo todo, no dejando espacio para la realidad.

También fue la época en la que su madre la apuntó a clases de baile. No fue algo realmente impuesto. A ella siempre le había interesado bailar, pero lo hacía en su casa o con amigas. Pero al verla tan triste, su madre creyó que una actividad extraescolar le vendría bien para distraerse. Tenía razón, dos días a la semana iba a clase de baile moderno y hip hop y descubrió que también podía expresar lo que sentía de esa forma, con su cuerpo y sin palabras.

Los días fueron pasando. También las semanas, los meses y los años, y su tiempo cada vez estaba más lleno de cosas que la mantenían tan ocupada como para no pensar en nada más. Había hecho un nuevo grupo de amigos en las clases de baile y quedaba con ellos también para bailar los fines de semana. Y poco a poco, sin darse apenas cuenta, fue reencontrándose con los colores, los sabores, y la alegría entre las notas de los temas que bailaban.

Estaba tan ocupada que no solía tener tiempo para pasarlo en casa cuando Kenneth iba a visitarlos los fines de semana que regresaba. No huía, solo no buscaba esos momentos. Ya no estaba disponible para pasar tiempo con él. Con lo que los encuentros se limitaban a holas y adioses cuando se cruzaban en la puerta. A veces él parecía interesado en charlar

con ella un poco más, como antes. Preguntarle por cómo le iban las clases o contarle alguna anécdota de la universidad, pero ella se escabullía con rapidez.

Su vida pareció regresar al punto en el que Kenneth no formaba parte de ella. Aunque él sí seguía formando parte de su familia, ya no lo necesitaba para respirar.

El tiempo fue cambiando su mundo. Los posters de su cuarto fueron mudando. Ahora junto a Zack Efron también había otros de Usher, y un par de Maroon 5 y Eminem. También se modificaron sus gustos musicales, e incluso su ropa. Ya no llevaba petos holgados, prefería camisetas más cortas que dejaban al aire su cintura. Tampoco se recogía el pelo con una trenza, pues lo lucía suelto y orgullosa de su tono cobrizo y único. No tenía nada que ver con que Taylor Cramer, uno de los chicos de su grupo de baile, le hubiese dicho que su pelo era «flipante». Él solo hizo que al llegar a casa se lo soltara para ver qué tenía de flipante y descubrió que era cierto. Siempre había estado ahí y lo había dado por sentado. Sin embargo esa tarde lo dejó caer a un lado de su rostro, como una cascada, y la luz que entraba por la ventana lo hizo refulgir como llamas líquidas e hipnóticas. Lo estuvo admirando durante mucho tiempo, como si no fuera suyo, como si lo apreciara por primera vez. Y entonces se sintió orgullosa y empezó a mostrarlo.

Tanta seguridad hizo que por primera vez quisiese dar una gran fiesta de cumpleaños. Iba a cumplir dieciséis y tenía mucho que celebrar. Iba a poder conducir, llegar más tarde y viajar con el grupo para participar en el campeonato interestatal de baile.

Aquella mañana bajó las escaleras bailando. Llevaba los auriculares puestos y el mp3 enganchado en la cinturilla de su pantalón deportivo. Estaba poseída por los ritmos de *Meet Me Halfway* de The Black Eyed Peas. Entró en la cocina con los ojos cerrados, moviendo los hombros, la cadera y los pies, desinhibida y feliz. Levantó los brazos y se los llevó al cabello, para bajarlos por su cuerpo mientras realizaba un movimiento muy sexi que había visto en un video musical. La música acompañaba y se sintió fuera de sí, fuerte y femenina, hasta que abrió los ojos y vio que no estaba sola.

Se detuvo en seco, paralizada mientras la música vibrante seguía en sus oídos. Pero ya no podía moverse. Y al parecer Kenneth tampoco, porque vio cómo dejaba caer la cuchara con la que se estaba comiendo sus cereales en el cuenco, haciendo que la mitad de la leche salpicase sobre la isla de la cocina. Él estaba tan blanco como ella roja y quiso que se la tragara la tierra. La canción acabó y antes de que empezase la siguiente, se despojó de los auriculares, dispuesta a enfrentarse a él. Sin embargo,

ambos permanecieron en silencio un segundo eterno antes de que Kenneth lo rompiera con su habitual saludo.

—Hola, Pecas.

Ella sonrió, tal vez por costumbre o porque ya no le molestaba tanto que la llamase así. Y él imitó su gesto, de esa forma tan única suya, como si la sonrisa se deslizase perezosa en sus labios. No creía que fuera consciente de lo que esa sonrisa podía hacer en el sistema nervioso de una chica.

—Te estás comiendo mis cereales —le dijo arrebatándole la caja.

—Lo sé, son los mejores —añadió él levantándose para coger el bol que usaba cada mañana desde los diez años. Era espantoso, tenía un horrible mono pintado que se comía una banana, pero Matt se lo consiguió en un puesto de la feria y desde entonces no quería otro. Lo puso delante de ella y luego le sirvió leche, como otras muchas veces lo había hecho cuando coincidían en el desayuno, salvo que esta vez Lauren percibió algo diferente en el ambiente que no sabía describir.

—Gracias —dijo algo nerviosa y dedicó toda su atención a servirse los copos de maíz para evitar mirarlo— ¿No te quedaban cereales en la *uni*?

Kenneth volvió a sonreír.

—¿Te digo la verdad?

Ella asintió con la boca ya llena.

—No saben igual si no te los robo a ti.

Lauren lo miró alucinada. Con los ojos muy abiertos, frunció el ceño sin entender y cuando él amplió la sonrisa, ella se tapó la boca para hacerlo también.

—Vale, me tomas el pelo —dijo cuando terminó de tragar asintiendo.

No estaba mal lo de volver a sentarse a hablar, como en los viejos tiempos, de manera relajada.

—No, no te lo tomo. Pero es cierto, no es la única razón para venir.

Lauren alzó una ceja interrogante mientras se metía otra cucharada en la boca.

—He quedado con tu padre. Necesito un consejo paterno y él es lo más parecido que he tenido en muchos años.

Lauren sintió el dolor que escondían aquellas palabras, dichas de la forma más casual. Y el gesto volvió como si los muros que había alzado entre los dos fuesen de papel. Se vio a sí misma llevando la mano hasta su rostro, apartando su flequillo, ahora más corto y acariciando su mejilla con amor. Tuvo que tragar un nudo emocionado que empezó a dolerle en la garganta, antes de hablar.

—¿Estás bien? — le preguntó con los ojos algo más brillantes de lo normal.

—Sí... —suspiró él con pesadez. Luego se frotó el rostro, sacudió la cabeza y sonrió—. Solo necesitaba volver a casa, comerme tus cereales, y ver ese bailecito tuyo —. Esta vez al sonreír se mordió el labio inferior ligeramente de una forma tan sexi que Lauren se atragantó con los cereales.

Lo golpeó en el brazo y supo que fue un error. ¿Por qué tenía tantos músculos? ¿Desde cuando los matemáticos se mataban en el gimnasio?

—¡Creía que estaba sola! —se defendió.

—Ya me imagino. Tu madre me había dicho que bailas muy bien, pero nunca te imaginé haciéndolo así.

« ¿Así cómo? » , se preguntó con una mezcla de curiosidad y nervios que se le trenzaron en el estómago.

—Bueno... me temo que hay muchas cosas de la nueva Lauren que no conoces —dijo con chulería apartándose el cabello a un lado.

—Espero que siga habiendo mucho de la vieja Lauren ahí dentro, me gustaba — declaró levantándose para depositar su cuenco en el fregadero. Mientras, ella intentaba asimilar sus palabras, perpleja.

Él volvió a girarse y disimuló su turbación, enfrentando su mirada.

—Aunque esto me gusta también —añadió él tomando un mechón de su largo cabello suelto, entre los dedos—, te queda genial. Es salvaje, como tú.

Electricidad pura, vibrante, palpitante, excitante y devastadora, atravesó todo su cuerpo, envolviéndolo en llamas que solo ella podía ver y sentir.

Otra vez aquella mirada castaña clavada en la suya, haciendo que se desbaratase el latido de su corazón, que sus pulmones olvidasen que tenían que respirar, volviéndola loca.

Unos golpes en el cristal de la puerta que daba al jardín, los sacaron a los dos de ese momento. Cuando Lauren se giró, se dio cuenta de que se trataba de Taylor y el resto del grupo de baile. Habían quedado en ayudarla con los preparativos de ese día. Se levantó de un salto del taburete.

—¿Tus amigos? —preguntó él con curiosidad.

—Sí... mis amigos. Son del grupo de baile. Habíamos quedado.

—Bien... pues te dejo. Voy a buscar a tu padre, me dijo que estaría en el garaje. Nos vemos en la fiesta.

—¿Te quedas a la fiesta? —preguntó perpleja e ilusionada, antes de abrir la puerta a sus amigos que volvieron a llamar.

—Claro, Pecas, son tus dieciséis. No me lo perdería por nada del mundo.

Lauren sonrió, pero al instante se vio envuelta en el abrazo de grupo de los chicos que empezaron a felicitarla.

Kenneth, antes de salir de la cocina se giró una última vez, para verla rodeada de sus amigos. Inhaló con profundidad y se marchó.

CAPÍTULO 6

—Tus padres sí que saben dar una fiesta, y no los de la hermandad —dijo Kenneth a Matt colocándose a su lado. Le ofreció la cerveza que había cogido para él y dio un sorbo de la suya, sin apartar la vista de la cumpleañera.

—La princesa lo merece. ¿Sabes que acaba de ganar un premio estatal de literatura juvenil con un cuento que ha escrito?

—No tenía ni idea. Es... —Parpadeó varias veces— impresionante.

Tampoco sabía de qué se sorprendía, siempre lo había sido. Pero se daba cuenta de que, tal y como ella misma le había dicho esa mañana, había muchas cosas que no sabía de la nueva Lauren. Y eso no le gustó, era como perder parte de su historia, de una de las personas más importantes de su vida.

Kenneth la observó bailando en medio de la pista que habían acondicionado sus padres en el jardín para la fiesta. Realizaba, junto a los chicos que le había presentado como su grupo, una coreografía muy buena. Parecía resplandecer bajo las luces de colores de los focos, totalmente entregada a la música. Siempre había estado llena de energía, pero ahora brillaba de una forma diferente.

—Lo es, y aunque me fastidie decirlo, ya no es una niña. ¿Has visto la cantidad de tíos que le van detrás? Seguro que mi padre tiene bien engrasada la escopeta.

Matt rio y él lo acompañó, aunque no era diversión lo que sentía.

—¿Crees que tiene novio? —dejó que la pregunta escapara de sus labios.

—¡Joder, espero que no! —espetó Matt inmediatamente—. Tú y yo sabemos lo que se piensa todo el día a esa edad. —Sacudió los hombros como si sufriera un escalofrío.

—Solo hace cinco años que teníamos esa edad y tú sigues pensando en lo mismo, día y noche —se burló de su mejor amigo, pero sabía exactamente a lo que se refería.

Volvió a observar a Lauren y a su grupo y se percató de que uno de ellos la cogía de la cintura. Esa cintura que ahora lucía al aire, mostrando el ombligo. Recordó cuando su prenda favorita era un peto vaquero que siempre llevaba desatado de un tirante, y sonrió. La sonrisa le duró lo que tardó en ver como el chico posaba la otra mano sobre su piel y la atraía hacia él para abrazarla.

—¿Has visto eso? —le pregunto Matt.

—Lo he visto —repuso él dando otro gran trago a su botellín de cerveza sin alcohol.

—¿No crees que es obligación de un hermano mayor velar por el bien de su hermanita?

—Sin duda lo es, pero Lauren...

Matt se quedó solo con la primera parte de la frase, porque antes de que le pudiera decir que su hermana no era ninguna niña desvalida y que lo mataría cuando viese que se entrometía en su vida, este salió disparado hacia la pista. Se pasó una mano por el pelo, apartándose el flequillo y resopló. Aquello no estaba bien. Matt iba a liarla y tenía que impedirlo. Así que corrió tras él.

—¡Hermanita! —Matt irrumpió en la pista entrometiéndose directamente entre los cuerpos de Lauren y su amigo. Y ella lo miró espantada.

—¡Matt! —protestó.

—Perdona, chaval, pero quiero hablar un momento con mi hermana —dijo este al chico, sobre su hombro, y antes de que pudiera darle una respuesta, se la llevó de la pista, rodeándole los hombros con el brazo.

—Matt, ¿qué demonios haces? ¡Estábamos haciendo el baile!

—Lo sé, es precioso. Súper chulo, en serio. Solo te entretendremos un minuto, después te dejaremos ir a seguir pegando saltos.

Kenneth puso los ojos en blanco al ver que lo incluía en su plan.

Lauren miró a su hermano, cuyos ojos vidriosos mostraban que se había tomado un par de cervezas. Supo que no se lo quitaría de encima hasta que no le dijese aquello por lo que la había apartado del grupo y resopló.

—¿Qué es tan urgente, a ver?

—Solo queremos saber una cosa. Y que conste que es mera preocupación fraternal.

Lauren alzó las cejas y Kenneth quiso salir de allí cuanto antes. Volvió a pasarse la mano por el pelo y el gesto llamó la atención de Lauren, que lo miró interrogativamente.

—¿Tienes novio? —preguntó Matt.

Los ojos de la chica se abrieron de par en par, sin poder creer los derroteros que iba a seguir aquel improvisado interrogatorio.

—No me mires así, te hemos visto bailar con ese chico. Y déjame decirte que tiene las manos muy largas. Lauren, eres demasiado inocente, no sabes lo que esos chicos están pensando todo el día, no puedes dejar que te soben de esa...

—¡¿Qué diablos estás insinuando?! —Lauren lo interrumpió y dio un paso atrás apartándose de ellos con las manos levantadas. Los miró con odio y una expresión de repulsión que a Kenneth se le clavó en el corazón.

—Lauren, no... —quiso explicarle que él no tenía nada que ver con aquella escena, pero ella no lo dejó continuar. Ya estaba furiosa, era un volcán en erupción e imparable.

—¡No digas nada! ¿Tú también crees que puedes darme consejos sobre lo que puedo o no hacer con mi vida? Ya no soy una niña y no tenéis ningún derecho a hacer comentarios de ningún tipo. Haré lo que me dé la gana, ¿está claro?

Soltó su discurso con esa mirada incendiaria que tantas veces le había visto y lo supo. Era como aquella vez que le prohibieron escalar con ellos el roble más alto en una acampada y fue exactamente lo que hizo en cuanto se dieron la vuelta, para demostrarles que podía hacer lo mismo que los chicos. Escaló más rápido que ninguno, pero mientras bajaba, perdió el equilibrio y se cayó desde un par de metros de altura. Se dislocó el hombro y estuvo varias semanas con él en cabestrillo. El estómago de Kenneth se encogió con una angustia agónica.

La vio dar un par de pasos hacia atrás marcando las distancias, mientras negaba con la cabeza. Cerró los puños y giró sobre sus talones.

«¡Mierda! ¡Lauren no lo hagas! ¡NO lo hagas!», gritó en su mente.

No lo pensó, corrió tras ella y la detuvo agarrándola por el brazo.

—No lo hagas, por favor —le imploró cuando ella lo fulminó con la mirada.

Durante un segundo, Lauren dejó que sus miradas se enlazasen. Kenneth respiraba profusamente. Su pecho subía y bajaba agitado y su expresión era de angustia. Ya imaginaba que debía resultarle repugnante pensar que la que era como su hermanita pudiese ser deseada y besada por un hombre, por un chico, en aquel caso. Las palabras «preocupación fraternal» volvieron a su mente, hiriéndola. Y se soltó de su agarre con un movimiento brusco. Giró sobre sus talones y se dirigió a la pista con paso decidido. Sabía que hacía mucho que le gustaba a Taylor. Era la comidilla del grupo y se lo había insinuado un par de veces, aunque ella nunca le había dado pie para declararse. Pero eso iba a cambiar. En cuanto llegó hasta él tomó su rostro con ambas manos y depositó un beso sobre sus labios, con furia. Él debió confundir su ímpetu con pasión porque no tardó en rodearla con sus brazos y pegarla a su cuerpo.

No se pareció en nada a ese primer beso que había imaginado cientos de veces, que tendría. Sobre todo, porque no eran los labios del chico al que ella deseaba en realidad, al que habría entregado su primer y su último beso. Se separó de Taylor consiguiendo contener apenas las ganas de llorar. Su mirada se desvió instintivamente hacia donde debía estar Kenneth, pero este ya se había marchado.

CAPÍTULO 7

La historia con Taylor no funcionó. No podía hacerlo porque en realidad nunca lo había visto de esa manera. Él quiso que empezasen a salir desde entonces, la llamaba a casa y la rodeaba con el brazo en el instituto. Jamás se había sentido más incómoda y culpable, porque había sido ella y solo ella la que se había metido en aquella situación. Nunca tenía que haberle dado falsas esperanzas y besarlo había sido el mayor de los errores que había cometido, por muchas razones.

Su hermano empezó al día siguiente de su cumpleaños una campaña de acoso y derribo con ella para que lo perdonara por su comportamiento durante la fiesta, y como no podía ser de otra manera y porque estaba cansada de que le llenase el buzón de voz con mensajes chorras, terminó por perdonarlo. Pero Kenneth no volvió a pasar por casa en los siguientes meses.

Al principio pensó que era por su culpa. Él le había advertido que no besara a Taylor, solo había intentado protegerla de sí misma (al menos eso era lo que se decía cuando no quería estar enfadada con él), y ella había actuado rabiosa, cegada, sin pensar en las consecuencias, como era su costumbre. Creía que lo había decepcionado y que no volvería a casa

jamás. Pero una tarde, yendo de compras con mamá y Corinne, descubrió la verdad.

Habían ido a buscar un vestido para su fiesta de fin de curso y Corinne convenció a mamá para que también ella se comprase algo bonito y actualizase su vestuario. Estaban dispersas cada una concentrada en revisar un perchero de la tienda en busca de las prendas deseadas, cuando su madre abrió la conversación.

—¿Y a Kenneth cómo le va en Canadá?

Lauren, que iba con uno de los auriculares puestos, se lo quitó inmediatamente, y con disimulo y expectación miró a Corinne por encima de la barra del perchero. Esta, sin embargo, había hecho lo mismo con ella, y sus miradas se cruzaron durante un segundo, antes de que Lauren la desviase y con disimulo hiciese como que se concentraba en una prenda en concreto, sacándola del colgador. Era un vestido horrendo que no le interesaba en absoluto, pero eso era lo de menos. Solo quería que Corinne siguiese hablando sobre Kenneth.

—Pues... está bien, sí. Bastante bien —añadió su casi tía, pero no terminó de creerla.

¿Qué hacía Kenneth en Canadá? ¿Desde cuándo estaba allí? ¿Por qué no se había enterado ella de algo como eso? Y, lo más importante, ¿cuándo volvería a casa?

—Necesitaba esto desde hace tiempo. Lleva años guardándose esos sentimientos de culpa. El accidente de sus padres y haber sido el único que sobrevivió... Cuando todo ocurrió lloraba durante horas cada noche antes de quedarse dormido.

Corinne hizo una pausa, con la mirada perdida, recordando esos días en los que no podía más que preocuparse por su sobrino, mientras intentaba superar la muerte de su hermano y su cuñada. Sacudió la cabeza intentando deshacerse de los recuerdos. No le gustaba pensar en cosas tristes.

—Pero ahora está mejor. Conocer a la familia de su madre, que vive en Canadá, le hace sentirse más unido a ella. Lo han recibido con los brazos abiertos y dice que está siendo bueno para él. Incluso ha empezado a interesarse por la fotografía. Los paisajes de allí son impresionantes, ¿sabes?

—Sí, Richard y yo hicimos un viaje a Toronto antes de que naciera Matt y nos encantó.

—Quiere que vaya a conocerlo. Me manda algunas de sus fotos y son espectaculares. Tiene talento. Espero que cuando regrese no deje de hacerlo.

—¡Qué bien! Es un gran chico, se merece lo mejor. Seguro que el cambio de aires le está viniendo fenomenal —repuso su madre, sacando

una percha con una camisa espantosa.

Corinne no tardó en arrebatársela de las manos, con el ceño fruncido.

—Olvídate de eso, no hemos venido a comprar clones de lo que ya tienes, sino algo que te haga sentir poderosa, femenina... —el resto de adjetivos los susurró dándole la espalda, como si ella fuese una niña que no pudiese escuchar lo que decían los mayores. Y debió ser algo fuerte porque su madre se sonrojó hasta el cuero cabelludo.

—Está bien —aceptó su madre con desgana—, pero no quiero algo demasiado llamativo. Eso no me va.

—Pero es lo que te va a ir a partir de ahora. Tú déjame a mí y todo irá bien.

Lauren se había acercado unos pasos a ellas y Corinne le guiñó un ojo haciéndola cómplice del plan que tenía para su madre. Pero ella solo quería que volviesen al tema de Kenneth. Durante largos segundos esperó que hablaran de ello otra vez, pero ellas solo se concentraron en la ropa. Estaba a punto de gritar, cuando su madre volvió a preguntar.

—¿Y sigue con esa chica?

Se quedó petrificada, sin poder siquiera pestañear. Sintió que hasta su corazón se paralizaba aguardando una respuesta.

—No, claro que no. Aquello duró solo unos meses. Ella quería una relación más seria, ya sabes. Lo visitaba todos los fines de semana, se

presentaba allí por sorpresa, le enviaba fotos...

La vio alzar las cejas un par de veces y Lauren entendió perfectamente a lo que se refería. Esta vez la que se ruborizó fue ella.

—Pero él no estaba preparado para algo tan serio. Creo que tenía la cabeza en otro sitio. No quería jugar con ella y terminó por romper antes de que la cosa fuera a más.

—Bueno, no será así para siempre. Tarde o temprano llegará la chica adecuada para él. Un hombre tan guapo no estará soltero mucho tiempo.

¿Por qué tenía su madre que decir cosas como esas? Se pasó la mano por la frente, sintiendo que empezaba a agobiarse. ¿Por qué tenía que estar enamorada precisamente de él? ¡¿Por qué?! Lo que sentía le hacía tener ganas de llorar todo el día, dolía, era tan intenso, frágil y real... solo para ella... que creía que se iba a volver loca.

Y todo había ido bien hasta el día de su cumpleaños. Si no hubiesen hablado, si no hubiesen compartido esos momentos en el desayuno, si él no la hubiese intentado detener, clavando en ella esa preciosa mirada implorante... Ahora no podía borrarlo de su mente, ni de su corazón. Tenía que hacer algo. Kenneth estaba sanando su corazón, haciendo su vida, descubriendo otro mundo y ella estaba encerrada en aquella relación ficticia, en aquel amor no correspondido. Y tal vez no en ese momento, pero más adelante, tal y como había dicho su madre, él se enamoraría,

llevaría a una chica a casa, la presentaría como su novia y ella querría morirse.

—¿Cómo se cura un corazón roto? —formuló la pregunta en voz alta, sin darse cuenta y al alzar la mirada se encontró con las de Corinne y su madre, que la observaban sorprendidas—. No es por mí... —añadió en tono dubitativo encogiéndose de hombros, e intentando disimular.

—Es por una amiga, ¿verdad? —se apresuró Corinne a tirarle un cable, rodeándola por los hombros. Su madre, sin embargo, se llevó una mano a la boca, tan sorprendida como emocionada.

No tenía que haber dicho nada. Era la niña de la casa, sabía que tanto su padre como su madre se resistían a ver que se estaba convirtiendo en una mujer.

—Sí, una amiga. Una amiga de clase. Lleva un tiempo enamorada de un chico que no sabe ni que existe.

—¿Y por qué no ha hecho algo para que él la vea? —Lauren sonrió ligeramente, Corinne era siempre tan segura de sí misma...

—Creo que ella en el fondo sabe que no le conviene. Es un chico mayor... de los de último curso —se apresuro a aclarar para disimular—. Pronto se irá a la universidad y no volverán a verse.

—Bueno cielo, eso nunca se sabe. Yo siempre digo que, si una persona tiene que ser para ti, será para ti. Al destino le gusta jugar, pero

siempre sabe cómo acaba la partida.

Soltó la frase como si fuera una especie de mantra que guiaba su vida.

—Pero sí, creo que tu... amiga hace lo correcto en olvidarse de ese chico. La vida es muy corta para pasarla esperando a alguien. Y mucho más a vuestra edad, que lo que tenéis que hacer es comeros el mundo. Si no lo haces, termina caducándose, hazme caso —añadió mirándose en uno de los espejos mientras se estiraba la cara con las manos, como si se hiciera un lifting.

—¡Claro, hay muchos peces en el mar! —dijo su madre en tono ligero, queriendo participar en la conversación. Ya no sabía si hablaban de su hija o no, pero no quería que pensase que no podía confiar en ella para esas cosas.

—¿Más peces? ¿Otros chicos? —preguntó Lauren enarcando una ceja.

—Exactamente, otros chicos. Los hay buenos, malos y regulares. Mientras no mire a los segundos, todo será diversión y experiencias que ayudan a distinguir con el tiempo lo que se quiere realmente.

—Di que sí, amiga. Hay que besar unos cuantos sapos antes de encontrar el príncipe —apuntó Corinne, sumándose al consejo de su madre. Que sinceramente no habría esperado que le diera jamás.

Le alegró poder hablar con ella de chicos sin que le dijera que era demasiado joven para el amor. Y sonrió.

—Y ahora, vamos a buscar un vestido espectacular para tu gran noche. Vayas con un príncipe o con una rana, tú tienes que ir de princesa —añadió su madre y las tres se echaron a reír.

CAPÍTULO 8

Lo de besar sapos no fue fácil en el instituto. Los chicos le parecían todos tontos. Y cada vez que creía que podría probar con uno, a los pocos días creía que iba a ser otro error como el que cometió con Taylor. No quería volver a equivocarse y tal vez eso hacía que se lo pensase demasiado, pero esperaba que su suerte cambiase en la universidad.

Contempló el imponente edificio principal de Brown desde la ventanilla trasera del coche de su padre, que se había empeñado en que tenían que llevarla para asegurarse de que se instalaba correctamente. No lo habían hecho con Matt y le parecía bochornoso que con ella sí. Pero aceptó por mamá, para no verla llorar. Se había pasado semanas releendo los libros sobre cómo sobrellevar el síndrome del nido vacío tras la marcha de los hijos, y quería que se quedara tranquila.

—Aún no puedo creer que vayamos a dejarte aquí —le repitió su madre con voz afectada cuando aparcaron el coche frente a la puerta de la residencia.

—Estoy a cuarenta minutos de casa, mamá.

—Lo sé... —repuso esta con un puchero.

Lauren meneó la cabeza. Fue a abrazar a su madre, pero su padre intervino antes.

—Vamos, cariño, es un día feliz. Nuestra hija entra en Brown y con una beca, ¿qué más se puede pedir?

Lauren sonrió ante el aspecto práctico de su padre. Sabía que estaba orgulloso de ella. El día que le concedieron la beca por su talento literario, y con una plaza directa en el Brown Daily Herald, el periódico de la universidad, a ella no la abrazó, pero llamó a todos sus amigos para compartir la noticia. No le importó, tampoco ella era muy dada a las demostraciones de afecto, pero sabía a quién quería y a quién no, y que lo daría todo por los primeros. Su padre habría hipotecado la casa para que ella entrase en la universidad que quería si hubiese hecho falta. No tener que hacerlo había sido una bendición para él, que tendría que seguir pagando por muchos años más la carrera de medicina de su hermano.

Como si le hubiese leído el pensamiento, su madre lo nombró en ese momento.

—Por cierto, ¿dónde están Matt y Kenneth? Prometieron que estarían aquí para ayudarte a instalarte.

—No hacía ninguna falta —se apresuró ella a protestar.

—Lo sé, pero yo me siento más tranquila sabiendo que están aquí también. Si necesitas cualquier cosa, ellos te ayudarán.

Lauren sabía que era así, pero lejos de ser algo que la tranquilizase, la ponía nerviosa. Aquel era el último año para Kenneth, que compaginaba ahora su carrera de matemáticas aplicadas con un grado de arte, pues había decidido explorar más el tema de la fotografía, que le apasionaba. Ya había expuesto en varias galerías de Providence y era una estrella en ciernes. Y Matt, tras terminar los cuatro primeros años medicina, empezaba su segundo año en medicina general. Pero ella, aunque estaba deseando empezar con su carrera de periodismo, también quería tener la oportunidad de desmelenarse un poco. Y no creía que le fuera posible con su hermano y Kenneth vigilando sus pasos. Aunque el campus era muy grande y no tendrían ni por qué verse, si no querían. O al menos eso era lo que se decía ella una y otra vez para convencerse.

—No necesito nada —terminó por decir para reafirmar su postura, no solo ante sus padres, sino ante ella misma. Nada más pronunciar las palabras, la voz de Matt acabó con sus castillos de arena.

—¡Hermanita! —lo oyó gritar desde varios metros de distancia.

Lauren hizo una mueca, pero cuando su hermano llegó hasta ella y la abrazó por la espalda, levantándola del suelo, rio.

—¡No me puedo creer que vayamos a estar juntos en la *uni*!

—No haber elegido una carrera tan larga, y nos habríamos ahorrado los dos este mal trago —le dijo ella medio en serio medio en broma.

—Anda, si lo vamos a pasar genial. Yo me ocuparé de que nadie se meta contigo —añadió su hermano haciendo realidad la peor de sus pesadillas.

—¿Recuerdas lo que pasó la última vez que te metiste en mi vida?
—Solo tuvo que formular la pregunta para que Matt levantase las manos y diese un paso atrás poniendo espacio entre los dos.

—Tu hermana es capaz de machacar a cualquier chico de esta universidad si se atreve a meterse con ella —intervino una voz justo detrás de ella.

Esa voz, esa que aún seguía colándose de vez en cuando en sus sueños. La única capaz de cambiar la cadencia del latido de su corazón. «De momento», se dijo a sí misma, para darse ánimos antes de girarse con una sonrisa en los labios. Antes de plantearse como saludarlo, Kenneth la acogió en sus brazos, rodeándola por completo. ¡Dios, olía tan bien que quiso esnifárselo entero!

—Bienvenida, Pecas —le susurró al oído y cada poro de su piel se erizó en respuesta.

Era química pura. Algo salvaje e incontrolable. Un huracán devastador para las células de su cuerpo, para sus sentidos ahora azotados sin piedad. Y cuando creía que se derretiría entre sus brazos, él la soltó y

le volvió a regalar esa sonrisa ladeada que la convertía en una boba sin cerebro.

—Gra... gracias —consiguió decir y metió las manos en los bolsillos traseros de sus vaqueros para no caer en la tentación de volver a tocarlo.

—¿Traes mucho equipaje? —preguntó él mirando el maletero que acaba de abrir su padre.

—No... no mucho. Solo lo necesario. Ya tendré tiempo de traer más conforme me vaya haciendo falta —repuso ella, acercándose al coche.

—Siempre supe que eras la más lista de los tres. Nosotros en el segundo año aún teníamos cajas sin abrir.

—Puedo imaginarlo.

« ¿Puedo imaginarlo? ». Lauren quiso golpearse en la cabeza mientras subían sus bultos hasta la segunda planta donde se encontraba su cuarto. ¿Por qué de repente parecía tímida con él? ¡Era Kenneth! ¡Su Kenneth! ¡No, mierda, *su* Kenneth no, Kenneth a secas!

Acababa de llegar y las cosas ya se estaban torciendo. Ese no era el plan. Allí iba a vivir la gran aventura de su vida. Iba a convertirse en una mujer. Iba a conocer chicos interesantes y tener experiencias. Besar algunos sapos y tal vez encontrar un príncipe, mientras hacía lo que más le gustaba hacer, junto con bailar; escribir.

Cuando llegó a su cuarto solo pensaba en escapar. Se adelantó para abrir la puerta y allí mismo los detuvo.

—Está bien, hasta aquí —dijo poniendo los brazos en jarras.

—¡Pero cariño, queremos ayudarte a instalarte! —protestó su madre.

—Mamá, por favor, ya sabes dónde estoy. Puedes venir cuando quieras a verme, pero ahora necesito hacer esto sola.

Los cuatro pares de ojos se clavaron en ella en silencio y durante un segundo se sintió muy culpable. Hasta que intervino su padre.

—Tiene razón, puede hacerlo sola —dijo dejando su maleta en el suelo.

—Tal vez deba comprobar que los pestillos de la ventana funcionan correctamente. Sé de algunos de este edificio que no van muy bien —dijo su hermano. Y se ganó una mirada reprobatoria de su madre por las cosas que aquella declaración implicaba.

—Si sirve de algo, mi padre ya ha hecho esa comprobación. — Esta vez todas las miradas, incluida la suya, recayeron en la ocupante del cuarto. Una chica de cabello negro y ojos azules que le cayó bien al instante—. ¡Hola! Soy Payton, la compañera de cuarto —se presentó alzando la palma de la mano, pero sin levantarse de su cama sobre la que estaba sentada con las piernas cruzadas, observando la escena.

—Encantada, Payton —la saludó su madre, su padre lo hizo con un gesto y Matt y Kenneth lo imitaron.

—Bien, pues ya veis que tengo una compañera muy maja y sabéis dónde residiré los próximos años de mi vida. Ya podéis iros tranquilos.

—Está bien, hija, como tú quieras —accedió su madre, con resignación. Y todos depositaron los bultos que cargaban en el suelo.

Uno a uno, se fueron despidiendo. Abrazos, más abrazos, un tirón del pelo de parte de Matt y cuando llegó el turno de Kenneth un beso en la mejilla que la dejó sin aliento.

—Si me necesitas, solo tienes que llamar —le dijo este.

—Lo sé —repuso ella en un hilo de voz.

—Nos vemos, Pecas.

—Nos vemos —dijo ella.

En cuanto se marcharon, se apoyó en la puerta aun abierta y, cerrando los ojos, tomó el aire del que él la había privado, intentando recomponerse.

—Solo una pregunta —interrumpió el momento su nueva compañera y abrió los ojos para mirarla—, en beneficio de nuestra futura gran amistad —aclaró—, ¿ese pedazo de bombón es tu hermano también? ¿Está libre?

CAPÍTULO 9

Kenneth abrió el periódico estudiantil y fue directamente a la sección que iba a llevar Lauren. Era su primer artículo para el diario y la emoción lo llevó a recorrer con avidez cada página, hasta que lo encontró finalmente. Antes de leerlo, se detuvo a contemplar su nombre impreso al final, firmando su obra. Sonrió. Siempre supo que Lauren tendría grandes cosas que decir al mundo y ahí estaba la prueba.

Tomó aire y lo soltó lentamente. Después se apoyó contra el tronco del árbol en el que había decidido cobijarse para disfrutar ese momento y empezó a leer. No había terminado la primera columna cuando ya sintió que le faltaba el aire. Se pasó una mano por el rostro y luego por el cabello, intentando adivinar en qué estaría pensando al escribir un artículo de opinión como ese.

Era un auténtico suicidio social, una declaración de intenciones y una carta de presentación que sin duda no dejaría indiferente a nadie. Matt iba a poner el grito en el cielo cuando lo leyera, y no podía negar que tendría motivos para ello, como parte del Consejo Panhelénico, el órgano rector del reclutamiento de hermandades en Brown. Pero tampoco negaría

que estaba de acuerdo con muchas de las cosas que Lauren decía en su artículo.

Aun así, criticar el proceso de reclutamiento, relatándolo con todo lujo de detalles, el impuesto código de vestimenta, cuando lo que proclamaban es una nueva ley de inclusión que fomentase la diversidad, y el trato, según ella, como borregos hacia la nueva clase de aspirante, hacía que se abriese una puerta que iba a costar meses cerrar. No era la primera vez que se publicaba un artículo así, pero sí había sido pionera en entrar como «infiltrada» en el proceso de reclutamiento y conseguir las alteradas declaraciones de muchos participantes. De hecho, decía entender el gran número de abandonos entre las aspirantes, que a mitad del proceso veían totalmente innecesario entrar en una hermandad, y promovía el cierre de estas instituciones a su entender arcaicas y clasistas.

Lo dicho, toda una declaración de intenciones y a partir de ese momento, un cartel de neón que la ponía en el ojo de mira de todos los miembros de cada una de las cuatro hermandades. Admiraba su valentía, la necesidad que tenía de proclamar su postura, de defenderla sin pensar en las consecuencias, pero se preguntó en qué estarían pensando los editores del periódico para dejarla exponerse así en su primer año. Sabía que ella odiaba que se metiesen en su vida y sus decisiones, pero algo tenía que hacer, o las cosas se iban a poner muy feas.

La entrada de Lauren en las oficinas del periódico aquella mañana fue apoteósica. Había ido hasta allí emocionada, solo con el interés de ver impreso su primer artículo tras meses trabajando en la redacción. Su trabajo de documentación y sus ideas ayudando a otros escritores le habían dado la oportunidad de escribir lo que realmente quería, en lugar de encerrarla en la sección de cultura, en la que no dejarían oír su voz. Y ahora, cuando estaba a punto de ver materializado su esfuerzo, viéndolo impreso en el periódico, un nudo se aposentó en su estómago. Sabía que había sido audaz diciendo lo que realmente pensaba y que había llevado su trabajo de investigación al límite. Pero el mundo no estaba hecho para los cobardes, ¿verdad? Al menos eso era lo que se había dicho a sí misma, cada día desde que le propusieron ese artículo.

Cuando llegó a Angell Street, donde se encontraban las oficinas y entró en la sala de redacción, tenía ya los nervios a flor de piel. Solo quería conocer la acogida del artículo entre el alumnado. Sin embargo, en cuanto puso un pie en la sala y la recibieron con un caluroso aplauso, los nervios dieron paso a la vergüenza más absoluta. No había esperado un recibimiento así y se sintió abrumada y desconcertada. Era su primer artículo, solo esperaba críticas y alguna reacción positiva, pero las más de cincuenta personas allí congregadas la aplaudieron como si hubiese

realizado una gran hazaña. Se llevó las manos a las mejillas que sintió arder al instante, y un momento después, el editor jefe de la sección, Reuben Bell, fue hasta ella y la rodeó con su brazo para darle la enhorabuena.

—Te has lucido, Weaver, menudo artículo. No hemos dejado de recibir llamadas desde que salió publicado —dijo él haciendo un gesto con su mano al personal para que dejaran de aplaudir, cosa que ella agradeció enormemente. Luego la fue guiando entre las mesas hasta su despacho.

Miró por el rabillo del ojo a Crystal, su editora, y esta le devolvió la mirada, pero sin el entusiasmo del resto de sus compañeros, lo que la hizo tragar saliva.

—¿Qué... tipo de llamadas? —se atrevió a preguntar tras adentrarse en el despacho. Reuben cerró la puerta acristalada tras él y la invitó a sentarse en una de las sillas frente a su escritorio.

—Reacciones. ¿Acaso busca otra cosa un periodista? No estamos aquí para dorar la píldora a los lectores, sino para abrirles los ojos, para generar polémica, y cambiar el mundo. Porque somos la voz de...

Vehemente sí que era. Lauren se había dado cuenta de ese hecho el día que entró por primera vez en la redacción, junto con los otros nuevos miembros del periódico y les dio su discurso de bienvenida. Reuben Bell había llegado a su puesto gracias a los abundantes premios que había

ganado con sus reportajes, su carisma y la capacidad que tenía de movilizar a la gente. Era un líder, y eso se respiraba solo con estar en la misma habitación que él.

—Sí... pero, ¿qué tipo de reacciones? —preguntó interrumpiéndolo. Algo a lo que no debía estar acostumbrado porque clavó su mirada oscura en ella con una mezcla de sorpresa y desconcierto. Aun así, sonrió.

No lo iba a negar, cuando estaba serio era un hombre muy atractivo, y aquella sonrisa era oro puro. No capaz de derretir glaciares como la de Kenneth, pero sí de detener el tráfico. Una sonrisa a la que ninguna mujer en su sano juicio haría ascos. Y ahora estaba dirigida a ella y solo a ella.

—Eres brillante. Habría que ser un estúpido para no verlo. Tu forma de escribir es directa, fresca, explícita, pero con clase. Eres justo lo que busco para la nueva voz del Herald... si te dejas pulir.

—¿Pulir? —preguntó ella, sin saber qué pesar.

—Pulir —repitió él—. Tu potencial es más que evidente, al igual que tu falta de experiencia. Pero bajo el asesoramiento adecuado, serás imparable. Solo tienes que estar dispuesta a dejarte guiar, creer en ti, y no hacer caso a aquellos que quieran tapar tu luz, porque ya te digo que muchos lo intentarán al verse cegados por ella.

Desde luego lo de agenciarse enemigos no era algo que Lauren se hubiese siquiera planteado, pero sí tenía claro lo que quería.

—Estoy dispuesta a aprender y trabajar duro —declaró, pues desde que se había visto inmersa en la documentación de ese artículo tenía claro que era a lo que quería dedicarse el resto de su vida.

—Bien, era justo lo que quería oír —dijo, e hizo un silencio para mirarla con intensidad, como si estuviese intentando leer en su interior.

Reuben volvió a sonreír llevándose esta vez una mano hasta la barbilla, mientras acariciaba con su dedo índice su carnoso labio inferior, y Lauren tragó una saliva inexistente. Si trabajar con su director editorial iba a ser una distracción, lo tendría bastante difícil.

—Pues si eso es todo... —dijo levantándose de repente de la silla— me voy a... seguir trabajando —añadió dirigiéndose a la puerta.

—Estupendo —repuso él—, seguiremos hablando tras la reunión del jueves. Estoy deseando conocer tus ideas para el nuevo artículo.

—Claro. —Lauren abrió la puerta y lo miró antes de salir de su despacho, pero él ya estaba concentrado en los papeles de su escritorio.

Cerró tras ella con el estómago hecho un nudo, como si acabase de subirse a una peligrosa atracción. Ahora tenía que decidir si eso le gustaba o no.

CAPÍTULO 10

—Este sitio es precioso —dijo su madre admirada—. Gracias, Corinne, por este magnífico regalo.

—Un entorno maravilloso para celebrar el aniversario de la pareja más bonita que conozco —repuso ella levantando la copa, en dirección a sus amigos. El resto no tardó en imitarla y sumarse al brindis improvisado.

Habían vuelto todos a casa ese fin de semana para celebrar el veintiocho aniversario de sus padres, pero Corinne les había preparado una sorpresa, alquilando una casa espectacular junto a la playa, en Little Compton. Por lo que habían viajado poco más de una hora hasta allí para pasar juntos el fin de semana en un marco incomparable. Podría haber sido un fin de semana perfecto, disfrutando del sol, la playa, juegos en familia y unas cuantas risas, más aún cuando Matt había decidido invitar a una chica a casa por primera vez y eso había llenado de felicidad a sus padres. Sin embargo, la tensión era palpable en el ambiente en cada frase que se pronunciaban entre su hermano y ella.

—La ensalada de patatas está buenísima, creo que voy a tomar un poco más —dijo para intentar romper el silencio incómodo que había en la mesa.

Antes de que pudiese tomar la bandeja, su hermano la cogió y la dejó caer delante de ella, de mala manera.

Lauren lo miró apretando las mandíbulas y dejando que el aire saliese por sus fosas nasales, lentamente. Empezó a mover las piernas con nerviosismo debajo de la mesa. Intentaba controlarse para no darle la comida a sus padres que estaban de celebración. Jane, la nueva novia de su hermano también parecía incómoda. La vio tragar saliva y limpiarse la boca con la servilleta mientras bajaba la mirada, como si temiese que al alzar la vista viese desatarse la tormenta.

No había duda, la tormenta era ella, pero su hermano era el que hacía todo lo posible, desde su llegada, para provocarla.

Se echó más ensalada en el plato y sin darse cuenta intensificó el movimiento de sus piernas.

—Paula, ¿es verdad que mi tía te está convenciendo para abrir un canal en YouTube? —La pregunta de Kenneth, sentado a su lado, le sorprendió tanto como sentir su mano grande, de dedos largos, sobre su pierna, presionando para inducirla a parar de moverse.

Habría hecho algún comentario sobre su pregunta si no se le hubiese atragantado la comida de la impresión. Se tapó la boca mientras tosía y miró de soslayo a Kenneth que hizo lo mismo con ella. Él aflojó la presión pero no quitó la mano y ella sintió cómo el calor de su palma atravesaba la

fin a tela de su pantalón, llegaba hasta su piel y comenzaba a ascender por su muslo hasta anidarse en su sexo de una forma que no había experimentado jamás. Él intentaba apaciguarla y lo que estaba haciendo era que corriese el riesgo de morir de combustión espontánea.

Ya no pensaba en su hermano, ni en los motivos que tendría para estar tan furioso con ella. Solo era consciente de esa mano. Era el contacto más íntimo que había tenido con Kenneth y el aire volvió a condensarse como cuando era niña, como cuando todo le daba vueltas en su presencia y de los nervios creía que iba a vomitar. Se le espesó la mente y cerró los ojos un momento, sujetándose el puente de la nariz.

—¿Estás bien? —le preguntó él en un susurro, y la mano que estaba en su muslo pasó a su hombro. Un lugar mucho más seguro, sin duda.

Parpadeó varias veces.

—Sí, sí... perfectamente. ¡Mamá! Cuéntanos, ¿qué es eso de que vas a abrir un canal de YouTube? —dijo intentando desviar la atención de Kenneth de su estado de turbación.

—Te hago un resumen. Mamá está pensando en abrir un canal de YouTube para compartir sus conocimientos como madre y dar consejos sobre cómo gestionar mejor el hogar —espetó su hermano de malos modos. Dejó el tenedor y se recostó en el respaldo de la silla. Después

clavó la mira en ella, furioso—. Quizás te habrías enterado si no estuvieras tan ocupada en fastidiar la vida de los demás.

—¿Pero qué estás diciendo? —preguntó boquiabierta.

—Matt, no le hables así. —Su hermano miró a Kenneth frunciendo el ceño, como si no entendiese que la defendiera—. Y este no es el momento, es la celebración de tus padres —le llamó la atención.

—No te metas... —empezó a responderle, pero su padre lo interrumpió antes de que dijese algo más de lo que pudiese arrepentir después,

—¡Basta! —La voz rotunda y contundente de su padre se alzó sobre las demás—. No sé lo que está pasando aquí, pero no soy capaz de reconocer a mis hijos en las personas que se supone que han venido este fin de semana a celebrar nuestro aniversario. —Los miró con decepción.

Matt resopló, intentando calmarse, pero finalmente no pudo evitarlo y explotó.

—¡Lo que pasa es que tu hija se dedica a difamar en el periódico a todo el mundo, yendo incluso en contra de su propia familia, siendo la egoísta, imprudente y visceral niñata de siempre! No es capaz de pensar en las consecuencias que conllevan sus actos, solo le importa ella misma.

—¡Matt! —Esta vez Kenneth se levantó de la mesa como un resorte y su voz sonó a advertencia.

—¿Desde cuándo eres su defensor? —preguntó su mejor amigo entornando la mirada.

—Yo no necesito que nadie me defienda. —Ahora se levantó ella, y posando una mano sobre el brazo de Kenneth lo instó a volver a tomar asiento. Lo último que quería era que ambos se peleasen por su culpa.

Cada palabra que su hermano había lanzado sobre ella le había dolido como si fuese una puñalada, y lo fácil hubiese sido liberar al demonio que habitaba en su interior y hacérselas tragar una a una, pero ella no era la persona que él la acusaba de ser.

—Y no he ido en contra de la familia, Matt. Mucho menos he querido hacerte daño a ti. Solo he hecho mi trabajo y he contado la verdad.

—¡Tu verdad!

—Lo que viví.

—¿Esto es por el artículo de las hermandades? —preguntó su madre sorprendida.

—¡Sí, es por ese maldito artículo! Y no me importa lo que digan de mí, o en la situación que me deja que mi hermanita pequeña critique la hermandad de cuyo consejo formo parte. Es lo que tengo que oír que dicen de ella. ¡Las cosas que la llaman, lo que dicen que le harían para callarle la boca...!

El rostro de su hermano mostraba repulsión y espanto. Y ella enmudeció.

—Da igual... No pasa nada —dijo levantando las manos—. Podemos seguir pegándonos con toda la universidad mientras tú haces de Juana de Arco —terminó Matt su discurso y se dejó caer en la silla de nuevo.

Lauren tragó saliva y sacudió la cabeza.

—¿Podemos? —preguntó y miró a Kenneth que se cubrió el rostro haciendo una mueca. Al parecer no quería que se enterara de que se habían metido en más de una pelea por defenderla.

—Yo... lo siento. No tenía ni idea... —dijo confusa y perpleja.

Sintió que un nudo le impedía hablar, pero no podía dejar las cosas así. Las lágrimas se agolparon en sus ojos y salió de su sitio rodeando la mesa. Antes de que su hermano pudiese protestar, lo abrazó con fuerza. Él no tardó en resoplar liberándose con el gesto del peso de la preocupación que cargaba en su pecho. Matt se levantó para devolverle el gesto, rodeándola con los brazos.

—Yo también lo siento, enana. No tenía que haberte dicho esas cosas. No las siento.

—No mientas, un poco sí que las piensas —dijo entre la risa y el llanto.

Matt unió el índice y el pulgar señalando que solo un poquito y sonrió con ella.

—Pero lo único que me importa es que no te hagan daño, ¿lo entiendes? Hay mucho imbécil suelto por ahí, y sé que esto en unas semanas se olvidará, pero ten cuidado, ¿vale? He oído cosas sobre Reuben Bell, y... no quiero que te manipule.

Lauren se apartó aún más confusa. ¿A qué venía aquella advertencia? Bell le había dado ese artículo, pero no le había dicho cómo escribirlo.

—Escribí ese artículo sola —declaró. Ella era la única responsable.

—Para que puedas conocer la parte de las hermandades que no has visto, tal vez debas venir con nosotros a ver el trabajo que se hace en ellas. ¿Quizás te dé para un segundo artículo de opinión...? —dijo Kenneth haciendo que volviese a mirarlo.

Lauren no tuvo que sopesarlo, era una gran idea.

—Si me he perdido algo, desde luego quiero saberlo. Y escribiré sobre ello.

—¡Genial! Eso sería fantástico. Solucionaría muchos problemas.

Ella se limitó a asentir y volvió a abrazarlo. Miró a Kenneth sobre el hombro de su hermano, y este le sonrió, complacido con que hubiese

aceptado su propuesta. El corazón de Lauren se volvió a caldear con el gesto.

CAPÍTULO 11

—¡Hola, Pecas!

Lauren se dio la vuelta con una sonrisa, al escuchar el saludo de Kenneth. Había quedado con él y su hermano frente a la hermandad de ambos, Kappa Delta.

—¡Hola! —lo saludó contenta de verlo. Kenneth no tardó en acogerla entre sus brazos y apretarla contra su enorme pecho.

La derretía, no había otra forma de describirlo. Se habría quedado allí para siempre, pero se separó con desgana.

—¿Has venido solo? —preguntó mientras se apartaba un mechón de cabello que el viento de aquel día llevó a sus labios.

—Sí, Matt ha tenido que acompañar a Jane a... una cosa. Pero ha prometido venir más tarde. Mientras, yo te haré de cicerone, si no te importa.

—En absoluto —dijo ella un poco nerviosa, por lo que metió las manos en los bolsillos de su chaqueta y rebotó sobre sus talones—. Es más, quería hablar contigo... a solas.

Kenneth levantó una ceja con una sonrisa en los labios.

¡Ay, Dios! ¡Era tan guapo! Tan, tan guapo, que era difícil concentrarse en combinar dos palabras en una misma frase y que tuvieran sentido. Por suerte había estado ensayando su disculpa durante los últimos días, una y otra vez en su mente y la tenía memorizada.

—Aún no he tenido tiempo de disculparme contigo, y...

Kenneth la tomó por los hombros.

—Lauren, no tienes que disculparte por nada —la interrumpió, algo con lo que no contaba y supone un problema cuando quieres decir algo del tirón.

Lauren bajó el rostro y tomó aire antes de enfrentarlo.

—Sí tengo que hacerlo. Matt y tú os tuvisteis que meter en una pelea por mí, para defenderme.

Kenneth rio con ganas y su pecho vibró ante ella.

—No fue exactamente una pelea. Matt la empezó y yo la acabé. Solo un bando salió herido.

Aquella sonrisa socarrona era nueva e inquietante. Por primera vez, Kenneth aparecía ante ella como un chico malo y peligroso. Y otra vez ese calor en el bajo vientre apareció para consumirla. ¿No le había dicho algo su madre sobre alejarse de los chicos malos?

—No me gustan las peleas, pero sería capaz de batirme en duelo por ti, Pecas.

Enlazó la mirada castaña a la suya y el calor subió por su rostro, haciendo que ardieran sus mejillas.

—¿Te has ruborizado? —le preguntó él riendo sorprendido, y su bochorno aumentó a cotas desconocidas para ella.

—¡No! —protestó tapándose el rostro con ambas manos. En ese momento quería que se la tragara la tierra. Se dio la vuelta y subió el primero de los escalones que llevaban hasta la gran puerta de la hermandad.

—No lo hagas —dijo él a su espalda. La siguió y desde atrás tomó sus manos haciendo que las bajara—. No te cubras, es encantador —terminó de decirle junto al oído.

Podía sentirlo pegado a ella, su aliento acabada de acariciar su mejilla y se preguntó qué estaba pasando. ¿Era consciente él de lo que le estaba haciendo, de lo que provocaba en ella? ¿Había cambiado algo en su forma de tratarla? ¿Se estaba volviendo loca?

No pudo dar respuesta a ninguna de esas preguntas porque la puerta de la hermandad se abrió y Aisha Williams, la responsable de la hermandad, a quien ya había conocido en el proceso de reclutamiento, les dio una entusiasta bienvenida que a Lauren le pareció de lo más artificial.

—¡Ya estáis aquí! —dijo con los brazos abiertos—. ¡Bienvenidos!

Los invitó a pasar y fue derecha a dar dos besos en ambas mejillas a Kenneth que los recibió con naturalidad.

—Gracias por recibirnos, Aisha.

—No hay nada que agradecer —apuntó esta y fue hasta ella para ofrecerle otros dos besos, que no llegaron a rozar sus mejillas—, estoy encantada de que la señorita Weaver nos conozca un poco más en profundidad. Estoy segura de que su visita será reveladora.

Había tensión en sus palabras, como si sintiera que estaba siendo sometida a un examen, y de alguna forma así era, porque Lauren había prometido conocer el trabajo de las hermandades, pero luego iba a escribir lo que viese de veras. Se limitó a asentir con una sonrisa cortés. Kenneth y Matt habían hecho un esfuerzo por convencer a las cuatro hermandades para que se reunieran con ella y no los iba a dejar en la estacada.

—Bien, pasemos al salón, allí estaremos más cómodos. —Aisha les indicó la dirección y dejando que pasase ella primero, esperó para agarrarse del brazo de su acompañante—. Kenneth, a ti hacía mucho que no te veíamos en la casa. ¿Ya no tienes tiempo para las chicas Delta?

Coquetería a kilos era lo que veía Lauren y apretó los dientes mientras tomaba asiento en uno de los sillones tapizados del salón que parecía sacado de una revista.

—Lo cierto es que no dispongo de muchos ratos libres, entre las clases y la fotografía...

—¡Es cierto! —lo interrumpió Aisha que esperó a que él se sentara para tomar asiento a su lado. No lo soltó en ningún momento y cuando le habló rozó con su rodilla desnuda la de Kenneth—. El otro día vi en el periódico que vuelves a exponer en una galería de Providence.

—Em... sí. En unas semanas, sí.

—Pues me encantaría ir contigo a que me hicieras una visita guiada. Me apasiona la fotografía —dijo ella posando una mano sobre su pecho, entusiasmada con su propia invitación.

Kenneth miró a Lauren y ella bufó mirando a otro lado.

—Bueno, supongo que podría hacerlo, claro —repuso él.

Y Lauren supo que ese día iba a ser un fiasco total.

Las siguientes cinco horas las dedicaron a visitar las cuatro hermandades; Kappa Delta, Delta Gamma, Alpha Pi Omega, y Kappa Alpha, y reunirse con los encargados de las mismas. Lauren tuvo que reconocer que ahora contaba con una visión mucho más completa del funcionamiento de las mismas y lo que podían aportar a los miembros que formaban parte de ellas. Le llamaron la atención especialmente los programas de apoyo estudiantil, las campañas sociales y de ayuda a la

comunidad, o su involucración en el correcto funcionamiento de la universidad, dando voz a los alumnos. Sin duda había sido un día mucho más productivo de lo que pensó al llegar a Kappa Delta. Al menos a nivel periodístico. Ahora tenía sobre la mesa un nuevo artículo de seguimiento para ampliar el primero que había publicado y estaba deseando ponerse a escribir.

Tampoco es que se hubiese vuelto súper fan de las hermandades, y menos de miembros como Aisha, que representaban todo lo que odiaba de ellas, pero sí había mucho más que contar. Había puesto en el mismo saco a todos, dejándose llevar por sus opiniones y prejuicios, y era algo que tenía que remediar.

—Tengo material suficiente para varios artículos más. Muchas gracias —le dijo a Kenneth bajando las escaleras de la última hermandad.

—De eso se trataba. Siento que Matt no haya podido venir al final, él como miembro del consejo podría haberte proporcionado más información.

—Siempre puedo llamarlo y preguntarle. Tú has sido un gran guía. Y has conseguido una cita con Aisha Williams... —soltó el comentario en tono ligero, aunque era en lo único en lo que había podido pensar toda la tarde.

Kenneth sonrió y se pasó la mano por el flequillo.

—No te cae bien, ¿verdad?

—Lo que me parezca a mí da igual —repuso con una mueca.

Esta vez él rio a carcajadas. Como aquella primera vez bajo su ventana, y provocando el mismo efecto en ella.

—Eres tan transparente —comentó y ella rezó para que no fuera así de ninguna de las maneras—. No te voy a negar que es un poco... directa de más, pero no es mala chica, cuando se la conoce.

Lauren se preguntó hasta qué punto la conocería él, pero se mordió la lengua para no cometer la torpeza de preguntárselo.

—Creo que será mejor que me marche y te libere de tus obligaciones como guía. —No quería seguir hablando de Aisha.

—¿No quieres ir a cenar algo?

La invitación la pilló por sorpresa, y en cada uno de los sueños que había vivido con él, habría aceptado, pero sentía que tenía que digerir tantas cosas de aquel día, que se vio a sí misma negando con la cabeza.

—No puedo, he quedado con Payton —inventó una excusa. Y se dio cuenta de que era la primera vez que le mentía.

—Claro, no importa... Otro día. Cuando quieras —le dijo él sin dejar de mirarla fijamente.

Dio un par de pasos hacia atrás, por instinto. Pues en su mente corría hacia él, tomaba su rostro entre las manos y lo besaba apasionadamente.

—Por supuesto, un día que no tengas citas con la presidenta de las Delta —dijo en tono divertido, intentado que sonase a broma. Pero comenzó a alejarse y se despidió con la mano. Necesitaba poner distancia inmediatamente.

En cuanto le dio la espalda su gesto cambió radicalmente, apresuró el paso y dejó que el nudo que atenazaba su garganta explotase en sus ojos, que se llenaron de lágrimas de frustración.

CAPÍTULO 12

Lauren dejó caer la cabeza hasta apoyarla en los brazos, cruzados sobre el escritorio.

—Me encanta tu punto dramático, de niña tuviste que ser de lo más divertida —le dijo con sarcasmo Payton mientras se miraba las uñas.

—Tuve mis momentos —dijo ella con el rostro aún oculto, lo que hizo que su voz sonase más grave y oscura.

A su mente vino el día que se tiró al suelo para proclamar su inocencia, tras la rotura de la ventana de Kenneth. Su hermano la acusó de lo mismo, pero había tenido razón entonces y también la tenía ahora.

—No lo entiendes, ¡hace once semanas! —Levantó la cabeza y el cabello le cubrió parte del rostro.

—Pareces un perro zarrapastroso. —Payton se cruzó de piernas, apoyó las manos en el filo del escritorio en el que estaba sentada y se inclinó hacia ella—. Y quejica. ¿Sabes cuántas personas han tenido la oportunidad de escribir y publicar dos artículos de gran éxito en su primer año?

—Tú escribes un artículo cada dos semanas —repuso ella con una mueca.

—Yo escribo en la sección de deportes. Todo el mundo lo lee, pero no voy a cambiar la vida de nadie. Solo tienes que seguir trabajando y esperar la siguiente oportunidad.

—¡Pero es que no lo entiendo! Si mis artículos tuvieron tanto éxito, ¿por qué no me deja seguir escribiendo?

—¿Quién sabe? Reuben Bell no se caracteriza por ir contando sus planes.

Lauren giró el rostro hacia el despacho del editor jefe, reunido con el resto de editores. Un suspiro resignado escapó de sus labios.

—Supongo que tienes razón. Solo tengo que seguir trabajando. Es que no es solo eso. Me da la sensación de que mi vida está en pausa. Estaba convencida de que este sería mi año: fiestas, chicos, baile, el periódico, mis estudios... Y siento que, aunque no dejo de moverme, no cambio de sitio, no avanzo.

—Y eso es porque no te mueves en la dirección correcta.

Lauren miró a su amiga, sentada sobre su escritorio, frunciendo el ceño.

—Oh, Lauren, ¿en serio? ¿Vas a hacer que te lo diga? —sacudió la cabeza y bajó el rostro aun más hasta colocarlo a su altura.

Ella asintió como si de veras no supiese lo que le quería decir.

—Ya sabes que me rijo por la creencia de que la vida es un parque de atracciones y que hay que subirse en todas las que puedas. Entendamos atracciones por hombres, pero, aunque a mí me vale, ese no es tu caso. No estás así por el periódico, ni el baile, ni tus clases, estás así por Kenneth.

—No, qué va... —empezó a negar con la cabeza haciendo que buscaba algo en los cajones de su mesa.

—Claro que sí. ¿Cuántas citas has tenido en los últimos tres meses?

—Mm... no sé. No he llevado la cuenta...

—¡Oh, por el amor de Dios! ¡Que duermes conmigo!

Aquella frase, dicha en voz alta, provocó una conmoción en el personal masculino sentado más próximo a ellas. Los chicos las miraron y Payton sonrió.

—¿Os hago un croquis? —preguntó provocadora guiñándoles un ojo y consiguiendo que más de uno se sonrojase.

Así era su amiga, atrevida, sexi, incendiaria, franca y sin filtro. La quería por eso, pero a veces era incómodo escuchar de sus labios lo último que querías oír.

—Volviendo a lo nuestro. Has tenido nueve citas en once semanas. Casi me ganas. Pero yo las he tenido para divertirme, distraerme, y echar

algún que otro polvo. Y tú has vuelto de cada una más triste, amargada e insatisfecha.

—No estoy amargada —se defendió.

—Es curioso que solo niegues dos de tres —sonrió con malicia—. Lo que te pasa es que no quieres subirte a todas las atracciones de la feria. Tú quieres comprar todos los viajes para la misma. Hasta que no te subas a esa, la vas a estar comparando al resto de atracciones.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con estupor. Lo que insinuaba era lo más ridículo que había oído jamás. La lista de inconvenientes era tan larga que no quería ni empezarla.

—Digo que vayas a por él. En el peor de los casos, descubrirás que no es tan bueno como imaginabas y te subirás a otras atracciones con la mente más abierta. Y en el mejor... Bueno, en el mejor te darán un buen viaje y se te quitará esa cara de lechuga que tienes últimamente.

Lauren la fulminó con la mirada.

—Solo pregúntate esto: si mañana fuese tu último día sobre la faz de la tierra, antes de que todo acabase, ¿cómo querías pasar tus últimas horas?

Lauren se quedó con la mirada perdida y el ceño fruncido. Había tenido todas aquellas citas porque sabía que Kenneth estaba prohibido para ella. Además del cataclismo que provocaría en su casa si alguna vez su

familia supiese que estaba enamorada del chico que había crecido junto a ellos, como un hijo más, estaba el hecho de que él la veía como una hermana. Para él no era una mujer. Sería un auténtico suicidio lanzarse e intentar algo con él. La rechazaría, se apartaría, le daría un discurso sobre lo confundida que creía que estaba y probablemente llamaría a sus padres y su hermano para que le organizaran una intervención. Apoyó la palma en su frente, sintiendo que le latían las sienes con fuerza.

—Weaver, ¿puedes venir a mi despacho? —Como si la hubiesen pinchado en el trasero, se levantó de la silla, aún turbada por la insinuación de Payton, que en el momento en el que vio salir a Reuben de su despacho, se bajó de su escritorio de un salto.

Cogió su block de notas y un bolígrafo por inercia. Si Reuben te llamaba a su despacho era para un artículo. Justo lo que necesitaba para olvidar la loca idea de su amiga, pensó mientras caminaba hacia allí. Cuando llegó tuvo que esperar a que salieran los editores antes de entrar, y nuevamente, al cruzarse con Crystal, su editora directa, recibió una mirada que no supo descifrar. Sacudió la cabeza antes de entrar, tras anotar mentalmente hablar con ella una vez terminara aquella reunión. Si estaba molesta con ella por algo y eso estaba haciendo que le diesen menos artículos, tenía que arreglarlo cuando antes.

—Reuben, he traído algunas de mis notas con ideas para el próximo artículo...

—Lo tuteó tal y como él le había pedido que hiciera en la primera reunión editorial de los jueves, a la que había asistido.

Él sacudió la mano, desechándolas antes de que pudiese exponérselas y Lauren lo miró confusa.

—Weaver, sé que tienes ideas. Montones de ideas apuntadas en esa libretita tuya, pero no es por eso por lo que te he hecho llamar.

«¿Libretita?», pensó aún más confusa.

—Un escritor no es solo buenas ideas, es ambición, es oportunidad, es hambre... ¿Cuánta hambre tienes tú, Lauren?

Le sorprendió que la llamara por su nombre de pila. Lo vio levantarse y siguió sus pasos sin entender la pregunta.

—No entiendo...

—¿Sabes cuántos redactores hay en este periódico esperando una oportunidad? —Caminó tras ella y a Lauren se le antojó un león acechando a su presa. Él no esperó a que respondiese y continuó—: Muchos, demasiados, en realidad. Y casi todos están llenos de ideas. Unos tienen más talento que otros, pero si están aquí es por algo. Lo que realmente diferencia a unos de otros no son sus extraordinarias ideas, sino el hambre que tienen y lo que están dispuestos a hacer para saciar su apetito.

Se detuvo frente a ella y la miró con intensidad. Después volvió a sonreírle, posando uno de los dedos sobre sus labios, como si meditara si decir sus siguientes palabras. Tal vez esperaba una respuesta, un compromiso hacia su trabajo, y Lauren habló.

—Yo tengo hambre. Me la has hecho pasar estas semanas sin dejarme publicar, después de que mis dos primeros artículos fueran un éxito rotundo. Y ahora quiero más.

La sonrisa se amplió en los labios de Reuben, y Lauren supo que había dado en el clavo. No la había dejado publicar para crear esa necesidad.

—Eres muy perspicaz, y eso también me gusta. —Dio un paso hacia ella y Lauren le sostuvo la mirada, si aquello era una especie de prueba no iba a suspenderla. Le demostraría que estaba preparada para asumir más responsabilidad en el periódico.

—¿Qué quieres que haga? ¿Cómo puedo demostrarte lo implicada que estoy?

Un brillo siniestro se paseó por los ojos de Reuben y Lauren, sorprendida, fue a dar un paso hacia atrás, pero ya era tarde, él acababa de apoyar una mano en su espalda, impidiéndolo.

—Sabía que nos entenderíamos... —dijo él a su oído y sintió que la mano del editor bajaba hasta llegar casi a su trasero.

—Pues yo creo que acabamos de desentendernos —repuso sintiendo que el corazón le latía a mil por hora en la caja torácica. Jamás había tenido que vivir una situación de acoso en su vida. Y era algo tan inconcebible y repugnante para ella que quiso creer que se estaba equivocando, pero al mirarlo a los ojos tuvo claro que él quería hacerle pagar un precio por darle la oportunidad de hacer su trabajo.

La aversión habló por ella esta vez más al sentir que descendía hasta su trasero, atrapándolo en la palma.

—Si no quitas la mano, no volverás a escribir porque te la partiré hueso a hueso —El fuego incendiario de sus ojos hizo el resto, porque él se apartó de inmediato.

—Si eso es lo que quieres...

—Es lo que quiero.

—Oportunidades como la que yo te ofrezco no se dan todos los días.

—Afortunadamente —dijo comenzando a darse la vuelta con la intención de abandonar el despacho y el edificio.

—Estás acabando con tu carrera. No volverás a publicar en este periódico, y eso influirá en tu beca.

Lauren se dio la vuelta, dispuesta a explicarle por dónde se podía meter el periódico, la beca y todo lo demás. Pensaba denunciarlo nada más salir de allí, pero para su sorpresa no pudo pronunciar una sola palabra,

porque fueron interrumpidos en ese momento. Miró hacia la puerta cuando esta se abrió y vio entrar a Crystal, acompañada de tres hombres más. Parpadeó al ver que se trataba del director y dos hombres pertenecientes a la seguridad del campus. Dio un paso atrás echándose a un lado.

—Bell, queda usted despedido desde este momento por abuso de poder y acoso hacia las estudiantes de esta universidad.

Lauren parpadeó sin creer lo que estaba viviendo.

—¿Esto es cosa tuya? —Él la miró con asco.

—No, es cosa mía —intervino Crystal, sacando lo que parecía un micrófono de uno de los trofeos que el editor exponía en su estantería—. Ya no volverás a amenazar, amedrentar, sobrepasarte ni abusar de ninguna alumna nunca más.

Reuben la miró con el mismo desprecio que le ofrecía a ella un segundo antes, pero Crystal sonrió con satisfacción. Había algo en su mirada triunfal que le decía que ella había sido una de sus víctimas.

—¡No me toquéis! —gritó cuando los hombres de seguridad lo tomaron cada uno de un brazo, impidiendo que se lanzase sobre ella—. ¡Soy Reuben Bell! Y vosotras solo unas putas mentirosas...

Con la misma estupefacción, Lauren vio cómo se lo llevaban del edificio, causando una gran conmoción en la sala. Su mirada se cruzó con la de Payton, que corrió hacia el despacho.

—¿Estás bien? —le preguntó su amiga en la puerta, pero no pudo contestarle porque Crystal volvió a intervenir.

—Siento todo esto. Me ha sorprendido tu respuesta. Has sido mucho más valiente que muchas de nosotras —le dijo Crystal.

Lauren se giró hacia ella tras tomar aire con profundidad.

—Tú sabías lo que pretendía hacerme y has dejado que lo intentara.

—Lo siento. Desde que lo vi mirarte por primera vez, supe que serías su siguiente objetivo —repuso la editora—, pero... necesitaba pruebas. Esto tenía que acabar.

—No puedo perdonarte. Si me lo hubieses contado, habría actuado exactamente igual, pero habría estado preparada. Me has utilizado y eso es casi tan repugnante como lo que ha hecho él.

—Lauren, de veras que lo siento.

—No quiero oír una palabra más —repuso ella. Y acompañada de Payton, salió de allí sin mirar atrás.

CAPÍTULO 13

—¡Esta fiesta es un peñazo! —gritó Payton intentando hacerse oír por encima de la música, machacante y ensordecedora, buscando la complicidad de Lauren. Pero lo que recibió fue una amplia y ebria sonrisa junto a dos pulgares hacia arriba que se movían de un lado a otro, siguiendo el paso del baile que esta intentaba realizar.

Suspiró, no tenía que haberlo hecho, pensó. Ceder a salir de fiesta aquella noche, cuando hacía apenas unas horas que el cabrón de su editor jefe la había acosado, frente a toda la redacción que había visto cómo lo echaban, había sido la peor de las decisiones que había tomado en mucho tiempo. Tenía que haber adivinado que la noche terminaría así nada más llegar, cuando tras llamar a la puerta, su amiga pasó de saludar al anfitrión y fue directamente a la mesa de bebidas. Aun más cuando la vio mezclar el contenido de distintas botellas alcohólicas en su vaso, aderezando la mezcla tan solo con un chorrito de zumo de grosella. Y mucho más cuando vació el contenido del brebaje en su estómago de un solo trago.

En ese momento tenía que haber dado por finalizada la fiesta y haberla arrastrado de vuelta a su cuarto. Pero no lo había hecho, y ahora se encontraba ante la ardua tarea de sacar de allí aquel cuerpo

convulsionándose por la música y enfrascado en la enajenación mental que solo una experiencia así, silenciada con alcohol podía provocar.

Resopló sopesando sus posibilidades y el gesto hizo que el flequillo que había decidido cortarse la tarde anterior y del que ya se arrepentía, se revolucionara en su frente. Recorrió el salón de la casa de Edwin, su compañero en clase de comunicación, y anfitrión de la fiesta, buscándolo con mirada desesperada. Pero la masa de gente sudorosa y enfebrecida por la música y el alcohol no le dejó ver más allá de un palmo de sus narices.

La verdad era que jamás hubiese imaginado que el tímido redactor de la sección de cultura tuviese tantos amigos, ni siquiera conocidos. Si ella misma había llegado a cruzar con él algunas conversaciones había sido porque ambos, como buenos tejanos, eran los únicos consumidores de las bolsas de cecina de la máquina expendedora del pasillo de la redacción. La cuestión es que cuando Lauren dijo que quería ir de fiesta, la que organizaba aquel tímido chico le pareció la más inofensiva y aburrida a la que podían asistir. Algo seguro y en el que le sería difícil perder el control a Lauren, pero había subestimado la capacidad de convocatoria de Edwin. Allí había deportistas de todos los equipos de Brown, miembros de hermandades, del club de debates y hasta del club de ajedrez. Su casa también era más grande de lo que había imaginado y aquello convertía la fiesta en casi la más importante que se había dado en todo el curso.

Lauren tiró de ella en dirección a la mesa de bebidas y la frenó en seco, colocándose delante de ella.

—No vamos a coger más bebidas de esa mesa. He visto a los de fútbol echando algo en los vasos. —Era mentira, pero solo le quedaba apelar al buen juicio que quedase en la mente de su amiga. Lauren no bebía alcohol jamás y siempre estaba vigilando que no les echaran algo en las copas.

—¡Pues mejor! Lo que yo me he puesto sabe a jarabe para la tos. — Hizo una mueca de asco abriendo los ojos desorbitadamente.

No lo iba a negar, estaba cómica y desinhibida como no la había visto en todos aquellos meses. Si no fuese porque sabía que todo aquel derroche de juerga no era más que un intento de olvidar lo que le había pasado ese día, no solo la habría dejado divertirse, sino que se habría sumado a la fiesta. Pero por experiencia sabía que intentar olvidar algo con alcohol, no era la solución. Tenía que pensar en algo rápido y entonces, como caídos del cielo, aparecieron los refuerzos.

—¿Pecas?

Payton, que vio aparecer ante ellas a Kenneth, sonrió como si fuese el mejor regalo que hubiese recibido jamás, mientras que Lauren, tras entornar la mirada y enfocarlo, quiso correr en dirección contraria. Lo

consiguió solo hasta el servicio, donde se encerró ante los ojos estupefactos de ambos.

Kenneth salió tras Lauren y Payton tras Kenneth, consiguiendo interceptarlo antes de que llamase a la puerta.

—Antes de que lo hagas y a riesgo de que mi mejor amiga deje de serlo a partir de este momento, tengo que contarte algo.

Tragó saliva y Kenneth le brindó una mirada entornada cargada de preocupación.

Cuando, apenas diez minutos más tarde, Payton consiguió relatarle todo lo sucedido esa tarde, por encima del sonido de la música y el bullicio de la fiesta, Kenneth lo veía todo a través de un filtro de rabia y deseos de destrucción.

—¿Qué ha pasado con ese tipo?

Su voz sonó tan grave y peligrosa que Payton parpadeó un par de veces antes de contestar.

—Seguridad lo ha echado del edificio y ha sido despedido. Crystal parecía dispuesta a emprender medidas legales contra él.

Lo vio apretar las mandíbulas hasta el punto de creer que se las haría estallar. Se pasó una mano por el pelo y apoyó la otra sobre la madera de la puerta del baño.

—¿Y Lauren? ¿Cómo está ella?

—No ha querido hablar del tema, solo quería salir de fiesta y olvidar.

Pensé que esta «reunión» sería bastante más íntima.

—No conoces mucho a Edwin, ¿verdad? —No había crítica en su voz.

—Está claro que no lo suficiente —dijo ella encogiéndose de hombros—. He intentado llevármela, pero es terca como una mula.

—Es una de sus muchas cualidades. —El comentario fue espontáneo y la admiración se entrevió en sus ojos castaños. Payton sonrió, no se había equivocado al aconsejar a Lauren que se lanzase a la piscina con él. Era una pena que ella no fuese a hacerle caso en absoluto.

—Yo os llevaré a la residencia —decidió.

—Si consigues convencerla, por mí genial —repuso esperando su jugada.

Kenneth llamó a la puerta, pero no esperó una invitación para entrar. La escena del interior era para grabarla. Lauren estaba sentada en el suelo, con las piernas extendidas y los brazos laxos a los lados, como una muñeca de trapo. Salvo que esta tenía el rímel chorreando por su rostro y el cabello enmarañado como si fuese un nido para pájaros. En cuanto vio a Kenneth abrió los ojos con espanto.

—Kenneth O'Brien, ¡sal ahora mismo de aquí! —intentó echarlo energicamente, señalándole la puerta.

—Lo siento, Pecas, pero no me voy a ningún sitio sin ti —añadió agachándose para recogerla del suelo.

La sorpresa de verse atrapada entre sus brazos hizo que Lauren no supiese qué hacer en un principio. La cargó en sus brazos como si fuera la princesa de un cuento, y atravesó con ella todo el hall de la gran casa de Edwin. Cuando llegaron a la puerta, Payton, su amiga, totalmente compinchada con él, la abrió para que pudieran pasar.

—¡Suéltame! Sé andar —se quejó, con el ceño fruncido.

—Y lo haces muy bien, pero vamos a ir más rápido si te llevo yo, por lo menos hasta el coche.

Payton se tapó los labios ocultando una sonrisa al verlos charlar. ¿Sería solo ella consciente de lo que había ahí? ¿De lo que pasaba entre esos dos? Tenía que darles la oportunidad de estar a solas y en cuanto llegaron al coche, tras acomodar Kenneth en el asiento del copiloto a Lauren, ella se apartó del vehículo.

—¿Puedes llevarla tú solo? Yo iré un poco más tarde. Acabo de acordarme de que tenía que hablar una cosa con Edwin.

—Te esperamos. Así no volverás sola.

—Por eso no te preocupes, él me acompañará.

—¿Por qué vamos tan rápido? —preguntó Lauren sacando la cabeza por la ventanilla. Ambos sonrieron viéndola elevar el rostro como si esperase que la brisa de la carretera le acariciase las mejillas.

—¿Estás segura? —volvió a preguntar Kenneth a Payton. Y el detalle le gustó. Su madre decía que un hombre tenía que ser siempre un caballero. Era un buen tío e iba a cuidar de su amiga.

—Completamente. —Se metió las manos en los bolsillos y cuando arrancó el coche, se giró para mirar hacia la fiesta. Tal vez era el momento de conocer un poco más al anfitrión. Era irónico, una de las razones por la que había ido a parar a aquella universidad era huir de los chicos texanos y ahora quería conocer más a uno. Sonrió, pero no lo dudó y caminó de vuelta hacia la casa.

Media hora más tarde y tras sortear la seguridad del campus en dos ocasiones, Kenneth consiguió meter a Lauren en su cuarto. Se había quedado dormida en el coche, lo que le facilitó cargarla nuevamente. No así el momento de la incursión en el edificio destinado a los dormitorios de las chicas, en el que cada dos por tres tuvo que esconderse de alguna que caminaba por los pasillos. Él no tenía la experiencia de Matt colándose en la residencia y al llegar al fin a su cuarto se sintió tan

aliviado que, tras depositarla en su cama, se sentó a su lado y respiró con profundidad.

—Mañana todo el mundo sabrá que ese cerdo me metió mano —dijo ella, rompiendo el silencio.

Se giró inmediatamente a observarla. Le apartó el cabello del rostro y esperó a que dijese algo más, pero tenía los ojos cerrados y el gesto relajado. Él, sin embargo, tenía ganas de matar al tipo que la había dejado así de tocada. Apretó los puños hasta que los nudillos blanquearon por la presión. ¿Cómo se habría atrevido esa sabandija a tocarla? La rabia volvió a apoderarse de él, pero no podía dejarse llevar por sus ansias de venganza, ahora tenía que cuidar de ella.

—Creo que debería meterte en la cama —dijo en voz alta, más para sí mismo que para ella, que parecía profundamente dormida.

La incorporó y con cuidado consiguió despojarla del abrigo que dejó caer a los pies de la cama. Y entonces la sintió acomodar el rostro en el hueco de su hombro. Contuvo la respiración cuando su aliento cálido y entrecortado le acarició el cuello. Aun más cuando ella empezó a hablar nuevamente. Aunque no entendió lo que quería decirle.

—Siempre has sido mi atracción favorita. La montaña rusa más alta y rápida del mundo. —Al hablar sus labios suaves y carnosos le

acariciaron la piel y tuvo que contener la respiración—. ¿Te gusta la montaña rusa, Kenny?

Se apartó y lo miró a los ojos. Los tenía brillantes, con una expresión que no le había visto jamás. También era la primera vez que lo llamaba con aquel apelativo. Y sonrió.

—Sí, me gusta —se oyó contestarle, aunque solo podía pensar en lo hermosa que estaba en ese momento.

—Lo sabía, la montaña rusa es la mejor. El resto de atracciones son un muermo, aburridas, tediosas e insulsas.

—Puede que así sea, sí. —Estaba seguro de que ella no recordaría nada al día siguiente de la extraña conversación que estaban teniendo, y aun así no quería perderse una palabra. Estaba como hipnotizado, perdido en el movimiento de sus labios, de su naricilla cubierta de preciosas pecas, al igual que sus mejillas, sonrosadas.

De repente ella apoyó la frente en la suya, en un gesto íntimo que dejó sus rostros a escasos centímetros de distancia.

—Si mañana mismo se acabase el mundo, ¿sabes que es lo que quería hacer esta noche? ¿En qué ocuparía mis últimas horas de vida?

Casi lo mató con esa frase, al pronunciarla frente a sus labios, como si fuese una gran confidencia. Él sabía exactamente a qué dedicaría él esas horas.

—En subirme a esa maldita montaña rusa, de una vez por todas —
dijo ella de repente.

Kenneth sonrió con su ocurrencia.

La sonrisa quedó congelada cuando los labios de Lauren se posaron sobre su boca, inesperadamente. Fue como un tanteo. Un roce leve y tan íntimo y excitante que se convenció de que había sido sin querer. Aun así, no fue capaz de moverse, solo de observarla. Lauren cerró los ojos, sonrió de forma sexi y se mordió el labio inferior. Lo hipnotizó por completo al tiempo que despertaba en él el deseo que había estado conteniendo durante años. Por eso cuando ella volvió a embestir su boca, esta vez con codicia, no se apartó. La boca femenina se abrió como una flor temprana, ofreciéndole las primeras gotas del rocío de la mañana. Parecía inocente y traviesa en su tentativa por explorarlo. Cuando sintió la suavidad de su lengua invadiendo su boca, fue a su encuentro y se emborrachó de su sabor. Le tomó el rostro con las manos y la pegó a él, asegurándose de que estaba allí, en sus brazos, como otras tantas veces lo había estado en sus sueños. Al fin era suya, solo suya, y no podía ser en peor momento. Besarla era como morir y subir al cielo. Todo cuanto había deseado y temido desde la primera vez que la vio. Y no podía creer que, cuando al fin se materializaban sus sueños, ella estuviese intentando olvidar que otro hombre la había acosado.

Apartó el rostro, sin dejar de sostener el de ella entre las manos. No podía hacerlo así, cuando ella estaba herida y borracha. Merecía algo mucho mejor. Lauren cerró los ojos, y bajó la cabeza. Su rostro quedó oculto bajo la cortina de su precioso cabello color cobre. Y después se dejó caer de lado en la cama, otra vez, dejándose llevar por el cansancio, en brazos de Morfeo.

Kenneth la observó durante largos minutos. El ritmo de su respiración era acompasado. Al menos ella descansaba en paz, mientras en su interior se había desatado la tormenta. La cubrió con su colcha de camisetas y se levantó con cuidado. Quiso depositar un beso en su frente, pero se contuvo, temiendo desvelar su sueño. Tan solo se alejó con sigilo y salió del dormitorio, cerrando tras él. Hablaría con ella al día siguiente.

CAPÍTULO 14

—¡Esto está mal! —señaló Lauren sentada sobre su cama. Con las piernas flexionadas, observaba a Payton en la misma postura, frente a ella.

—No está mal, ¿para qué crees que se han inventado las redes sociales?

La miró sin tener la menor idea de lo que saldría por su boca.

—¡Para espiar a los ex, obviamente!

—No es mi ex. Es mi... patético amor imaginario.

—Dejó de ser imaginario cuando decidiste pasar al lado pecaminoso de la relación. Y, por cierto, ¿cómo fue?

Dejó que un suspiro escapase de su boca y se aferró a la almohada como si volviese a tener el cuerpo de Kenneth a solo unos centímetros. Cerró los ojos, inspiró y dijo:

—Delicioso...

—¿Delicioso en plan helado de consolación o como un *coulant* de chocolate, con el centro fundido, caliente, dulce e intenso?

Lauren tragó saliva. Así había sido exactamente. Al menos hasta que él se apartó rechazándola. Se aferró la cabeza con ambas manos recordando el ridículo espantoso que había hecho.

—¡La culpa es solo tuya! Tú me dijiste que me lanzase, que comprase todas las entradas de la atracción. Si no hubieses puesto todas esas ideas locas en mi cabeza...

—Seguirías sin saber cómo sabe ese hombre. —Payton ladeó la cabeza haciendo una mueca y Lauren se cruzó de brazos.

Su amiga tenía razón, se había pasado la vida fantaseando con ese momento y al fin lo había probado, pero ahora tendría que vivir el resto de su vida sabiéndose rechazada. ¿Cómo iba a volver a mirarlo a los ojos? ¿Cómo iba a enfrentarse a él? Se levantó de un salto de la cama y arrebató el móvil a su amiga de las manos.

—¡Déjalo ya! No quiero saber lo que está haciendo, ni a dónde va...

—Lo más importante ahora es saber si tiene novia. Eso explicaría que se marchase, ¿no te parece?

La miró sin aire en los pulmones.

—Mira, yo sé lo que vi. A ese tío le gustas y mucho. No imaginas lo preocupado que estaba, cómo te cogió en brazos... —dijo con un suspiro.

« ¿Desde cuándo Payton pecaba de romántica? ».

—Se llama preocupación fraternal, llevo toda la vida oyéndolo. El único motivo por el que salió corriendo de aquí fue porque para él fue como besar a su hermanita.

La sola idea de que hubiese sido así, mientras que para ella había sido el mejor beso de su vida, le provocó escalofríos. Después de probar sus labios podía admitir que Payton tenía razón: solo quería entradas para esa atracción. Por primera vez en su vida, besar a un chico había sido justo lo que había soñado que tenía que ser y mucho más. Pero él estaba prohibido para ella, en ese momento y para siempre. Había cometido el mayor error de su vida al besarlo y ahora tenía que averiguar cómo enfrentarse a él tras lo que había hecho. Tampoco iba a ser fácil estar allí las siguientes semanas, siendo la comidilla de todo el campus después de lo ocurrido con el asqueroso de Reuben.

—Necesito escapar de aquí. Marcharme, pero no puedo ir a casa. No quiero tener que explicar a mis padres lo que ocurrió ayer en el periódico —dijo caminando por el cuarto cuyas paredes empezaban a agobiarla. Se tiró del cuello del suéter hacia abajo, como si le asfixiara.

—¡Vámonos! —exclamó Payton.

Se detuvo en mitad de la habitación y giró sobre sus talones para enfrentarla.

—Ha sido un primer año de locos y hemos trabajado como burras. Aún tenemos un par de semanas hasta los exámenes y...

—¿Y...? —En cualquier otro momento no habría ni querido oír hablar de marcharse a pocas semanas de los finales, pero por encima de su

buen juicio se imponía una única premisa; no soportaba la idea de estar allí.

—¿Te he dicho alguna vez que los chicos más guapos son los vaqueros?

Como si hubiese preguntado si los más guapos eran los de marte, igual habría respondido que sí. Y sin esperar un minuto más se pusieron a hacer las maletas.

—¿Y esa cara? —La pregunta de Matt lo despertó de sus cavilaciones.

—¿Qué cara? —Se recolocó en la silla e intentó disimular.

—Esa cara, con esa sonrisa boba que solo puede dejarte una chica.

—Matt tomó asiento frente a él, dejando su mochila en el respaldo, pero no dejó de mirarlo como si estuviese presenciando un milagro.

—No sé de qué hablas —insistió.

—Hablo de la cara de gilipollas con la que te has levantado. De eso hablo. Y ahora desembucha, por tu bien. Empezaba a estar preocupado por ti —dijo levantando el brazo para llamar la atención del camarero de la cafetería en la que lo había citado para desayunar—. Jane y yo incluso habíamos hablado de organizarte un par de citas a ciegas con compañeras

suyas. Ya te digo yo que las enfermeras tienen su punto. Un punto que merece mucho la pena explorar.

Matt elevó un par de veces las cejas y Kenneth sacudió la cabeza. No tenía interés en explorar «el punto» de las enfermeras, pero no podía contar a su amigo quien era la mujer que lo tenía trastornado. No podía confesarle que llevaba toda una vida mintiéndose y mintiéndole, y que la noche anterior, por fin, había besado a su hermana. ¡SU HERMANA! Un sudor frío empezó a recorrerle la espalda.

—Perdona, voy a pedir en la barra. Hoy hay demasiada gente —le dijo su amigo levantándose—, pero luego me lo cuentas todo con detalle. Quiero saber nombre, cómo la conociste, cómo es y cuándo nos la vas a presentar.

No le dejó responder que se estaba equivocando, porque se marchó a la barra. Al menos eso le daba unos minutos para pensar en cómo atajar el tema. Con respecto al beso con Lauren no iba a contarle nada, de momento. Había decidido hablar con ella esa mañana, sería su siguiente parada después de hablar con Matt. Quería saber qué sentía ella, saber por qué lo había besado y, después, desatar el infierno si era necesario.

Así de sencillo. Sabía que iba a provocar una conmoción en ambas familias, y que recibiría más de un puñetazo por parte de su mejor amigo, pero no podía ocultar por más tiempo lo que sentía. Había intentado huir

de ese sentimiento durante años, y no le había servido. Siempre pensó que no tendría ninguna oportunidad con ella, que estaba prohibida, que lo veía como un hermano, pensaba en la diferencia de edad... Cuando eran niños esa diferencia era mucho más palpable, pero Lauren tenía diecinueve y él veinticuatro, y no parecía tan insalvable ahora. La noche anterior había besado a una mujer, no a una niña.

La cuestión era, ¿cómo confesar a su mejor amigo lo que le pasaba con su hermanita? No tuvo más tiempo para pensar en ello, porque en ese momento Matt se acercó a la mesa portando su café y un donut relleno de mermelada de fresa; su desayuno habitual.

—Ya estoy aquí, confiesa —atajó su amigo.

—Matt..., no sé cómo decirte esto. No es lo que piensas...

Su amigo, que estaba apunto de morder el donut, lo dejó a mitad de camino y le miró con preocupación.

—¿Qué ocurre?

Tomó aire preparándose para hablar, aunque aún no sabía cómo.

—¡Matt, cariño! ¡Por fin te encuentro! —Ambos se giraron, sorprendidos con la interrupción de Jane, que acababa de entrar en el local con gesto apurado. Los miró a ambos alternativamente—. No quería que te enteraras por ahí; se trata de Lauren. Hoy todo el mundo habla de eso...

—¿Qué ha hecho esta vez mi hermanita? —preguntó sonriendo.

—Ella no ha hecho nada, ha sido más bien al revés.

Matt entornó la mirada y no tuvo tiempo de contárselo, porque Jane, en cuestión de un minuto, se apresuró a relatarle todo lo sucedido la tarde anterior en la redacción del periódico y cómo el rumor estaba corriendo como la pólvora por todo el campus.

—¡Maldito hijo de puta! ¿Ese tío se ha atrevido a tocar a mi hermana? ¡Lo voy a matar!

Lo entendía, lo entendía perfectamente, él también quería matarlo. Pero ver la reacción de su amigo le hizo confirmar lo que pensaría de él al saber que la había besado. Matt se levantó hecho una furia.

—Esto es lo que ibas a contarme, ¿verdad? —le preguntó fuera de sí.

—Lauren está bien. La vi anoche, fue a una fiesta y bebió un poco, la llevé a la residencia. La dejé descansando.

Matt se dejó caer de nuevo en la silla, casi sin aliento. Pasó una mano por su rostro, aturdido.

—Gracias, amigo —le dijo con sinceridad. Y eso hizo que se sintiera como un miserable. Pero él no era el que importaba en ese momento, solo Lauren y su mejor amigo. Por eso solo le quedaba una cosa por decir—: Vamos a verla.

CAPÍTULO 15

La primera vez que Kenneth vio a Lauren, él estaba bajo su ventana con gesto mortificado y ella le gritaba toda clase de barbaridades sin miramientos ni compasión. Jamás había recibido una bronca semejante de alguien. Mucho menos de una niña a la que sacaba medio metro de altura, con pinta de salir volando si le soplaba el flequillo. Pero allí estaba, encolerizada y cegada por la rabia, diciéndole cosas que no había oído decir ni a sus padres cuando los había escuchado discutir. Su primera reacción, sumada a su sentimiento de culpa, fue de parálisis, pero al cabo de unos segundos y cuando se abrió paso en él la sorpresa, su gesto cambió hasta el punto de sentir como se dibujaba en sus labios una sonrisa ladeada.

Sus padres lo habían educado bien y sabía que no debía reírse. Pero a pesar de haberse acercado llevado por los remordimientos y dispuesto a asumir un castigo por haberle roto la ventana de un balonazo, en algún momento del acalorado discurso de la niña todo cambió y empezó a hacerlo a carcajadas, llevándose incluso las manos al estómago, mientras las lágrimas salían por los rabillos de sus ojos almendrados.

Esa fue la primera vez que vio en la mirada de Lauren el deseo de estrangularlo. Y sin duda, no fue la última. A veces había buscado esas reacciones pinchándola, por el simple hecho de convertirse en su objetivo, como cuando la llamaba Pecas, o le robaba los cereales del desayuno. En un primer momento se dijo a sí mismo que lo hacía por diversión, pero ahora, una década después desde aquel primer encuentro, sabía que había estado engañándose, contándose todas aquellas milongas.

Había algo en su interior, algo que no había querido ni ver ni descifrar, hasta que ella lo besó aquella noche. La noche que cambió todo para él, pues ella desmontó todo su mundo y después se marchó.

Matt, Jane y él habían ido a la mañana siguiente a buscarla a la residencia, preocupados por ella, y su sorpresa fue mayúscula al no encontrarla allí. No tardaron en averiguar que se había marchado a pasar unos días a casa de Payton en Houston. La noticia causó una conmoción en todos los miembros de la familia, sobre todo cuando a su vuelta, Lauren expresó a sus padres el deseo de mudarse allí y estudiar el próximo curso en la Universidad Rice, una de las más prestigiosas del país. Todos pensaron que aquella distancia que Lauren necesitaba poner de casi tres mil kilómetros se debía al acoso del editor del *Herald* y a la polémica que se vivió en la universidad los meses posteriores a su detención. Pero para Kenneth aquella distancia la había interpuesto entre los dos. Sobre todo,

cuando ella decidió prolongar su estancia en Houston un año más. Tanto Matt, como sus padres, incluso su tía Corinne, habían ido a visitarla al estado texano, pero él se había mantenido a distancia, no queriendo imponerle una presencia que estaba claro que ella no deseaba.

Habían sido dos años eternos, en los que llenó sus días con sus proyectos. Tras finalizar la carrera se había centrado en la fotografía. Trabajaba como *freelance* y muchos de sus trabajos eran para *National Geographic*, lo que le había permitido viajar y vivir experiencias que jamás creyó a su alcance. Aun así, era el rostro de Lauren el que veía cada día antes de dormir y su sabor el que lo invadía en sueños, cada noche. La distancia dolía, dolía tanto como para plantearse volver a casa unos días, en busca de los momentos, los olores, los lugares que avivaban sus recuerdos.

No creyó que ella fuese a estar allí, Matt le había dicho que solo había vuelto a casa en dos ocasiones y nunca en fechas señaladas, pero allí estaba.

Cuando la vio sentada sobre la barandilla de madera de la terraza de los Weaver, su corazón dejó de latir. Estaba preciosa. Más guapa de lo que recordaba haberla visto jamás. Llevaba un vestidito blanco con vuelo y unas botas vaqueras color camel. El cabello suelto a un lado; largo, como una cascada de fuego líquido. El sol había bañado sus pecas haciéndolas

más visibles y era una ensoñación. Su primer impulso fue el de fotografiarla, retenerla de alguna manera para él. Cuando vio su imagen en la pantalla de su cámara, sonrió, como solo ella conseguía que lo hiciera, como no había sido capaz de hacer en esos dos últimos años. Y entonces vio que no estaba sola. Charlaban animada y sonreía embelesada a un tipo que no había visto jamás. Se detuvo y vio que lo presentaba a uno de los amigos de sus padres como su novio. Se detuvo en seco. Lo había llevado a la tradicional barbacoa familiar del cuatro de julio. Sintió que algo lo desgarraba por dentro, lentamente.

« ¿Su novio? ¿Pero qué demonios significa esto? » .

Lauren se había llenado la boca, durante años, diciendo que ella jamás se ataría a un novio. Que era libre como una mariposa, salvaje como una pantera e indomable como el viento, palabras textuales. Él se había reído cada vez que ella se describía a sí misma con tanta vehemencia, pero lo cierto era que había creído cada palabra. Y ahora, sin embargo, iba exhibiéndose con aquel tipo del brazo, como si fuese un trofeo. Un reluciente trofeo que había llegado a provocar alguna que otra exclamación admirada entre las invitadas a la fiesta.

Y Lauren, sin embargo, parecía encantada con el grado de atención que estaba acaparando su invitado. Y eso aún le molestaba más, porque siempre la había tenido por otro tipo de chica.

La risa de Lauren llegó hasta él cantarina. Siempre le había gustado ese sonido, era fresco, genuino y tan demoledor como una de sus fulminantes miradas furiosas. Pero esta vez se negó a seguir observando el espectáculo y, girando sobre sus talones, decidió entrar de nuevo en el salón y coger otra cerveza. Sin percatarse de su propio gesto, empezó a negar con la cabeza, confuso por aquella nueva sensación que se arremolinaba en su estómago, en las entrañas, de forma dolorosa.

—¿Qué pasa, tío? —La pregunta de Matt lo sacudió de sus tinieblas.

—Nada..., todo bien. —Forzó una sonrisa y se encogió de hombros. Fue a apurar el contenido de su botellín con gesto despreocupado y volvió a comprobar que estaba vacío.

—Eeh... Ya. Si tú lo dices —repuso su amigo nada convencido. No le sorprendía, no acostumbraba a engañarle y se le daba fatal.

—Solo iba a por otra birra. Estoy sediento. —Hizo un nuevo intento por sonreír y el gesto le dolió en la cara.

—Pues te acompaño.

Matt no tardó en sacar el tema que menos le apetecía a él.

—¿Has visto al tipo que acompaña a mi hermana?

—Apenas, ¿por?

Su amigo lo miró un momento y temió haber sido demasiado brusco.

—No sé, me parece raro. El tío no, él parece majo...

«¡ Lo que me faltaba por oír! Matt aprobando la compañía masculina de su hermanita » , pensó molesto.

—Es más, el hecho de que haya venido acompañada cuando ni sabíamos que salía con alguien.

—A lo mejor no es nada serio.

Matt enarcó ambas cejas.

—¿Y lo presenta como su novio?

Ambos se quedaron observando a la pareja unos segundos, y la mirada del nuevo novio de Lauren se cruzó con la suya.

No le gustó.

—No sé, supongo que me ha sorprendido. Tiene veintiuno, ya es una mujer, y puede hacer lo que quiera con su vida. Aun así, me alegro de que vuelva el curso que viene y que termine aquí la carrera.

—¿Regresa a casa? —Eso sí le interesaba. La sola idea de su vuelta hizo que su corazón latiera con más fuerza.

—Eso parece, ya se ha matriculado en Brown. Mi madre está que se sube por las paredes de contenta.

—No me extraña. —Una duda surcó su mente entonces, entre las miles de ideas que empezaron a llenar su cabeza—. ¿Y qué va a hacer con su novio tejano?

—Ni idea. —Matt se encogió de hombros.

—Preguntémoselo —decidió él de repente, dispuesto a ir hacia ella. Era el momento de averiguar cómo reaccionaba en su primer encuentro tras el beso que habían compartido.

—Igual se lo trae en la mochila —repuso Matt y rio, dándole un golpecito en el estómago para que compartiera su broma.

Él fingió que la idea le parecía divertida, pero en cuanto su amigo empezó a caminar delante de él hacia Lauren, la sonrisa se borró de sus labios.

CAPÍTULO 16

Si no hubiese tenido los cinco sentidos ocupados en ella, Kenneth se habría perdido la mirada que dirigía Lauren a su acompañante al verlo acercarse a ellos. También que este lo volvía a mirar con curiosidad, como minutos antes, y que ella se tensaba e intentaba disimular brindando una sonrisa a su hermano. A él apenas fue capaz de sostenerle la mirada un segundo, antes de dirigirse de nuevo a Matt.

—Pareja, siento interrumpir —los saludó Matt—, pero vengo con compañía.

Se echó a un lado y esperó a que se saludasen, como lo habían hecho siempre. Sin embargo, ambos permanecieron quietos, mirándose un segundo.

Kenneth lo sintió como el segundo más largo de su vida, pues todo pareció desaparecer a su alrededor, salvo ella.

—¡Hola! Soy Travis. —El acompañante de Lauren se apresuró a presentarse ofreciéndole la mano. Kenneth la miró y se dio cuenta de que este esperaba que le devolviera el gesto. Lo hizo sin mucho ánimo.

—El novio de Lauren, según he oído —añadió él.

—Eh... Sí, el mismo. —El tipo le mostró una sonrisa de un millón de dólares. La de un tipo realmente afortunado, y lo era para Kenneth. El jodido hombre más afortunado de la tierra.

No quería seguir viendo esa felicidad suya y desvió de nuevo la mirada hacia Lauren, que cada vez parecía más tensa.

—Hola, Pecas —la saludó y, tomándola de la cintura, depositó un beso lento sobre su mejilla. Lo dilató a propósito para poder sentirla, para captar cada uno de los matices del olor de su cabello, de su piel. La sintió contener el aliento, y aquel pequeño gesto alimentó algo en su interior. Cuando se separó de ella, con pereza, las mejillas de Lauren habían adquirido más color.

—Hola, Kenneth. Me alegro de verte —dijo ella cortés, y se apartó el cabello colocándoselo tras la oreja. No tardó en desviar nuevamente la mirada.

« ¿Desde cuando Lauren es tan... comedida? ¿Y se alegra de verme? ¿En serio?». No le dio tiempo a averiguar cuánta verdad había en aquella afirmación en su mirada, por la rapidez con la que la apartó. Y él decidió atacar.

—Yo también me alegro. Tu marcha fue tan repentina... que, la verdad, me costó creer que esa noche sería la última que te volvería a ver.

Sus palabras cargadas de mensajes solo para ella parecieron surtir el efecto que buscaba, porque por un momento la mirada de Lauren se cargó de esa energía que tanto le gustaba. La vio debatirse en su interior entre contestarle o no, y eso le produjo un placer especial. Esperaba una salida airada de las suyas, pero al final ella miró a su hermano, después a Travis, y guardó silencio.

Kenneth apretó las mandíbulas. Estaba claro que tendría que esmerarse más.

—Hace calor, ¿verdad? —interrumpió Travis, posando una mano sobre el hombro de Matt, que los miraba con curiosidad. Ninguno de los dos se había percatado de ello —. ¿Por qué no me enseñas de dónde puedo sacar una cerveza como esa, Matt?

—Tú no bebes cerveza —se apresuró ella a protestar, y regaló una mirada implorante a su novio que Kenneth no supo descifrar.

« ¿Teme quedarse a solas conmigo? »

—¡Un chico de Texas que no bebe cerveza, eso tienes que explicármelo! —repuso Matt a Travis. Obviando la protesta de su hermana, se marchó con él al interior, dejándolos solos.

Kenneth no dejó de escudriñarla con la mirada. Lauren parecía ahora a punto de saltar por la terraza con tal de no estar con él a solas. Y eso le divirtió. Ella le había hecho pasar un infierno con su marcha y una

pequeña parte de él estaba deseando desquitarse un poquito. La otra quería averiguar qué había detrás de aquella fachada de niña buena.

—Es curioso, nunca te imaginé como el tipo de novia que prohíbe a su chico tomarse una cerveza —dijo sentándose a su lado, tan próximo como para que sus muslos se rozasen.

Lauren, tras mirarse las puntas de las botas, levantó el rostro y ladeando la cabeza lo enfrentó.

—No creo que me imaginaras como ningún tipo de novia —repuso ella en tono frío, sorprendiéndolo.

—Eso es demasiado suponer —soltó, y vio que la que se asombraba en ese momento era ella—. Aunque recuerdo que en más de una ocasión te oí proclamar que siempre serías libre como una mariposa, salvaje como una pantera e indomable como el viento —dijo imitando el tono teatral que usaba ella años atrás.

A Lauren le pareció que la frase iba cargada de cierto reproche y no tardó en responder.

—Eso creía. Pero entonces encuentras al hombre perfecto y solo quieres que... te aten.

La forma en la que pronunció las últimas dos palabras hizo que Kenneth tragase saliva. La miró a los labios, esos labios que le habían sido

arrebatados durante dos años y que ahora pertenecían a otro. Y volvió a sentir esa punzada lacerante en el pecho.

—¿Ese? ¿Ese es el hombre perfecto para ti? —dijo señalando en la dirección en la que Travis se había marchado.

Lauren quiso desviar la mirada. Se recordó que tenía que ser fuerte, que había vuelto a casa para probar algo y tenía un plan. Pero aquella nueva actitud de Kenneth con ella la estaba desconcertando.

—Podría serlo —repuso al fin, bajándose de la barandilla de un salto, dispuesta a dar por concluida la conversación—, el tiempo lo dirá.

—Va a ser difícil si él está en Texas y tú aquí, en Providence, ¿no? —dijo a su espalda.

Lauren se detuvo. La vio subir y bajar los hombros, tomando aire. Finalmente se giró para encararlo. Momento que él aprovechó para bajar de la barandilla también.

—¿Qué es lo que te preocupa en realidad, Kenneth? Nunca te ha interesado mi vida amorosa.

—Eso no es verdad —declaró dando un paso hacia ella.

Aquella afirmación hizo que pestañeara repetidamente, confusa por un momento.

—Bueno, ya no soy una niña. No tienes que venir a rescatarme ni hacer de hermano mayor —espetó enfadada, dando un paso hacia él.

Quería dejar aquello claro de una vez por todas.

Ahora estaban a un paso de distancia y Kenneth podía ver refulgir su mirada verde, cargada de decisión. Quería besarla, lo necesitaba tanto que le parecía doloroso no alzar la mano, posarla en su nuca y atraerla para devastar su boca, demostrándole a quién pertenecía esta.

—Nunca he pensado que lo fuera. Ya tienes un hermano que lo hace bastante bien. Sin embargo, lo de rescatarte de ti misma, sí es algo en lo que me siento en la obligación.

—Pues... siéntete liberado —soltó y quiso darse la vuelta, pero él la tomó por la muñeca. Cuando levantó la vista de la mano que la apresaba se encontró con la mirada de Kenneth enlazada con la suya, a tan solo unos centímetros.

—No puedo —dijo en un susurro grave inclinándose sobre ella. Lauren exhaló lentamente como si el aire le pesase, como si estuviera tan afectada como él, y recordó ese aliento en su cuello la noche en que lo besó. Acarició con el pulgar la piel suave del interior de su muñeca, en un gesto tan íntimo que le permitió percibir el latido frenético del corazón femenino, tan desbocado como el suyo.

« ¿Y si tengo aún una oportunidad con ella? » , pensó.

—¿Por qué? —preguntó ella casi sin resuello.

—¡Cerveza! —oyeron ambos que gritaba Matt saliendo del salón.

Kenneth levantó la vista y vio que apenas contaba con unos segundos antes de perderla otra vez.

—Reúnete conmigo a medianoche, después de los fuegos, detrás de la caseta de la piscina —le dijo con la premura de quien cree estar quemando su último cartucho. Y soltó su muñeca.

Ella lo miró tan sorprendida que estuvo seguro de que pensaba que se había vuelto loco.

—¿He tardado mucho, cariño? —Lauren sintió el brazo de Travis rodeándola, y un beso en la mejilla, pero solo atinó a negar con la cabeza, ofreciéndole una mirada furtiva y una escueta sonrisa.

—Tu chico me cae bien —le dijo su hermano, alimentando la sensación que tenía de estar en una alucinación. Quiso asegurarse de que no era sí y levantó el rostro buscando a Kenneth, pero este ya no estaba.

CAPÍTULO 17

Lauren caminó sobre el césped con decisión. Se había pasado el día dando vueltas una y otra vez en su mente a la conversación con Kenneth y lo único que había sacado en claro era que estaba más confusa que al principio. No entendía lo que había pasado, lo que le había dicho, ni el secretismo con el que quería que se vieran. Tal y como le había dicho, ya no era una niña. Tomaba sus propias decisiones, siempre lo había hecho, pero, además, el tiempo fuera de casa le había servido para aclarar sus ideas y elegir el tipo de futuro que quería para ella. Ir con Travis había sido clave en su decisión de elegir ese momento. Él le daba la seguridad que le había faltado en otras ocasiones. No quería regresar y que las cosas volviesen a ser como antes. No quería desfallecer en cuanto se cruzase con Kenneth, como una quinceañera. Había asumido que no estaría en su vida, al menos de la forma en la que ella lo había querido desde niña, y ahora tenía que afrontar ese nuevo camino.

Pero las cientos de veces que imaginó su vuelta, nunca esperó que él se comportase así con ella. Era como si el mundo se hubiese vuelto del revés. Ahora a Matt le parecía bien que tuviese novio, e incluso alababa a

Travis, y Kenneth intentaba entrometerse en su vida y quería darle algún tipo de lección.

No iba a consentirlo. Solo había accedido a reunirse con él para zanjar esa parte de su vida para siempre. Sabía que hasta que no cerrase ese capítulo, no tendría un futuro saludable con nadie. Y, de alguna forma, creía que también se lo debía. Él no la había correspondido, pero siempre la había protegido y cuidado.

El patio trasero apenas estaba iluminado por una única farola. Todos los invitados estaban en la fiesta, que se celebraba en la terraza, y tuvo que caminar con tiento para no tropezar. Iba decidida y, sin embargo, cuando llegó a la parte empedrada del camino que llevaba hasta la caseta se detuvo en seco. ¿Y si se estaba equivocando? ¿Y si verlo a solas solo empeoraba las cosas? Apretó los puños y sacudió los brazos varias veces aguantándose las ganas de gruñir por la indecisión. « Sí, esto es un error » , se dijo, y se dio la vuelta, pero solo había dado un par de pasos cuando volvió a detenerse. Esta vez se llevó las manos al rostro para terminar posándolas en su frente, que sentía febril. «¿ No es esto señal más que suficiente de que tengo que salir corriendo? ». Volvió a girar sobre sus talones. Marcharse sería tan sencillo. Hacer como que la extraña conversación que habían mantenido no había pasado y seguir con sus planes. ¿Pero de verdad estaba pensando en huir? ¿De veras era tan

cobarde como para no enfrentarse a lo que sentía? Resignada, deshizo sus pasos, tomó aire y tragó saliva. Tal vez él ni hubiese acudido. ¿No sería fantástico que todo hubiese sido una alucinación? Caminó pensando en lo ridícula que debía parecer si alguien la estuviese observando.

Sin embargo, al llegar a la caseta, dejó de pensar. El corazón le iba tan rápido que creyó que le estallaría en el pecho. Podía sentirlo latir en su cuello, en sus sienes, en cada... No pudo seguir haciendo la lista mental de las partes de su cuerpo de las que sentía que estaba perdiendo el control, porque de repente una mano aferró la suya y tiró de ella tras la caseta. Antes de poder protestar estaba contra la madera, acorralada, y esa mano cubría su boca, impidiendo que diera un grito ensordecedor. Abrió los ojos de par en par, y estaba a punto de propinar una patada en la entrepierna a su captor cuando la voz de Kenneth le acarició el lóbulo de la oreja.

—Shhh... No grites. Pensé que este sería un lugar tranquilo para hablar, pero al parecer no he sido el único en pensar de esa forma.

Él le indicó la dirección en la que mirar y, atónita, vio a su prima Rachel con su novio, enrollándose apasionadamente. Abrió aún más los ojos, pasmada con la escena. Hizo una mueca. Y luego cayó en la cuenta de que, si alguien los viese en ese momento, podría pensar lo mismo de ellos. Miró a Kenneth con estupor y este bajó la mano dejando libre su boca.

—¿Y qué hacemos ahora? Si nos ven... —empezó a decir susurrando.

—Creo que lo mejor será que demos la vuelta por detrás de la caseta y nos metamos en ella, hasta que se vayan.

Lo de permanecer con él en un lugar pequeño y oscuro tampoco la tranquilizaba demasiado, pero al menos evitarían ser vistos. Toda la familia sabía que Rachel tenía muchas virtudes, pero la discreción no era una de ellas.

Terminó por asentir, pero cuando Kenneth cogió su mano para guiarla y todo su cuerpo se revolucionó al instante, se dio cuenta del lio en el que acababa de meterse. Por eso lo primero que hizo al entrar en el pequeño cubículo de madera en el que sus padres guardaban los aperos de jardinería y las cosas para el mantenimiento de la piscina, fue soltarse y alejarse de él cuanto pudo, que no fue más de un metro por lo reducido del espacio. Se llevó las manos a la cabeza y resopló.

—¡Madre mía, Kenneth! ¿No podíamos haber charlado en una cafetería? Si nos pillan...

—Si nos pillan, ¿qué? —preguntó él, aproximándose a ella.

Lauren sacudió la cabeza. No entendía nada.

—¿Cómo que qué? Pues que hemos quedado donde quedan las parejas para enrollarse. Podrían pensar... cualquier cosa.

—¿Te preocupa lo que pensaría tu novio? ¿Tan poca confianza tiene en ti, en vuestra relación?

Lauren volvió a parpadear como si estuviera sufriendo un ataque y Kenneth sonrió abiertamente. Estaba tan nerviosa que resultaba encantadora.

—¿Te parece gracioso? —formuló la pregunta con los ojos abiertos desorbitadamente.

—Un poco. Nunca te había visto así.

Lauren no tuvo que preguntar a qué se refería, porque él empezó a explicárselo mientras se aproximaba a ella muy despacio.

—Tan insegura, nerviosa, expectante... —Su voz era como una caricia peligrosa y sensual.

Lauren tragó saliva y dio un paso atrás para chocar con la única ventanita que tenía la caseta. Cruzó los brazos sobre su pecho, pero él prosiguió.

—Excitada, agitada, turbada... —Kenneth subió una mano y con el dorso acarició la piel desnuda de su antebrazo, cuando cada poro de su piel se erizó, continuó satisfecho—. Estremecida..., deliciosa..., deseable.

El último adjetivo la dejó sin aliento. Veía su rostro, contorneado por la escasa luz que se filtraba por la ventana y lo que leyó en sus ojos paralizó hasta el último latido de su corazón.

—Kenneth...

—Lauren...

Lauren... La necesidad con la que pronunció su nombre fue casi dolorosa, y cerró los ojos cuando él posó una mano en su mejilla. Su corazón volvió a latir en su pecho agitado, apenas fue capaz de contener la devastadora tormenta de sentimientos que se desencadenó en su interior. Cada latido, cada pensamiento, cada suspiro, cada desvelo, cada cosa que había sentido por él a lo largo de los años, la sacudieron con fuerza. Y todas y cada una de ellas, la hicieron flotar cuando él posó sus labios sobre los de ella con tanta delicadeza y devoción como para que cada poro implorara más. Kenneth tomó su rostro entre las manos y, tan agitado como ella, apartó los labios para enlazar la mirada con la suya.

Solo buscaba una confirmación, que encontró al instante, y entonces cayó de nuevo sobre su boca para devastarla. Lauren se aferró a sus fuertes brazos, temiendo estar perdiendo la consciencia, pues lo que azotó su cuerpo era tan fuerte como demoledor. Sacudida por un deseo que jamás creyó que podría experimentar se vio transportada a otro lugar en el que solo importaba él. Su sabor, el tacto de sus labios, de sus manos, que descendían por su espalda para rodearla con los brazos y apretarla a su cuerpo. Lo oyó gruñir de necesidad y ella gimió abandonada a la energía que la consumía y revitalizaba al mismo tiempo. La mataba y devolvía a la

vida con cada embestida de su lengua, con cada caricia que buscaba un encuentro con su piel a través de la ropa. Quería ser suya; era suya, siempre había sido suya. Y no había sabido cuánto hasta que él separó los labios de los de ella para decirle sin aliento:

—Te amo.

CAPÍTULO 18

Kenneth la depositó sobre la cama y se colocó sobre ella despacio. No habían ni llegado a encender las luces del apartamento, pero aún no había puesto cortinas en las ventanas y la luz de la farola alumbraba abundantemente el dormitorio con sus tonalidades anaranjadas, permitiéndole ver cada ángulo de la mujer que amaba. Apoyó los codos a ambos lados de sus brazos y descendió sobre sus labios para fundirse de nuevo con ella. No hacía ni dos minutos que había dejado de besarla y ya la echaba de menos. Lauren rodeó su cuello con los brazos y lo instó a profundizar en un nuevo beso que volvió a transportarlos a otro plano. Uno en el que solo estaban ellos dos. Un mundo creado solo para ellos y su necesidad contenida, ahora desatada. La sintió moverse debajo de él, arquearse y rodearlo con las piernas implorando más. No tenía que hacerlo; era suyo, completamente suyo, y le daría hasta su último aliento si ella lo quería. Se acopló entre sus piernas y buscó la fricción de sus sexos por encima de la ropa.

Jamás había pensado que podría desear a una mujer hasta el punto de dolerle no tenerla. Y ella lo provocaba. Lauren introdujo los brazos por debajo de su camisa y se la subió acariciando la piel de sus costados. Las

yemas de sus dedos despertaron cada poro de su piel. Se incorporó y se deshizo de la prenda mientras observaba embelesado que Lauren abría los botones de su vestido blanco, para terminar frente a él con tan solo un diminuto conjunto de encaje del mismo color. Era tan sexy e inocente al mismo tiempo que se tomó un segundo para deleitarse mirándola. Pero ella se incorporó y tomándolo de la nuca, lo atrajo para apoderarse de su boca de nuevo. Kenneth se dejó llevar por su sabor hechizante, sucumbió a las promesas de su cuerpo y volvió a descender hasta dejarla de nuevo sobre la cama. Allí abandonó sus labios e introdujo el rostro en el hueco de su cuello. No tardó en oírla jadear, mientras sus dedos se clavaban en su espalda. Sonrió al oírla tan entregada y enajenada como él, y continuó la exploración de ese cuerpo que conocía de memoria, pero que hasta ese momento no había podido ser suyo. Tomó uno de los tirantes de su sujetador y lo hizo bajar. Su pecho derecho quedó liberado a pocos centímetros de sus labios. Precioso, erguido, orgulloso y oscilante ante él, besó su nacimiento y después acarició con el pulgar el pezón oscuro que se endureció en respuesta inmediata. Contempló el rostro arrebolado y expectante de Lauren, que parecía apunto de gritarle, y le encantó saber que la tenía al límite. Sin esperar un segundo más, lamió el pezón y lo introdujo en su boca para succionarlo con anhelo.

Lauren sintió que miles de pequeñas descargas eléctricas salían desde el centro de su pecho despertando su sistema nervioso. Elevó las caderas arqueándose con cada succión de Kenneth, que la dejaban sin aliento. Clavó los dedos en su espalda, era tan placentero y dolorosamente insoportable que se mareó. Él, su torturador y salvador, pues era la única roca a la que quería aferrarse. Lo odió cuando minutos más tarde, abandonó su pecho y empezó a descender. Posó las manos en sus hombros y luego se aferró a su pelo cuando él mordió su sexo por encima de las braguitas. ¿De veras estaba allí? ¿Frente a su sexo palpitante y ansioso? Cerró los ojos cuando introdujo los dedos entre la fina tela y su cuerpo para acariciar con el pulgar el centro de su feminidad. Olas calientes y húmedas la mecieron mientras su vientre se contraía de puro placer, devastador y salvaje. Perturbado e irrefrenable placer que la atormentaba lentamente con una intensidad que le hacía pensar que no sería capaz de soportarlo. Cuando él se deshizo de la prenda y buscó su centro con la lengua perdió el resto de cordura que le quedaba y, aferrándose a las sábanas, gritó. Comenzó a mover las caderas enardecida y Kenneth la tomó por las nalgas con fuerza, apretándola contra su rostro. Comiéndosela entera, saboreando cada milímetro de su centro henchido y palpitante. La explosión que la arrasó desde la parte baja de su vientre hasta colapsar cada célula de su cuerpo fue tan devastadora que, tras

arquearse, la dejó caer sobre el colchón rota de placer. Apenas pudo ser consciente de los besos que recorrían su cuerpo en sentido ascendente hasta que los labios de Kenneth se unieron a los suyos, devolviéndole el aliento. Le sonrió, y ella a él, exhausta y más feliz de lo que había sido jamás. Entonces se dio cuenta de que aquello no había terminado. Él se removió entre sus piernas y sintió su miembro palpitante y caliente a las puertas de su sexo. Volvió a apoderarse de su boca, justo antes de enlazar la mirada con la suya y de una embestida llenarla por completo.

Kenneth, cegado por el deseo, tardó apenas un segundo en reconocer la estrechez que aferró su miembro, atrapándolo en el interior caliente y extremadamente húmedo de su sexo.

—Lauren... —pronunció su nombre con una mezcla de sorpresa y disculpa.

—Continúa, por favor. Kenneth, por favor... —suplicó ella sin aliento. Tomó su rostro entre las manos y lo besó.

No pudo pensar más; comenzó a moverse sobre ella, acoplando sus cuerpos en una comunión perfecta con cada embestida. Con cada invasión le entregaba una parte de su alma, hasta que se vació completamente en su interior. Arrastrado por la ola de su orgasmo, gruñó contra el cuello de Lauren, que lo aferró con fuerza salvándolo del abismo, rescatándolo de la locura y la convulsión de su cuerpo.

Jamás había sentido algo así, y sabía que jamás lo volvería a sentir si no era con ella.

Lauren vio a Kenneth coger su mano para enlazar los dedos con los suyos, y luego elevó ambas, observándolas unidas. Descansaba sobre el pecho masculino y podía oír el latido fuerte y cadencioso de su corazón. Ese corazón por el que había latido el suyo durante más de una década. Estaba allí, con él, lo sentía como tantas veces había imaginado que era, pero ahora era real, y mucho más intenso de lo que había soñado que podía ser. Por eso temía despertar y estar de nuevo en su mundo imaginario en el que todo entre ellos era perfecto. Su declaración de hacía unas horas no dejaba de retumbar en su mente, una y otra vez.

Se separó y se sentó en la cama. Si tenía que despertar, quería hacerlo cuanto antes.

—¿Qué ocurre? —le preguntó él viendo que se aferraba a la sábana. Sintió la mano en su espalda y cómo comenzaba a dibujar sobre su piel ondas que le erizaban hasta el último poro.

Sacudió los hombros cuando un escalofrío la recorrió por completo, pero no se giró. No tardó en sentirlo pegado a ella. Le apartó el cabello a un lado y besó su hombro desde atrás. Era tan deliciosamente electrizante que cerró los ojos disfrutando de la turbación de su cuerpo.

—¿Estás aquí, conmigo? —le preguntó él contra la piel, temiendo que estuviese pensando en su novio. Lauren tomó aire y declaró:

—Siempre he estado contigo.

Kenneth no podía imaginar mejor respuesta para calmar su miedo a perderla. Se colocó frente a ella, para encararla. Enlazó la mirada con la suya y recibió las llamas de su mirada, deseoso de consumirse en ellas.

—¿Siempre? —preguntó llevando una mano hasta su mejilla. Lauren cerró los ojos, atrapando el calor de su palma, y volvió a abrirlos: quería mirarlo mientras le abría su corazón.

—Siempre. Desde el día que rompiste mi ventana. Desde la primera vez que pronunciaste mi nombre, que me miraste y te convertiste en el centro de todo. —Desvió la mirada, sintiendo que las lágrimas pugnaban por salir.

Kenneth no podía creer lo que estaba oyendo, ni describir lo que aquella declaración significaba para él. Vio que una lágrima rodaba por su mejilla pecosa y sintió el dolor como suyo.

—¿Y por qué te fuiste? —La pregunta hizo que Lauren volviese a encararlo, entornando la mirada—. Después de besarnos, te marchaste... —apuntó él.

—Me rechazaste —declaró ella sin dejarlo terminar.

Kenneth parpadeó varias veces, frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No, no lo hice. Tú rompiste esa noche la caja en la que guardaba cuanto sentía por ti y pensaba que estaba prohibido para mí. La rompiste y me liberaste. Nunca había tenido tan claro que quería estar contigo, por primera vez lo vi posible. Me detuve aquella noche porque acababas de sufrir el acoso de un hombre que había intentado aprovecharse de ti y habías bebido. No quería que me vieses a mí así también. Te dejé descansando para volver al día siguiente y decirte lo que sentía por ti. Pero te habías marchado.

Lauren tragó saliva, consciente de cuánto se había equivocado ese día, de lo mucho que había malinterpretado su gesto, cuando él, una vez más, había intentado cuidarla y protegerla.

—Yo me enamoré de ti el día que nos conocimos —declaró—. Me rescataste, Lauren.

Lo miró sorprendida y él sonrió.

—Mis padres acababan de morir y el mundo, en muchos sentidos, había dejado de tener sentido para mí. No podía entender por qué la gente seguía respirando, viviendo, haciendo sus vidas con normalidad mientras ellos faltaban. Tía Corinne decidió que lo mejor era mudarnos para alejarme de los recuerdos, pero todo el mundo seguía tratándome como al pobre niño al que se le habían muerto los padres. Como si fuese de cristal,

como si mi mundo fuese de papel y pudiese volver a romperse en cualquier momento.

Lauren tomó sus manos y entrelazó los dedos con los suyos. Siempre supo que había dolor en su interior. Lo veía, lo sentía.

—Y entonces me gritaste desde aquella ventana. —Kenneth volvió a sonreír y ella con él, recordando todo lo que le había dicho. Se cubrió el rostro por la vergüenza y él apartó su mano para que lo mirara—. Me sacudiste. Por primera vez desde sus muertes, alguien me trataba como a una persona normal, haciéndome creer que podía tener una vida normal. Tu energía fue tan implacable que me vi eclipsado. Siempre has sido un sol radiante y devastador para mí. Tan imponente, prohibida e inalcanzable. Era consciente de que lo que sentía por ti era demasiado grande e imposible. Matt era mi mejor amigo, un hermano. Y tus padres una segunda familia para mí. Te sacaba cinco años y... todo aquello hizo que guardase mis sentimientos en una caja. No podía estar contigo, pero tampoco quería estar sin ti. Tenía que buscar mi sitio en tu vida. Siempre pensé que, aunque no fuera suficiente, era lo que merecía, y debía sentirme afortunado. Hasta que me besaste esa noche y acabaste con todo lo que había construido. Te probé y ya no pude conformarme con menos —dijo acariciando su labio inferior con devoción mientras fijaba la vista en él.

Lauren tenía tanto que contarle: cómo lo había amado, cómo había intentado huir de lo que sentía por él, cómo había fracasado una y otra vez en su empeño y el plan que se había impuesto al volver a casa para, definitivamente, alejarse de él, pero no pudo. Tras su increíble declaración ya solo quería volver a besarlo, entregarse otra vez a él y sentirse de nuevo una mujer en sus brazos. Para el resto, ya habría tiempo.

CAPITULO 19

Cuando Kenneth despertó aquella mañana lo primero que hizo fue buscar a Lauren a su lado, pero su cama estaba vacía. Se incorporó de inmediato, buscándola con desasosiego. Excepto la pequeña conversación que habían tenido en la que le había revelado sus sentimientos, el resto de la noche la habían ocupado haciendo el amor una y otra vez. Como si necesitasen memorizarse, sentirse, cerciorarse de que estaba ocurriendo de verdad. Al menos así lo había sentido él. Era lo que necesitaban, pero había quedado tanto por decir, tanto por contarse, que temió que ella se hubiese marchado sin haber aclarado en qué punto estaba su relación.

Se levantó de un salto. No había muchas opciones para buscarla. Su apartamento era amplio, pero bastante diáfano. Las únicas habitaciones separadas eran su cuarto y el baño, el resto era un espacio. En el suelo encontró la mayor parte de la ropa de ambos tirada por el suelo y respiró tranquilo imaginando que desnuda no se habría marchado. Abrió la puerta del dormitorio, que estaba cerrada, aunque recordaba haberla dejado abierta la noche anterior, y ya desde el umbral la vio. Estaba de espaldas a él, frente a la mesa del comedor, contemplando una de las enormes

fotografías que tenía expuestas en su salón. Se pasó una mano por la frente, llevándola hasta la nuca, y resopló.

—La hice el fin de semana en Little Compton —dijo caminando hacia ella—. Lo siento, no pude resistirme —confesó contemplando él también el retrato que ocupaba gran parte de aquella pared; en él se la veía de perfil, mirando al mar. Su cabello ondeaba al viento de una forma salvaje, su expresión era decidida y se apreciaban cada una de las pecas de sus mejillas. Encarnaba todo lo que amaba de ella. Cuando la hizo le pareció un pecado no immortalizarla y ahora se preguntaba qué pensaría ella de su obra.

—Es... preciosa —dijo emocionada. Aún no era capaz de asumir todo lo que sentía él por ella, a pesar de haberlo deseado toda la vida. Había pasado tanto tiempo convenciéndose de que no era posible, que era sencillamente abrumador—. ¿Así es como me ves?

—Así es como eres —dijo él abrazándola por detrás.

En cuanto su cuerpo entró en contacto con ella, su deseo despertó y la rodeó con más fuerza. Lauren se aferró a sus brazos y echó el cuello hacia atrás hasta que apoyó la cabeza en su hombro.

—Te deseo —declaró ella, y él respiró profusamente contra su cuello, encendido.

Colocó las manos en sus caderas y después descendió hasta llegar al filo de la camiseta que se había puesto y que había robado de su armario. No encontró el encaje de sus braguitas y saber que no llevaba ropa interior y ya estaba dispuesta para él, lo volvió loco. Posó una mano en su espalda y la inclinó sobre la mesa para exponer su trasero solo para él. Tal vez estaba siendo demasiado directo, sobre todo tras descubrir que Lauren le había entregado su virginidad la noche anterior, pero ella se lo estaba poniendo difícil, arqueándose para rozarse con su pétrea erección. La oyó gemir entregada cuando introdujo una mano entre sus muslos para acariciar su sexo. Y ya no vio más allá de hacerla gritar de placer. Se arrodilló tras ella y, abarcando con las palmas la succulenta redondez, le dio un suave mordisco en el trasero. Se preparó para su siguiente jugada, cuando el timbre de la puerta sonó.

Los dos se quedaron quietos y expectantes.

—¿Esperas a alguien? —preguntó ella cuando el timbre volvió a sonar con insistencia.

—Los únicos que han venido a este piso son tu hermano y mi tía. Aunque lo tengo desde hace un año, no he tenido tiempo de mudarme en condiciones, paso demasiado tiempo fuera —dijo levantándose.

El timbre volvió a sonar.

—No sé cuál de las dos opciones me preocupa más —dijo ella.

—Sea como sea, hay que enfrentarlo —dijo él con una decisión que ella no sentía. Por primera vez desde que todo empezó se planteó cómo iban a contárselo a la familia, y cuál sería su reacción. Lo vio ir hacia la puerta, con tan solo el bóxer puesto, y trago saliva.

—¡Espera! Yo abro. —Lo paró corriendo hacia él.

Kenneth frunció el ceño, pero no le permitió protestar, abriendo antes de que dijese algo.

—¡Dios, Lauren! ¡Menos mal que estás aquí! ¡Me dejaste solo ayer en la fiesta de tu familia! —le reprochó, aun así, se lanzó sobre ella, al parecer aliviado de que estuviera bien.

—Travis... Yo... Lo siento.

Kenneth, tras la puerta, se quedó petrificado al ver a Travis en su casa, abrazando a Lauren. Apretó las mandíbulas. Dio un paso hacia delante para revelar su presencia.

—Estabas... ¿con él? —preguntó sorprendido el recién llegado.

—Sí... Yo... Nosotros... —Lauren parecía en shock.

—¡Joder! ¡Eso es estupendo! —Los miró a uno y a otro como si realmente le pareciera la mejor de las noticias. Kenneth frunció el ceño sin entender nada—. ¡Joder! —repitió—. Si me hubieses mandado un mensaje no os habría interrumpido. Está claro que he sido de lo más inoportuno. —

Los señaló a ambos alternativamente, destacando la falta de ropa de los dos.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Kenneth—. No entiendo nada...

Lauren posó una mano en su pecho y se mordió el labio inferior haciendo la misma mueca que le había visto un millón de veces de niña cuando hacía una trastada.

—Travis no es mi novio —confesó—. Es el primo de Payton, y un buen amigo.

—Además de gay confeso y aspirante a actor de éxito mundial.

—Pero entonces, ¿por qué...? ¿Por qué...? —Kenneth alzó ambas cejas sacudiendo la cabeza.

—Yo le pedí que se hiciera pasar por mi novio. Fue una estupidez, pero creí que me ayudaría a ser más fuerte cuando te viese. A que dejases de verme como a una niña. A demostrar a todos que ya no era la misma...

Kenneth no dejó que terminase y tomándola por la cintura cubrió sus labios, besándola. Llevaban unos segundos besándose cuando Travis carraspeó llamando su atención.

—¿Y qué haces aquí? —Lauren sonó avergonzada y confusa—. ¿Cómo has dado conmigo?

—Por esa aplicación que tenéis mi prima y tú para localizaros en caso de emergencia. ¿Qué querías que hiciera? Estaba preocupado. Tus padres me preguntaron dónde estabas y yo no sabía qué contestar. Al final me inventé que Payton te había llamado con una urgencia. Pero tenía que asegurarme de que estabas bien.

—Gracias, Travis, eres un buen amigo.

—Lo sé —dijo él adentrándose en el apartamento—, aunque yo también tengo que agradecerme haberme dado la oportunidad de hacer ese papel de novio hetero. Creo que me ha salido bordado. Todos están encantados conmigo, incluso me han invitado a la boda de tu prima Rachel y Cameron, en dos semanas.

Ambos lo miraron atónitos.

—Es cierto, ya os habíais marchado y no os enterasteis. Cameron pidió anoche a Rachel que se casara con él. Creo que ella está... —Con la mano se dibujó una prominente tripa, aludiendo a su estado de buena esperanza—. Así que ahora necesito que me digáis, ¿vais a hacer oficial lo vuestro? Lo digo por ir pensando ya qué ponerme para la boda.

Los miró alternativamente, esperando una respuesta. Kenneth no lo había hablado aún con ella, pero lo tenía claro y repuso:

—Sí, claro.

El problema fue que al unísono se escuchó a Lauren pronunciando:

—No, aún no.

CAPÍTULO 20

No anunciar aún su relación e ir a la boda de Rachel por separado a Lauren le pareció la mejor opción, dado que necesitaba un poco de tiempo para descubrir cómo decírselo a su familia causando el menor impacto. Sobre todo después de haberse presentado en casa con un supuesto novio que había caído genial a todos. No quería ni imaginar la cara de sus padres al saber que los había engañado. A Matt incluso le caía bien Travis, algo también inconcebible para ella. No es que su amigo no fuera encantador, que lo era, pero Matt había llevado su papel de hermano protector hasta el extremo, ningún chico era bueno para ella, y no había esperado complacer todas sus exigencias.

Kenneth decía que le daba igual todo aquello. Que sabía que tendría que soportar la ira de Matt, la decepción de sus padres y el espanto de su tía, pero que solo quería estar con ella y por lo tanto no veía sentido a llevar la farsa más allá. Cuando antes lo supieran todos, antes podrían disfrutar de su relación sin ocultarse. Cuando se mostraba tan ansioso por gritar al mundo que la amaba, era encantador. Lauren entonces lo abrazaba, se lo comía a besos, y le hacía saber cuánto lo amaba ella

también. Al final, él terminaba por complacerla y esperar antes de dar el paso, pero Lauren sabía que no conseguiría contenerlo mucho tiempo más.

Aquella mañana, sin embargo, viéndolo llegar a la boda con la cita que le habían organizado Matt y Jane, envidió la capacidad de destrucción de Tormenta de los X-Men. Le habría encantado apretar los puños, que las cuencas de sus ojos se volvieran blancas y espeluznantes y devastar hasta el último lazo decorativo de la celebración. Se vio a sí misma apretando los puños, y los dientes, pero no consiguió que se moviese ni un pelo del recogido de la chica que lo acompañaba, por cierto, demasiado guapa, sonriente y aparentemente encantadora.

Odiaba a su hermano y su manía de meterse en la vida de los demás. ¿Por qué había organizado aquella maldita cita a Kenneth? ¿Y por qué había aceptado su novio tenerla? Bufó, la culpa no era de él sino de ella. La noche anterior le había dicho un millón de veces, entre besos, que era con ella con quien quería asistir, pero siguió insistiendo en que lo mejor era esperar y ahora pagaba un alto precio por ello. Entornó la mirada cuando vio que Charlotte posaba una mano en el fuerte brazo de Kenneth y le sonreía como solo hace una chica cuando las esperanzas románticas hacen que aleteen sus pestañas.

—Si la sigues mirando así, solo vas a conseguir que te duelan los ojos —le dijo Travis entre dientes, colocándose a su lado mientras sonreía

a diestro y siniestro. Lauren volvió a resoplar.

—No puedo evitarlo. Y a ti, ¿no te duele la cara de tanto sonreír? Pareces un anuncio de pasta de dientes.

—¿En serio? Fantástico, tengo un casting el lunes para un anuncio —dijo lleno de satisfacción—. Y no, no me duele la cara. Acostumbro a sonreír bastante, no como tú, que parece que te has comido un limón. Además, tu familia es adorable. Me encantaría colarme en la vida de los Weaver. ¿Estás segura de que no tienes por ahí escondido un estupendo primo gay?

Su amigo la hizo reír y por un momento dejó de pensar en lo desgraciada que era por ver a Kenneth en la situación que ella misma lo había metido, y se centró en Travis.

—Pues reconocido, no. Pero mi primo Marcus siempre ha parecido sospechoso —reflexionó cogiéndose la barbilla—. Luego te lo presento —decidió con el entusiasmo de una alcahueta.

Travis suspiró y la tomó de la cintura para guiarla hasta los asientos que debían ocupar.

—Me encantan las bodas. Son las situaciones perfectas para dejarse llevar por el ambiente romántico y caer en la tentación —añadió él a su oído para que nadie lo oyese suspirar como una colegiala. No iba mucho con su papel de macho hetero.

Lauren rio hasta que su mirada se cruzó con la de Kenneth, que la observaba en la distancia. Había tanta intensidad en su gesto que sintió que le hervía la piel de ansiedad por que él la acariciara. Le sonrió y ella se saltó un latido. Y entonces Charlotte volvió a intentar captar su atención posando una mano en su pecho. Kenneth dejó de mirarla para contestar a la chica y Lauren cerró los ojos, bajando el rostro para ocultar la cara de perro rabioso que se le estaba poniendo.

Todo el tiempo de la ceremonia lo dedicó a esforzarse por no volver a mirar a Kenneth, le resultaba insoportable. Sabía que era... intensa, pero no imaginó que se la comerían los celos de esa forma, jamás. Tampoco había querido a nadie de la forma en que lo amaba a él. Y la cuestión era que no dudaba de sus sentimientos ni pensaba que la fuese a dejar de querer de la noche a la mañana, pero sí le molestaba que la chica pensase que tenía opciones, que lo estuviese sobando cada dos por tres con cualquier excusa y que todo el mundo; sus padres, tía Corinne, su hermano, Jane y algún que otro familiar más, estuviese ansioso por emparejarlo con ella.

Cuando llegaron a la parte del coctel que se ofrecía antes de la comida, lo primero que hizo fue tomar una copa de champán y beberla de un trago. Sentía que ardía por dentro, y no porque estuviesen en los días más calurosos del mes de julio. Tenía que enfriarse y empezar a disfrutar.

Supo que no lo iba a tener fácil cuando su hermano, Jane, Kenneth y su resplandeciente acompañante se acercaron a ellos.

—La ceremonia ha sido preciosa, ¿verdad? —dijo Jane en tono soñador y Lauren vio el momento de vengarse de su hermano un poquito por haber organizado aquella cita.

—Preciosa, sí —dijo imitando su gesto—. De lo más inspirador. Y quién sabe, dicen que de una boda siempre sale otra boda, ¿verdad? —giñó un ojo a Jane señalando a su hermano con la cabeza. Jane se sonrojó y su hermano, que sabía que tenía problemas para encontrar el momento de declararse, la fulminó con la mirada.

Nada de todo aquello pasó desapercibido para Kenneth, que apretó los labios para no irrumpir en una sonora carcajada. Hasta que su acompañante habló.

—Eso dicen, sí. Y es lógico, en un ambiente tan romántico... —lo tomó de la mano y le brindó una mirada ilusionada.

—Voy a por otra copa —declaró Lauren de inmediato, y dándoles la espalda, salió de allí con paso ligero.

—Mejor la acompaño —dijo Travis con cara de circunstancias.

—Tranquilo, ya voy yo. También necesito una copa —se apresuró a detenerlo Kenneth—. ¿Alguien más quiere algo de beber? —preguntó

solícito y todos levantaron la mano—. Pues robaré una bandeja. —Sonrió y se marchó raudo tras Lauren a la que ya había perdido de vista.

La encontró en una esquina de la barra, apoyada en ella con ambos codos, absorta en el reflejo que proyectaba en la superficie pulida de metal. Se colocó detrás de ella y le sopló en la oreja. Lauren se incorporó y miró por encima de su hombro con el ceño fruncido, pero él ya estaba junto a ella al otro lado, cuando volvió a girar y lo enfrentó, él sonrió. Pero ella no cambió el gesto ofuscado.

—Estás preciosa, aun enfadada.

—No digas tonterías. Soy un monstruo de siete cabezas ahora mismo. Quiero tirar a esa chica por unas escaleras. Y no ha hecho nada. ¿Cómo puedo culparla por encapricharse del hombre más guapo de esta fiesta, que por cierto es mi novio? — Frunció los labios en una mueca y miró a un lado, molesta consigo misma.

Kenneth la tomó de la barbilla para hacer que lo mirase.

—Me encanta que me llames tu novio. —Le acarició sutilmente la mejilla y apartó un mechón de cabello de su frente, en un gesto íntimo que provocó en ella una sonrisa—. Ya estamos aquí, y es una fiesta. Que no hayamos venido juntos no significa que no podamos divertirnos.

Lauren leyó su mirada picara cargada de deseo y su cuerpo despertó abruptamente. ¿Estaba sugiriéndole que hicieran una locura? Si algo

necesitaba ella en ese momento era eso. Codiciaba sentirlo, tocarlo, besarlo, ser suya de nuevo. Y asintió con la misma picardía en la mirada que le mostraba él.

Tres horas más tarde, mientras el resto de invitados estaba en la pista de baile, Kenneth entraba en el enorme guardarropa del hotel en el que se celebraba la fiesta. Hacía unos minutos que Lauren se había marchado y sabía que estaba allí, tal y como le había hecho llegar en un mensaje. No veía el momento de comérsela a besos, la deseaba tanto que se había pasado media boda manteniendo su entrepierna bajo control. Lauren se había puesto un precioso vestido color lavanda anudado al cuello, que dejaba sus preciosos hombros pecosos al aire. Llevaba el cabello recogido y un escote que lo estaba volviendo loco, pues solo él sabía lo que escondía.

Le sorprendió no verla nada más entrar, y miró hacia la entrada dudando si habría entendido mal el sitio en el que lo citaba. Estaba a punto de sacar su móvil del bolsillo para asegurarse cuando su mano menuda tiró de él, introduciéndolo entre las perchas llenas de fundas con prendas. Lauren lo miró, coqueta, rodeando su cuello, y él no soportó más la distancia. La abrazó y la pegó a él mientras se apoderaba de su boca. El

momento en el que sus lenguas entraron en contacto fue como sentir miles de explosiones por todo el cuerpo.

—¿Te he dicho que te pareces a James Bond con este esmoquin? — le dijo ella con el aliento entrecortado y una sonrisa arrebatadora en los labios.

—No, pero no me parece una mala comparación. — Rio contra su boca, y volvió a besarla —. Tú sí que estás sexi, llevo todo el día deseando hacer esto... —Bajó hasta su cuello y empezó a succionar la piel suave del hueco de su clavícula mientras introducía una mano bajo la falda de su vestido para acariciar sus torneados muslos.

Lauren tenía las piernas más bonitas y sexis que había visto jamás. Y ese día las había acentuado con unos altísimos tacones que hacían que quisiera perder la cabeza entre ellas.

—Quiero lamerte —confesó con voz grave junto a su oído y ella pensó que desfallecería en ese momento. Sabía lo que era el sexo oral pero nunca imaginó que se podía disfrutar tanto con él hasta que había probado la lengua de Kenneth devastando esa parte de su cuerpo. Solo de recordar las cotas de placer que él hacía que sintiese cuando la saboreaba, su cuerpo entró en erupción.

—Aquí no —gimió, intentando que la iluminara la cordura.

—Aquí sí. Y ahora —gruño él en respuesta. La tomó con ambas manos por el trasero y la llevó hasta la pared sobre la que la apoyó.

—Kenneth... —Un jadeo ahogado salió de su boca cuando la mano de él llegó a su sexo para bajarle las braguitas.

—¿Sí, cariño? —repuso él acariciando ya con su aliento su pubis hambriento de atención.

Solo le dio tiempo a lamerla una vez, porque la impresión la llevó a moverse dando un gritito y ambos terminaron en el suelo del guardarropa, arrastrando con ellos el gran perchero que tenían detrás.

Empezaron a reír a carcajadas, viendo la que acababan de liar. Hasta que la puerta se abrió, y en el marco apareció la acompañante de Kenneth. Las risas cesaron al instante.

—Qué... ¿qué está pasando aquí?

La escena no dejaba mucho a la imaginación. El moño de Lauren estaba destrozado, la ropa de ambos descolocada y Kenneth rodeado de capas y capas del tul color lavanda de la falda de Lauren. Esta apretó los labios no sabiendo qué decir.

—Charlotte...

—¡Dios mío, os estabais enrollando! —La chica los miró con estupor—. Pero, ¿no es tu hermana, tu prima o algo así? —Hizo un gesto de repulsión y salió de allí espantada.

Los dos se quedaron allí, inmóviles en el suelo, sin dejar de mirar la puerta por la que ella se había marchado.

—Bien, de esta no nos libramos. ¿Imaginabas que así sería como daríamos la campanada? —le preguntó Kenneth y ella solo pudo tragar saliva.

CAPÍTULO 21

Llegó el otoño y Lauren y Kenneth no podían creer que no los hubiesen pillado aún. Charlotte se fue el día de la boda, despechada y echando pestes por la boca de su familia, pero Jane no consiguió que le dijese qué le había pasado, solo que no quería volver a ver a Kenneth ni en pintura. Cuando Matt lo interrogó, él se limitó a decirle que solo se había encargado de que supiese que no estaba interesado. Algo que su amigo no entendió. Charlotte era una chica guapa, inteligente y muy dispuesta. Pero no era la primera vez que no entendía las decisiones de su mejor amigo cuando se trataba de ocupar su corazón. Jane y él terminaron por olvidar el tema y, tras la experiencia, desistieron de la idea de buscarle una novia.

A ellos les vino de perlas, pues, aunque Kenneth siguiese empeñado en decírselo ya a la familia, Lauren iba atrasando la fecha una y otra vez. Y su motivo no era otro que el hecho de que, por primera vez en su vida, tenía miedo.

Amaba a Kenneth y las cosas iban tan bien... Pasaban todo el tiempo que podían juntos; fines de semana completos cuyas horas consumían yendo a espectáculos, a patinar, exposiciones, al cine, a bailar, a cenar, y a amarse cuanto podían, entregándose el uno al otro en cualquier momento y

ocasión. Querían aprovechar cada minuto que tuviesen porque, cada pocas semanas, Kenneth tenía que salir por unos días de viaje para cumplir con sus compromisos laborales. Entonces hablaban durante horas por Skype. A Lauren le parecía increíble lo mucho que tenían que contarse siempre. No había silencios incómodos, agobios o temas tabú. Salvo el único en el que discrepaban; la revelación de su relación.

Y no era fácil mantenerla en secreto. En más de una ocasión habían estado a punto de ser sorprendidos por Matt, Corinne, o incluso su madre cuando se había presentado sin previo aviso en el campus para comer o cenar con ella. Aun así, Lauren veía esos momentos divertidos, casi excitantes.

Pero lo que no quería era dañar a nadie. Adoraba a su familia y que ellos adorasen a Kenneth, y no quería que eso cambiase. No quería que llegase el día en el que tuviera que oír que criticaban su relación y lo que sentía, y sin duda, eso iba a pasar con seguridad con algunos de ellos. Que Kenneth estuviese dispuesto a enfrentarse al mundo por ella, solo hacía que se sintiese más culpable. Ella siempre iba a tener a su familia, pero él tenía mucho más que perder. Formaba parte de ellos, habían sido los padres y el hermano que no había tenido. No podía soportar la idea de que perdiera a su mejor amigo, de que pensasen mal de él, por amarla a ella.

No quería, se lo repetía un día y otro también, pero el tiempo se estaba acabando. Kenneth le había dejado claro que no quería llegar a Acción de Gracias y sentarse a la mesa de los Weaver ocultándoles su relación. Las semanas se iban consumiendo y ella veía más cercano el día en el que todo saltase por los aires. Miró por la ventana junto a la que estaba situada su mesa en la redacción del periódico y pensó que igual debería ir poco a poco. ¿Y si le contaba todo a su madre y a Corinne primero? A ellas podría hacerles entender lo que sentía por él sin que la viesen como a la niñita de la casa. No era mala idea buscar aliadas antes de soltar la noticia al resto.

—Weaver, ¿estás ocupada? —la pregunta de Crystal la sacó de sus cavilaciones. Ahora era la editora jefe y, aunque a su vuelta habían tenido sus momentos de tensión por todo lo ocurrido antes de su marcha a Texas, lo habían conseguido solucionar y trabajaban sin trabas.

—No especialmente, ¿por qué?

—Tengo un problema. Media redacción está con ese virus estomacal —hizo una mueca de asco—. En fin, que me falta personal para cubrir todas las secciones y necesito que, además de tu columna de noticias, cubras la de deportes.

—¿Deportes?

—Deportes. Terrence no sabe distinguir un balón de una sandía y sé que tú eres seguidora de varios equipos. Te he oído hablar con los chicos de los resultados de los partidos en la sala común. Solo necesito que enfoques tu magia a tanteos, anotaciones, lanzamientos, recepciones y esas cosas. —Sacudió la mano dando a entender que ella tampoco tenía mucha idea de lo que estaba hablando—. ¿Podrás hacerlo?

—Mm... claro —aceptó sin pensarlo demasiado. Un periodista no siempre podía escribir de lo que quería y al menos el fútbol le gustaba. El sábado Kenneth y ella iban a ver el partido de todas formas en su apartamento, comiendo palomitas y helado de chocolate. Escribiría un artículo después, puede que la experiencia fuera incluso divertida.

Crystal la apuntó en su programación del trabajo y se marchó sin mirarla una segunda vez. Ella volvió a echar un vistazo por la ventana, y siguió dando vueltas a la posibilidad de quedar con su madre y Corinne la siguiente semana. Tenía que pensar muy bien cómo organizarlo todo y por eso no dedicó un minuto más a pensar en el tema del partido hasta que salió del edificio del periódico dos horas más tarde.

Allí, como recién salido de un anuncio de colonia, estaba Kenneth, apoyado en su coche, esperándola. En cuanto la vio se incorporó y caminó hacia ella. No contaba con verlo ese día, y por eso salió corriendo hacia él, terminando por saltar a sus brazos. En cuanto estuvo fundida con su

cuerpo, la felicidad más absoluta se abrió paso en su pecho haciendo que el resto desapareciese para ella. Lo besó con ganas, sin reparo y con mucha hambre.

—Hola, Pecas —la saludó él, frente contra frente segundos después.

—Hola, guapo —dijo ella con una enorme sonrisa—. No te esperaba hoy, ¿no tenías ese asunto de la exposición en la galería? —dijo posando las manos en su pecho, mientras él la rodeaba con sus brazos por la cintura.

—Lo tenía, pero he terminado antes y he decidido darte una sorpresa.

—Me encantan las sorpresas —repuso con entusiasmo.

—Lo sé —le acarició la mejilla, enlazando la mirada con la suya y ella pensó que no había forma de ser más feliz que ella en ese momento.

Se equivocó. Kenneth tenía la capacidad de sorprenderla como nadie más podía. Su mente iba demasiado rápido para el resto de la gente, pero él sabía anticiparse, o aprovechar la oportunidad. De esa forma, y tras contarle el nuevo artículo que tenía que escribir, el sábado, durante el desayuno, la dejó de piedra depositando junto al café y la tostada que le había preparado, dos entradas para el partido de los Patriots de ese día. Jugaban en Foxborough, Massachusetts, a cuarenta minutos de allí. Nunca

había tenido la oportunidad de ver un partido en el campo y empezó a pegar gritos como una loca, con las entradas en las manos. Saltó hacia él colgándose de su cuello y rodeándolo con las piernas, para besarlo con pasión.

—¿Cómo las has conseguido? Es imposible con tan poco tiempo.

—Conozco a un tipo, que conoce a otro tipo... —Kenneth se hizo el enigmático y ella rio frente a sus labios. Volvieron a besarse y no tardaron en darse cuenta de que preferían tomar el desayuno en la cama. Ella acababa de decidir cómo agradecerle su regalo, y para eso lo necesitaba desnudo y en posición horizontal.

Kenneth no solo le había hecho el regalo más alucinante de su vida consiguiendo aquellas entradas, también se ofreció a hacerle unas fotos únicas para el reportaje. Estaba feliz, pletórica y la energía del estadio era arrolladora. Kenneth le había prestado su camiseta de Tom Brady, el mejor quarterback del mundo para ambos, y ataviada con ella y su gorro de lana del equipo, saltó, gritó y vitoreó con cada jugada. También blasfemó, vociferó y maldijo con las pocas que no salieron como esperaba, pero Brady no les decepcionó, y al final del primer tiempo estaban dando una paliza a Miami que jamás olvidarían.

Durante el descanso, el público se entregó a la actuación de las animadoras y Kenneth y ella bajaron de las gradas para hacer algunas fotos. Resultaba que el amigo del amigo que conocía Kenneth era uno de los directivos de la NFL. Lauren estaba en las nubes por tener acceso a toda aquella información y a poder fotografiar mucho más de cerca a los jugadores. La experiencia fue tan alucinante para ella como para un niño al que acababan de regalar la super bici del momento en la mañana de Navidad.

Estaba pletórica, y al finalizar el partido con el mayor número de pases de la temporada de su jugador favorito solo quería una cosa: comerse a besos a su novio. Y así lo hizo, olvidando el gentío que se amontonaba en la zona por la que debían salir los jugadores y se congregaba la prensa. Allí, rodeada de desconocidos, rodeó a Kenneth con sus brazos y lo besó. Él no se hizo de rogar y alzándola por el trasero la elevó para sellar con un beso de película el espectacular momento.

Matt, sentado en el sofá de Jane, se repanchingó satisfecho con el resultado del partido. No había podido quedar con Kenneth para verlo, como era su costumbre. Últimamente este parecía estar demasiado ocupado, pero el mal sabor de boca se le pasó con la victoria aplastante del equipo. Solo pensaba en lo que disfrutarían al día siguiente comentando

las jugadas cuando los periodistas empezaron a enfocar a los jugadores que salían del campo. Quería ver los comentarios de Brady, que había logrado un nuevo record de pases.

—¿Quieres otra cerveza, cariño? —le preguntó Jane desde la cocina del pequeño apartamento que compartía con dos compañeras del hospital.

—Sí, cielo, esto hay que celebrarlo. —Se volteó para responderle entusiasmado, pero al girarse de nuevo a la pantalla, vio a su hermanita en brazos de su mejor amigo, comiéndose la boca delante de todo el país.

CAPÍTULO 22

Kenneth sacó la bandeja con la pizza del horno y la colocó sobre la encimera. Vio a Lauren olisquear el aire, pero no levantó la vista del ordenador. Estaba concentradísima en el artículo que debía escribir. No quiso interrumpirla y se limitó a cortar las porciones antes de ponerlas en platos. Y entonces ella habló:

—¡Estas fotos son fantásticas! El artículo se va a escribir solo. Mira esta de Brady mirando hacia las gradas superiores. Es... impactante. Has captado toda la intensidad de ese momento.

Kenneth se puso el trapo en el hombro y fue hasta ella. Se colocó a su espalda, apoyando las manos en la barra en la que Lauren había decidido poner su portátil para trabajar. Observó la foto de la que le hablaba, tenía que reconocer que había disfrutado haciendo aquellas fotos y estaba contento con lo que había salido. Era muy perfeccionista y no siempre conseguía captar lo que buscaba. Pero estaba satisfecho con su trabajo de la noche anterior y sobre todo con que ella estuviese tan contenta. Lauren se giró para mirarlo por encima de su hombro y lo besó en la mejilla de improviso. Sonrió, cada gesto suyo le parecía encantador, y la rodeó con sus brazos.

—Hacemos un buen equipo, sí. La verdad es que no me importaría volver a trabajar juntos. Tiene sus alicientes... —Bajó el rostro hasta su cuello y lo besó, provocando que ella riera encantada.

—Muchos alicientes —apuntó Lauren haciendo girar el asiento del taburete para encararlo. Él se colocó entre sus piernas y ella lo aferró para acercarlo a su cuerpo.

—Si empezamos este juego, al final ni comemos ni escribes —le advirtió él.

—Podemos echar un partido rápido —repuso ella sugerente, posando ambas manos en su pecho y empezando a dibujar con las yemas de los dedos círculos sobre sus pezones.

Kenneth encogió el estómago y gruñó levemente. En ese momento, Lauren se sintió traviesa e hizo bajar una de sus manos hasta la entrepierna masculina para frotarla por encima del fino pantalón de pijama que llevaba puesto.

Kenneth no tardó en responder a su provocación y apoderándose de su rostro con ambas manos, la besó para demostrarle lo que le estaba causando.

Y de repente, el timbre de la puerta sonó. No tuvieron que preguntarse de quién se trataba porque la voz de Matt bramó tras ella.

—¡Kenneth, tengo que hablar contigo! ¡Abre! —La urgencia era más que palpable en su tono.

Lauren lo vio separarse de ella, dispuesto a abrir la puerta y lo tomó del brazo para detenerlo.

—Nooooo —negó con la cabeza con mirada implorante.

Kenneth la miró un segundo, pero sabía lo que tenía que hacer. Aquello había durado demasiado y Matt parecía necesitarlo.

—Tengo que hacerlo —repuso acariciando su mejilla, intentando hacerle entender que era lo mejor.

—Tengo un plan. Voy a quedar con mi madre y tu tía la próxima semana. Se lo contaré a ellas primero. Eso hará que todo sea más fácil. Matt se volverá loco.

—¡Kenneth, tu coche está en la calle, sé que estás ahí y necesito a mi colega!

Kenneth se separó de ella de inmediato. Lauren lo miró con ojos desorbitados.

—Me necesita, y esto ha ido demasiado lejos. Confía en mí. Todo saldrá bien.

Confiaba en Kenneth más que en nadie, pero toda aquella situación no dependía de él. Lo vio marchar hacia la puerta y sintió que el pulso

empezaba a latirle en las sienes. Lo siguiente que oyó fue el chasquido de la cerradura al abrirse.

Kenneth abrió la puerta, no sin antes tomar una bocanada de aire. Había dicho a Lauren que confiara en él, pero no iba a ser fácil. Aun así, estaba harto de esa situación y solo pensaba en aclararlo. Abrió la puerta y la mirada de Matt ya le dijo que algo no andaba bien. Si algo compartían los Weaver era ese fuego en la mirada que avecinaba tormenta, y la de Matt estaba a punto de estallar.

No esperó a que lo invitara a pasar y lo hizo como un toro al que acaban de abrir el portón para salir al rodeo. Cerró la puerta y se apresuró en ir tras él para no dejar a los dos hermanos enfrentándose. Su sorpresa fue mayúscula al comprobar que Lauren había desaparecido. Miró a un lado y a otro frotándose la nuca, confuso.

Matt, tras echar un vistazo al salón, giró sobre sus talones con la sonrisa del Joker.

—Eso que haces con la cara es espeluznante —le dijo.

—¿Te parece? —preguntó ladeando la cabeza como si estuviese metido completamente en el papel del personaje de ficción.

—Tío, ¿estás bien? —le preguntó empezando a preocuparse.

—No lo sé, ¿estoy bien?

Kenneth alzó las cejas, aquello empezaba a parecer una conversación de besugos. Vio a su amigo mirar a un lado y a otro, desquiciado y durante su escrutinio fijarse en el portátil que aún había sobre la mesa. Se aproximó a él con los ojos brillantes, como hubiese encontrado un tesoro. Fue hasta él decidido.

—Matt... tenemos que hablar —empezó a decir pasándose la mano por la frente.

—Shhhh... —Lo mandó callar el otro, sin dejar de mirar la pantalla —. ¿Ahora también escribes? —preguntó segundos después.

—Matt, en serio, ¿por qué no nos sentamos y charlamos un poco?

—Esto es bueno, demasiado bueno. Tan bueno como para parecer que no lo has escrito tú —repuso obviando su proposición.

Se alejó del ordenador con los ojos cerrados y un dedo en alto.

—¿Sabes de quién parece? Si no supiera que es imposible, diría que es de mi hermana. Ella usa esos términos que lo convierten todo en poético. Pero, en fin, es imposible que sea de mi hermana, ¿verdad?

Kenneth enfrentó su mirada sabiendo que el momento había llegado.

—Porque, ¿cómo iba a acabar el ordenador de mi hermanita en tu apartamento?

Lauren, tras la puerta del dormitorio, apretó las mandíbulas. En un impulso cobarde había decidido ocultarse por si se trataba solo de una visita rápida de su hermano. Pero por lo que oía no solo no era así, sino que Matt sabía lo suyo con Kenneth. Y estaba montando uno de sus numeritos para presionarlo. No pensaba dejarlo solo ante el peligro y, tomando aire, decidió salir. Supo que no se había equivocado cuando su hermano no mostró un solo atisbo de sorpresa al verla.

Matt clavó la mirada en la suya, y por primera vez en su vida Lauren no supo leer en ella, pues la miraba como si jamás la hubiese visto antes. Fueron momentos tan intensos que Lauren casi se quedó sin respiración. Parecían dos gallos a punto de enzarzarse en una pelea.

—Matt... —volvió a intervenir Kenneth, y una vez más, Matt lo volvió a callar, elevando las manos sin dejar de mirar a su hermana.

—Luego voy contigo, pero ahora quiero que hable ella.

—¿Qué quieres que te diga, Matt? ¿Que siempre he estado enamorada de Kenneth? —se abrazó a sí misma por los codos, como si aquella revelación la convirtiese en vulnerable a ojos de su hermano.

—Eso ya lo sé. Lo escribías en todos tus diarios, una y otra vez. Lauren y Kenneth, Kenneth y Lauren. La lectura más aburrida de mi vida —dijo con burla y puso los ojos en blanco.

Ella se llevó las manos al rostro, en un principio avergonzada hasta que se dio cuenta de lo que significa aquello.

—¡Serás idiota! ¿Leías mis diarios? —preguntó con mirada incendiaria.

—Pues claro, ¿qué hermano mayor no lo hace?

—¡Todos! Al menos todos lo que tengan un mínimo de decencia —espetó furiosa. Resopló y posó las manos en las caderas—. ¿Y por qué no dijiste nada? Nunca lo utilizaste contra mí —apuntó sorprendida.

—Y ahí está la parte de la decencia. Eran tus cosas, todos nos hemos enamorado de niños. Y la verdad, pensé que se te pasaría. Pero ya veo que no...

—No —tragó saliva sorprendida con la respuesta de su hermano.

—¿Y tú? —se giró para encarar a Kenneth. Su mirada tampoco descifraba lo que sentía hacia él—. ¿La quieres?

—Más que a mi vida, Matt. La amo, y sé que esto puede acabar con nuestra amistad, pero no quiero estar sin ella, no puedo.

Matt lo vio desviar la mirada hacia su hermana y la sonrisa que ambos compartieron llena de complicidad. Nunca había visto a su hermana brillar de esa manera y a su amigo tan feliz como en ese momento. Resopló dejando caer los hombros derrotado ante la evidencia.

—¡Oh! Desde luego que nuestra amistad se va a ir a la mierda si sigues yendo al campo a ver a los Patriots con mi hermana y no conmigo —bufó molesto.

La pareja lo miró con ojos desorbitados.

—¿Así es como te has enterado? —preguntó Lauren, alucinada.

Matt fue hasta el sofá y se dejó caer, repanchigándose.

—Así es como me enteré yo y los millones de espectadores que vieron el partido de ayer. ¿A quién se le ocurre besarse ignorando a Tom Brady que pasaba por vuestro lado? —sacudió la cabeza como si fuera algo inconcebible—. Menos mal que papá y mamá tenían una cena anoche y se perdieron el espectáculo.

Lauren y Kenneth se miraron asimilando las palabras de Matt.

—Por cierto, ¿cuánto lleváis saliendo juntos? —preguntó su hermano ajeno a sus preocupaciones.

—Desde el cuatro de julio —repuso Kenneth tras sacudir la cabeza. No sabía qué lo tenía más confuso, si el descubrimiento de que habían salido en la televisión nacional besándose, si que Matt hubiese ido a enfrentarlos, o la actitud tranquila de este. Estaba preparado para lo peor, pero no para esa reacción.

—¡Mierda! ¿Cuatro meses? Acabáis de hacerme perder cien pavos.

—Meneó la cabeza, molesto—. Mi novia es una bruja —declaró.

—¿Jane lo sabe?

—Claro. Al final vi el partido en su casa. Me hizo ver la repetición del beso una docena de veces. Dice que hacéis una pareja de cine. —Hizo una mueca, no estando muy de acuerdo con esa descripción—. No os molestéis, pero ver besarse a mi hermana y mi mejor amigo no es mi descripción de una gran programación. Ella apostaba a que todo venía desde aquella barbacoa. Ese día me dijo que pensaba que tu novio... perdón, tu ex novio, parecía gay. Yo me reí, claro. —Y recordando la escena, Matt empezó a reír en ese momento.

Cuando vio que ellos no lo acompañaban los miró asombrado.

—¡No jodáis! ¿Es gay?

Lauren asintió sonriente.

—¡Mierda! ¡Doscientos pavos! —Se tapó la cara con las manos en un gesto ofuscado—. ¡Vosotros queréis acabar con mi corazón y mi cartera!

Lauren y Kenneth sonrieron y se sentaron uno a cada lado de Matt, que los miró alternativamente. Ellos lo abrazaron, haciendo una piña.

—Gracias, hermanito, por entenderlo —dijo Lauren posando la cabeza sobre su hombro, feliz. Jamás lo entendería, era el hombre más raro de la tierra, pero también el mejor hermano del mundo y lo quería.

Matt puso los ojos en blanco.

—Y por no partirme la cara. Lo habría entendido —añadió Kenneth, dándole un golpecito en el pecho, con camaradería—. Puedes estar tranquilo, sabes que nunca le haría daño.

—¡Oh, amigo! Me preocupas más tú que ella. Pero si alguien la conoce y sabe dónde se mete, ese eres tú.

Los tres se miraron con los labios apretados y terminaron por irrumpir en carcajadas.

CAPÍTULO 23

Lauren entró en la cafetería que había elegido para el encuentro con veinte minutos de antelación. Craso error, porque estaba segura de que ahora pasaría desde ese momento hasta la llegada de su madre y tía Corinne contándolos uno a uno. Fue hasta la barra, quitándose el gorro, los guantes y deshaciendo el nudo de la bufanda con la que iba ataviada. Habían bajado considerablemente las temperaturas, además de llover a mares desde hacía dos días. Le gustaba la lluvia, pero solo cuando podía disfrutar de ella en el interior de su casa, deleitándose a través de la ventana. En la barra pidió su café habitual, un *latte* con mucho azúcar, nata y una pizca de canela. En resumen, una sobredosis de glucosa que se consentía cuando necesitaba un extra de energía, o simplemente alegrarse el momento.

No estaba triste, pero se la comían los nervios. Que la revelación de su relación con Kenneth hubiese ido tan bien con Matt, solo le hacía pensar que quedaba lo peor. No podía tener tanta suerte con todos y aquella no sería una cita cualquiera. Las dos mujeres con las que había quedado habían sido su referente toda su vida. Ambas habían sido como madres para los dos. Pues su madre había ejercido ese papel en muchas ocasiones

con Kenneth, y tía Corinne con ella, cuando lo había necesitado. Aún recordaba la conversación que había tenido con ambas el día que fueron a comprar su vestido para la fiesta de fin de curso del instituto. Ya entonces, sin que ellas lo supieran, les había pedido consejo sobre sus sentimientos por Kenneth. Y ellas le aconsejaron que se olvidara de él y saliera con otros chicos. Esperaba que aquel consejo no se repitiera esa tarde, porque nada ni nadie la haría cambiar de opinión con respecto a él.

Hizo una mueca mientras dejaba el café sobre la mesa elegida, sumida en su diatriba mental. Se despojó del abrigo y lo colgó en un perchero cercano. El local estaba decorado al más puro estilo de New England, con abundante madera clara, vigas en el techo, mesas que mezclaban varios estilos, unas de ellas de madera, otras de metal, otras con cristal, y muchas piezas *vintage* que le daban un toque acogedor. De igual manera las sillas eran distintas unas de otras en color, material y forma. Había elegido la mesa que le parecía más íntima y cómoda para que las tres tuvieran esa conversación tan especial a la que había decidido ir sola. Kenneth se había ofrecido a acompañarla, pero creía que tenía que hacerlo sola. Y como mujer, sería más fácil de llevar que siendo ambos los que se enfrentasen a ellas. Aun así, y tras haberse quitado a Matt de la ecuación en la lista de tareas pendientes, el que más le preocupaba ahora era su padre. Pero ese sería el siguiente paso a dar y no debía pensar en

ello en ese momento, o cuando llegasen las dos mujeres más importantes de su vida ella estaría colgada de alguna de las vigas del techo como un gato asustadizo.

Sentada ya a la mesa, se frotó las manos. Miró a un lado y otro. No estaba tan concurrida como la había visto otras veces. Ella solía ir a esa cafetería algunas tardes con Payton y Travis, y otras veces con compañeros de la redacción a tomarse un café o ver las actuaciones en directo que se hacían los jueves por la noche en el pequeño escenario del final del local. Solían ser recitales de poesía o actuaciones intimistas de cantantes que amenizaban las veladas con sus guitarras, pianos, y en una ocasión hasta un chelo. El local no daba para mucho más, pero aun así solía estar bastante lleno. Aquella tarde, sin embargo, excepto por una pareja que, acurrucada, se prodigaba unos cuantos besos, y un par de mesas más ocupadas por jóvenes de la universidad que hablaban animados, el resto estaba vacío. «Mejor», pensó. Cuantos menos testigos hubiese de lo que iba a pasar allí a poco que la cosa se torciese, mejor.

Pero los minutos pasaron lentos y para cuando su madre y tía Corinne aparecieron por la puerta, la cafetería ya estaba casi llena. Se puso en pie inmediatamente para saludarlas y hacerse ver entre el resto de clientes, guiándolas a su mesa. Ellas le sonrieron, tan encantadas y felices de tener aquella tarde de chicas que hasta se sintió culpable de estropearles

un momento como ese. Llevaban meses queriendo quedar con ella, como hacían antes, pero también la culpabilidad le había impedido hacerlo sabiendo que les ocultaba algo tan importante. Para cuando consiguieron sortear las concurridas mesas, a Lauren ya le dolía la tensa sonrisa en el rostro.

La primera en abrazarla fue su madre, que lo hizo con ganas, achuchándola con fuerza y llena de emoción.

—Mi niña... ¡Cuánto te echaba de menos! —le dijo durante el abrazo.

Lauren, aunque feliz de abrazar a su madre, sintió sus palabras como un golpe en el estómago, aderezado por los remordimientos. La siguiente en tomarla entre sus brazos fue la tía Corinne, tan hermosa como siempre. Cuando fue a besarla esta también la acogió en sus brazos y después le pellizcó la mejilla, como hacía cuando era una niña. Las tres se miraron durante un segundo y Lauren, emocionada, las invitó a sentarse. Fue a acomodarse en su silla cuando su madre le pidió que le cambiase el asiento.

—Perdona, hija, es que prefiero mirar hacia la puerta y el escaparate. Me gusta ver la calle, la lluvia...

Lauren se giró, el día era plomizo y en esa época del año, mediados de noviembre, pronto sería de noche. No había mucho que ver en la calle,

pero si eso hacía que su madre se sintiese más cómoda le cambiaría el sitio. Si le hubiese pedido un cuarteto de cuerda, también lo habría buscado. Cualquier cosa que hiciese más llevadero el trago que les iba a hacer dar.

—¿Qué queréis tomar? —preguntó a ambas mientras se despojaban de sus prendas de abrigo.

—Yo un té sin azúcar y con un chorrito de leche fría —le dijo su madre.

—Para mí un chocolate caliente —fue el turno de tía Corinne.

Se apresuró a ir a la barra a pedir las bebidas mientras ellas se acomodaban. En la barra aguardó su turno, después de unas chicas que estaban pidiendo, y luego lo hizo ella. Mientras le servían sus consumiciones, echó un vistazo a ambas mujeres que ajenas a lo que se les avecinaban, charlaban relajadas, admirando el local.

—Perdona...— Llamó su atención el camarero y se giró de nuevo hacia él—. Tengo un problema con la máquina del chocolate. Si me dices tu mesa, en cuanto lo tenga todo te lo acerco yo. —Le brindó una sonrisa de disculpa y ella se la devolvió.

—Claro, aquella de la esquina —le señaló.

El camarero asintió y ella volvió hasta su sitio.

—En seguida lo traen todo —dijo sentándose. Las dos mujeres la miraron sonrientes y con cierta expectación y ella decidió meter el rostro en su café antes de empezar la delicada conversación.

—Pareces nerviosa, cielo. ¿Estás bien? —Tía Corinne siempre tan perspicaz, pensó, limpiándose la nata del labio superior. Asintió repetidamente y sonrió.

—Sí, bueno, un poco. Es que... tengo algo importante que deciros y no sé... bueno... Lo he ensayado, ¿eh? —una risita nerviosa, se apoderó de ella— pero ahora... no sé cómo empezar. —Se pasó la mano por la frente sintiendo que le ardían las mejillas.

¿Y si lo soltaba sin más y ya está?, se planteó, sintiendo que ir con pies de plomo iba a ser una tortura.

—Tranquila, ¿por qué no bebes un poco más? Nosotras no nos vamos a mover de aquí —le dijo su madre, con comprensión, intentando calmarla. Así había sido siempre, desde niña. Ella era un volcán y su madre las aguas tranquilas que intentaban atemperar el carácter alocado y explosivo de su hija.

Le hizo caso y dio otro trago largo a su café.

Iba a hablar de nuevo cuando el camarero llegó a la mesa con las consumiciones. Lauren sonrió tensa. El corazón se le iba a salir ya por la boca.

—Aquí tienen, señoritas —dijo este provocando las sonrisas encantadas de ambas mujeres—. Y por la tardanza... —Dejó también un plato con tres monísimos *cupcakes* caseros, con preciosas blonditas de color pastel y virutas de chocolate por encima.

—¡Oh, qué detalle! —dijo su madre, complacida, comenzando a admirar inmediatamente la decoración del pastel, como buena cocinera que era.

—Tienen una pinta estupenda —comentó Corinne.

—¿A que sí? —repuso su madre—. Estaba pensando hacer para la semana que viene un tutorial para el canal sobre cupcakes y como estén tan buenos como aparentan, recomendaré este sitio —dijo feliz con su idea.

—¡Me parece estupendo!

—A mí también —dijo ella. Le encantaba que su madre, que había conseguido tener bastante éxito con su canal de YouTube y por lo tanto era mucho más feliz y se sentía realizada, encontrase inspiración para crear su contenido hasta en aquel pequeño *cupcake*, pero ella estaba a punto del colapso nervioso y necesitaba centrarlas en la conversación.

—Tienes mala cara. Tal vez deberías comer un poco también —le dijo su tía ofreciéndole uno de los pasteles.

—¡No! —Sonó demasiado efusiva y crispada y cuando ambas la miraron interrogativamente y con preocupación, se mordió el labio inferior—. Estoy bien, de verdad. Solo necesito deciros una cosa. Una cosa que os va a sorprender y quizás os disguste un poco... Pero allá va. Kenneth y yo estamos... —Frunció el ceño al verse interrumpida por la música que provenía del escenario. Con los nervios no se había dado cuenta de que lo había ocupado una chica con un violín. Iba a resoplar ofuscada al ver que ni su madre ni su tía le prestaban ya atención, pues se había girado al ver la actuación.

De repente reconoció el tema que tocaba, y la piel se le puso de gallina. Las notas lánguidas del violín interpretaban *A Thousand years*, de Christina Perri. Aquella era la canción que había escuchado una y otra vez, millones de veces en realidad, mientras escribía en sus diarios cuán enamorada estaba de Kenneth. Unas veces llorando por creerse no correspondida, y otras feliz solo de sentir lo que sentía; aquel sentimiento que la hacía estar en las nubes y más viva que nunca. Cuando con amarlo y soñar le bastaba. La emoción se apoderó de ella cuando la voz de una chica, que se levantó de una de primeras mesas acompañó las notas lánguidas del tema para dar voz a sus sentimientos.

Mi corazón late rápido

Colores y promesas

¿Cómo ser valiente?

¿Cómo puedo amar si tengo miedo de caer?

Pero viéndote ahí parado

todas mis dudas

se desvanecen de pronto

Un paso más cerca

He muerto todos los días

Esperándote...

Las lágrimas asomaron a sus ojos, como había ocurrido cada vez que, tumbada en su cama, sobre su colcha de camisetas se había encontrado pensando en él y en lo que aquella canción representaba para ella. Por suerte, ni su madre ni tía Corinne vieron cómo se limpiaba las mejillas con el corazón encogido por los recuerdos. Su amor era tan grande, tan inmenso y era tan difícil de describir que se limitó a tragar la congoja de su pecho y seguir escuchando.

Cariño, no tengas miedo

Te he amado por mil años

Te amaré por mil años más

El tiempo se detiene

Todo lo bello que ella es

Seré valiente

No dejaré que nada

me aparte de lo que hay enfrente de mi ahora

Cada suspiro

Cada hora ha sido por este momento

Un paso más cerca

He muerto todos los días

esperándote

Cariño, no tengas miedo

Te he amado por mil años

Te amaré por mil años más

Cuando acabó la canción ella ya estaba desbordada. Tan llena de ese amor, de la historia que habían compartido que, cuando el público comenzó a aplaudir, no pudo menos que hacerlo también ella, con fuerza y preguntándose cómo conseguiría que le salieran ahora las palabras.

Su madre y Corinne se dieron la vuelta a tiempo de que ella recobrarla la sonrisa, aunque seguía limpiándose las lágrimas. Cada una la tomó de una mano y le sonrieron con una comprensión que no esperaba e hizo que su pecho se agitase tras el llanto. Los clientes, tras aplaudir, regresaron a sus conversaciones, algunos se levantaron a pedir nuevas consumiciones y ella iba a hacer un nuevo intento de explicarles por qué se sentía así y lo que llevaba un rato intentando decirles cuando la música empezó a sonar de nuevo, pero esta vez por los altavoces del hilo música del local. Normalmente la música era ambiental, suave y discreta, pero en esta ocasión las primeras notas de *Meet me halfway* de The Black Eyed Peas, sonaron con fuerza.

Lauren frunció el ceño, habría reconocido esa canción aun con solo esas primeras notas en cualquier sitio y momento. Era la que bailaba ella cuando Kenneth la pilló en la cocina. Fue la primera vez que vio en su mirada algo más. La sonrisa que le provocó el recuerdo quedó congelada en su rostro cuando los clientes que se habían levantado abrieron sus coloridos paraguas dentro del local y empezaron a bailar entre las mesas con una coreografía muy familiar para ella. Se fijó por primera vez en ellos y reconoció a varios de sus compañeros de baile.

—¡Dios mío, es un *flash mob*! —dijo llevándose las manos a la boca, con los ojos muy abiertos. Paralizada y con el corazón desbocado. Empezó

a reír feliz, llenándose de la energía que siempre le había provocado esa canción y el espectacular baile. Los clientes que no bailaban, aplaudían envueltos en la energía electrizante del tema. Incluidas la tía Corinne y su madre. Se dejó llevar por la música y la letra de ese tema con el que tan bien representada se sentía.

No puedo ir más lejos de aquí

Te deseo tanto, eres mi mayor deseo

Pasé mi tiempo solo pensando

pensando en ti,

cada día, sí, extrañándote,

y todas esas cosas que

solíamos hacer.

Ey, chica, qué paso, solíamos ser solo tú y yo

Pasé mi tiempo solo pensando

Pensando, pensando en ti

cada día, sí, extrañándote

y todas esas cosas que

solíamos hacer

Ey, chica, qué paso, qué paso, qué paso, qué paso

*Encuéntrame a la mitad del camino, en la frontera
Es donde voy a esperarte
estaré pendiente, noche y día
llevo mi corazón hasta el límite, y aquí es donde me quedo
No puedo ir más lejos que aquí
Te deseo tanto, eres mi mayor deseo.*

Los bailarines saltaron sobre las mesas y ella dio un grito, sorprendida. No podía dejar de moverse en la silla, siguiendo el ritmo. La coreografía era espectacular. Ya lo era cuando ella la creó, pero habían cambiado algunas cosas para adaptarlas al espacio del local. Y no podía dejar de mirar a un lado y a otro para no perderse detalle.

*Chica, viajo alrededor del mundo
e incluso navego los siete mares
a través del universo, iré a otras galaxias
solo dime dónde quieres,
sólo dime dónde deseas reunirme
yo me navegaré a mí mismo, me llevaré hasta donde quieras
porque, niña, te quiero ahora, ahora
viajo de arriba hacia abajo*

*te quiero tener conmigo, como cada día
te amo... siempre de la misma manera.*

*Encuéntrame a la mitad del camino, en la frontera
Es donde voy a esperarte
estaré pendiente, noche y día
llevo mi corazón hasta el límite, y aquí es donde me quedo
No puedo ir más lejos que aquí
Te deseo tanto, eres mi mayor deseo*

*Crucemos el puente, hacia el otro lado
solo tú y yo
volaré los cielos, para ti y para mí
Voy a intentar, hasta que me muera, para ti y para mí
para ti y para mí, para ti y para mí
para ti y para mí, para ti y para mí*

*Encuéntrame a la mitad del camino
en la mitad, a la derecha, en la frontera*

Es donde voy a esperarte

estaré pendiente, noche y día

llevo mi corazón hasta el límite, y aquí es donde me quedo

No puedo ir más lejos que aquí

Te deseo tanto, eres mi mayor deseo.

Y de repente el ritmo de la música cambió y todos los bailarines se quedaron quietos. Tanto como estatuas. Ya no sonaba *Meet me halfway*, y en su lugar la música hizo una transición a *Perfect* de Ed Sheeran. Solo una pareja de bailarines empezó a moverse. Él la tomó de la cintura y la subió al escenario donde bailaron siguiendo el conocido tema, cargado de sentimientos íntimos y dulces. Y entonces, Kenneth se levantó de una de las mesas. Había estado todo el tiempo allí, de espaldas, y su corazón se detuvo en seco. Sobre todo cuando él enlazó su preciosa mirada castaña con la suya. Seguía la letra con los labios y entonces fue capaz de apreciar cada palabra.

...Encontré a una chica, hermosa y dulce,

Oh, nunca supe que tú eras la que había estado esperando por mi

Porque solo éramos niños cuando nos enamoramos

Sin saber lo que era

No te dejaré esta vez

Pero, cariño, solo bésame lentamente

Tu corazón es todo lo que tengo

Y en tus ojos, estás sosteniendo el mío...

Lauren tragó un nudo emocionado, y le sonrió tan nerviosa como feliz. Estaban rodeados de gente, pero el mundo había desaparecido para ella, y solo quedaba él.

...Encontré una mujer

Más fuerte que cualquiera que conozco

Ella comparte mis sueños

Espero que algún día yo comparta su casa

Encontré una amante

Para llevar más que mis secretos

Para llevar amor, llevar a nuestros hijos

Él se había ido acercando lentamente, ya solo estaba a un par de pasos y las lágrimas lucharon de nuevo por salir, enredándosele en las

pestañas. Parpadeó varias veces mientras su corazón latía cada vez más atronador en su pecho. Él era todo lo que quería, todo lo que había querido siempre. La canción siguió y ambos se mecieron en las últimas frases.

Aún somos niños, pero estamos tan enamorados

Luchando contra todas las posibilidades

Sé que estaremos bien esta vez

Cariño, solo toma mi mano

Sé mi chica, yo seré tu hombre

Veo mi futuro en tus ojos.

Kenneth rodeó la mesa, y delante de su madre y la tía Corinne sacó una cajita negra del interior de la americana que llevaba. Ella abrió mucho los ojos y él sonrió, divertido. Se llevó ambas manos a las mejillas, rojas y calientes. No había tenido la oportunidad de hablar con ellas, y su padre...

Como si le leyeran la mente, tanto su padre como su hermano y Jane se levantaron también de sus mesas. Todos sonrientes y al parecer tan felices como ella. Ya no pudo más y lloró abiertamente, su pecho empezó a vibrar descontrolado, y entonces Kenneth tomó su mano y todo volvió a desaparecer para ella excepto él.

—No te asustes, sé que es pronto, que quieres terminar la carrera y vivir unas cuantas aventuras antes, pero... Lauren Weaver, eres el amor de mi vida.

Por todo el local se oyó un «ooooohhhh» de lo más cursi que a ella le hizo sonreír.

—Te amo tanto que no puedo imaginar un futuro sin ti, iluminando mis días con tu sonrisa, tu ingenio, tus miradas incendiarias y tu lengua suelta —Lauren se llevó la mano a los labios, conteniendo la risa—, y solo por eso quiero declararte mi amor delante de toda esta gente que significa tanto para nosotros.

Lauren recorrió la sala. Estaban Payton y Travis al final, saludándola con la mano, también compañeros de la universidad, de la redacción, su grupo de baile y sus familias.

—Mis padres... tu tía —susurró ella a pesar de que todos estaban pendientes de cada palabra.

—Lo saben desde que empezamos a salir, yo fui a hablar con ellos.

Lauren parpadeó varias veces. Sus ojos se desviaron a su padre y este sonrió, asintiendo. No entendía nada, pero no podía ser más feliz y volvió a enlazar la mirada con la de Kenneth.

—Y ahora quiero prometerte que siempre estaré a tu lado, en los buenos y en los malos momentos, que no volveré a romper tu ventana si no

es para rescatarte, princesa. Y que cada vez que meta la pata, intentaré compensarlo con una caja de bombones, que seguro que te negarás a compartir conmigo.

Esta vez todos los presentes rieron con ellos.

—Pero me dará igual si te veo tan feliz como ahora. Porque ver esa sonrisa en tus labios será mi meta cada día si decides hacerme el honor de convertirte en mi esposa, mi compañera, mi alma gemela, para toda la vida.

Kenneth abrió la cajita ante ella y Lauren vio el solitario más hermoso que había imaginado jamás.

Comenzó a asentir repetidamente y tan emocionada que las palabras se le amontonaron entre los labios.

—Sí, sí, claro que sí acepto. Te amo, Kenneth O'Brien.

Dejó que él tomase su mano y le colocara el anillo en el dedo anular, en el que encajó a la perfección.

Y delante del entregado público que irrumpió en aplausos, lo rodeó con sus brazos y lo besó.

CAPÍTULO 24

Lauren, sentada en uno de los sillones de madera de la terraza de sus padres, admiró el juego de colores del atardecer, aferrada a su taza de café. Tenía mucho en lo que pensar. Su vida iba a cambiar a partir del día siguiente y estaba a la vez nerviosa y entusiasmada. Si miraba hacia atrás, encontraba la casa en la que había soñado, anhelado y suspirado esperando ese momento. Ahora lo tenía al alcance de la mano, y sentía vértigo y cierto miedo. Ya no era esa niña, era una mujer fuerte, emprendedora y su futuro la estaba esperando impaciente. Aun así, se preguntaba... ¿y si se equivocaba en su elección? Se abrazó las rodillas y suspiró.

—¿Qué haces, hija? —le preguntó su padre, tomando asiento en el sillón de al lado, con otra taza en las manos.

Se encogió de hombros y sonrió.

—¿Emocionada con la ceremonia? —insistió él, justo antes de sorber su café.

—Un poco. Aún no puedo creer que haya llegado el día.

Él sonrió, mirando al horizonte.

—Más me cuesta a mí. Mi hija se licencia mañana. Ya eres una mujer y estás incluso prometida. —Sacudió la cabeza, negando, mirando

el anillo que descansaba en su dedo.

Durante un segundo miró a su padre, habían pasado los años por él, pero seguía siendo muy atractivo. Tenía el cabello rubio casi cubierto de canas y los mismos ojos verdes que veía ella al mirarse al espejo. Siempre había sido un ejemplo a seguir, y se dio cuenta de que de alguna forma había buscado esa rectitud, modelo de ética y amor por la familia, en su prometido.

—Papá, ¿de veras te parece bien que Kenneth y yo estemos juntos?

Su padre guardó silencio durante unos segundos.

Habían pasado seis meses y hasta ese momento había decidido aceptar que así era, pero no había tenido una conversación a solas con él. Su madre sí le había confesado que tanto ella como Corinne, de alguna manera, siempre habían intuido su enamoramiento por el chico que habían visto crecer. Ella siempre había sido muy transparente y efusiva en su manera de actuar y habían sido testigo de las distintas etapas que había ido superando con respecto a los sentimientos que albergaba hacia él. De hecho, a menudo, ambas habían hablado sobre el tema, pero nunca llegaron a imaginar aquel desenlace hasta que no fue él a confesarles lo que sentía por ella y que se había declarado. Con su padre, Kenneth tuvo una conversación a parte. Y el último en enterarse había sido Matt. Con él había planeado hacerlo de otra forma, pero al verlos en el partido y

presentarse en el apartamento había roto sus planes. Por suerte todo había salido bien.

—Si te digo la verdad, cuando vino a hablar conmigo casi me da un infarto. Kenneth se hizo un hueco muy rápido en esta familia. No me costó quererlo como a un hijo, porque era un chico excepcional. También lo es ahora como hombre, pero me estaba diciendo que amaba a mi pequeña...

Su padre sonrió con cierta tristeza en la mirada.

—Papá...

Su padre sacudió la mano, quitando importancia a su declaración.

—Lauren, sé que en ocasiones he sido muy duro contigo, pero es que... —Lo vio tragar un nudo de emoción—, desde el día que naciste, desde la primera vez que te tuve en mis brazos, sabía que ibas a ser alguien especial, realmente increíble.

Lauren lo miró con los ojos muy abiertos.

—No lo vas a creer, pero ya mirabas de esa forma... desafiando al mundo, haciendo saber que habías llegado para revolucionarlo todo, para dejar tu huella. Siempre has sido tan apasionada, tenías esa energía... —dijo elevando las palmas— aplastante, y desquiciante, todo hay que decirlo. No sé, me costaba creer que alguien pudiese alcanzarte, ser lo suficientemente bueno para ti.

—Eso es amor de padre —dijo ella con una sonrisa, llena de orgullo hacia su progenitor.

—Lo es. Sin duda. Algún día, espero que dentro de mucho, puede que seas madre y entonces entenderás a lo que me refiero. Pero no es solo amor de padre. Todos los que te conocen ven lo mismo que yo. Por eso siempre he tenido miedo por ti. Sabía que tu hermano era un buen guardián, pero hay personas oscuras e indecentes en este mundo y siempre temí que alguien quisiese apagar tu luz. Cuando te pasó aquello con el editor...

Lauren tragó saliva, quiso tranquilizarlo, pero él alzó la mano para que le permitiera hablar.

—No quiero profundizar en eso, solo decirte que fue horrible para mí saber que no te podía proteger de todo. Tú te defendiste sola, y estoy muy orgulloso. Pero para un padre... saber que su hija cuenta con un buen hombre a su lado que no solo la ama, sino que la respeta, la valora, la admira..., es todo lo que puede pedir. —Cogió su mano y con el pulgar acarició su anillo—. Y Kenneth es ese hombre.

Lauren sonrió.

—Sí que lo es —aseguró ella.

—De lo contrario no le habría dado tu mano —apuntó su padre, soltándola.

Lauren enarcó una ceja, pues acababa de enterarse de que así había sido.

—Lo sé, eres libre y habrías hecho lo que te diera la gana, como siempre. Pero para mí fue importante que no solo me dijera todas las razones por las que te ama, sino que le diera importancia a la opinión de la familia. Por las cosas que me contó, supe que siempre estaría ahí para ti, como en realidad lo ha estado siempre.

Lauren bajó el rostro, admirando nuevamente su precioso anillo y admitiendo que así había sido.

—Tu madre y Corinne ya se volvieron locas con su idea de hacerte la proposición más romántica de la historia. Les costó horrores mantenerlo en secreto, pero eran tan felices... Aunque lo del beso del partido casi lo echó todo a perder —dijo riendo.

—¿Lo visteis? —preguntó azorada.

—¡Claro que lo vimos! Pero cuando llamó Matt a la mañana siguiente tuve que inventarme una historia de una cena para que creyera que no sabíamos nada. Kenneth quería decírselo a su manera, como hizo con cada uno de nosotros.

Lauren rio imaginando la escena. Y su padre se sumó a las risas. Estaba feliz de haber tenido esa conversación con él. Quizás la más

profunda que habían tenido en su vida, pues Richard Weaver era un hombre más de hechos que de palabras.

—¿Qué es tan divertido? —preguntó Matt saliendo a la terraza.

Lauren guiñó un ojo a su padre, imperceptible para su hermano.

—Comentábamos que después de mi pedida con violines, *flash mob*, y súper declaración en público, solo te queda el salto en paracaídas, un coro de góspel o pedirselo a Jane en el descanso de un partido de los Patriots y a Tom Brady como testigo.

Su padre y ella rieron hasta que Matt se vio iluminado por la última sugerencia y salió corriendo al interior de la casa como si le ardieran las zapatillas.

—¿En serio cree que puede hacerlo? —preguntó alucinada.

—Es un Weaver, cariño. En esta familia solo tenemos que proponernos las cosas para conseguirlas —dijo antes de dar otro sorbo a su café.

—Eso es cierto —repuso ella. Ambos chocaron sus tazas de café, brindando, y se volvieron a repanchingar en sus sillones, ahora ya a ver el precioso cielo estrellado que los cubría.

CAPÍTULO 25

—Cariño, ¿has cogido los pasaportes? —preguntó Kenneth desde el dormitorio. Pero Lauren, sentada sobre el filo de la bañera, estaba perdida en su mundo, entusiasmada con ese viaje, con empezar esa nueva vida.

Pero antes quería empaparse con los recuerdos de todo lo que había vivido allí, que había sido mucho. Sentía que de esa manera no solo se despedía de aquellas paredes, sino de una parte de su vida que había sido increíble para ella. Hacía dos meses que se había licenciado y decidido cambiar el plan que había establecido para su futuro durante años.

Como primera de su promoción y tras haber ganado algunos premios con sus reportajes, había conseguido ofertas de trabajo interesantes en algunas de las revistas y periódicos más importantes del país. Era una nueva voz en alza, tal y como la había descrito un periódico nacional. Pero ella no quería atarse a un tipo de publicación, a un tipo de historias. Quería tener una voz de verdad y hablar sobre su visión del mundo, de los conflictos, de la naturaleza humana, de la verdad, sin estar condicionada. Y por eso solo había aceptado trabajar para algunos de ellos como *freelance*. Escribiría lo que quisiese y después ofrecería sus artículos a las

publicaciones. Si las querían, fantástico, y si no, las publicaría en sus perfiles y web, haciéndose oír.

—¿Cariño? —volvió a llamarla Kenneth, pero esta vez desde el marco de la puerta del baño—. ¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendido.

—Me despido de la bañera —anunció sin más.

Su novio hizo una mueca divertida, pero lejos de reírse de ella, fue hasta donde estaba. Lauren sonrió.

—Me encanta esta bañera —dijo él acomodándose a su lado en la misma postura—, recuerdo el día que apareciste con ella. Fue un gran día.

Lauren se mordió el labio, traviesa, al recordar ella también la cara que se le quedó a su novio al verla llegar acompañada de dos hombres y la preciosa bañera con patas que había comprado. Se enamoró de ella nada más verla y quiso llevársela al apartamento. Kenneth le había pedido que se fuera a vivir con ella hacía semanas, pero no le había dado una respuesta. Hasta que encontró la bañera en un mercadillo *vintage*. Convenció a los tipos del puesto para que recorrieran varias calles cargando con ella y cuando Kenneth abrió la puerta, la encontró allí, con la bañera y una gran y satisfecha sonrisa. «Me mudo», le dijo entonces, con una expresión tan radiante que él no pudo evitar irrumpir en carcajadas.

—Llegaste ligera de equipaje —bromeó chocando el hombro con el de ella.

—Y lo bien que lo pasamos en esta preciosidad ese día...—dijo ella acariciando el filo lacado.

—Muy muy bien —estuvo él de acuerdo recordando que habían hecho el amor allí toda la tarde hasta quedarse arrugados como pasas—. Tal vez deberíamos despedirnos de ella en condiciones. —Pasó una mano por su cintura y empezó a acariciar su costado de forma sugerente.

Lauren gimió.

—Si empezamos a despedirnos de cada rincón del apartamento en el que tenemos buenos recuerdos, necesitaremos varios meses. Entraríamos en una especie de bucle de sexo y desenfreno y no volveríamos a salir de casa jamás.

—¿Intentas que suene mal? —preguntó alzando una ceja, divertido.

Lauren sonrió. Tenía razón, no parecía un mal plan, salvo porque estaban a punto de marcharse durante largos meses y también estaba emocionada con lo que le esperaba tras la puerta de salida.

—El problema es que quiero más recuerdos como estos, en todas las bañeras del mundo.

Y así era. Habían decidido dejarlo todo durante unos meses, viajar por el mundo. Él fotografiaría y ella se llevaría miles de historias que contar en el bolsillo.

—Nos va a llevar un tiempo, pero podemos conseguirlo —repuso él optimista.

—Un Weaver siempre consigue lo que se propone —apuntó ella elevando la barbilla, orgullosa.

Kenneth tomó su rostro para apoderarse de su boca con pasión, haciendo que ambos cayeran al interior de la bañera entre risas. Sus lenguas volvieron a entrar en contacto y Lauren dejó de pensar. Parecía que finalmente sí iban a despedirse de la bañera.

—¿Sabes? —gruñó contra su cuello, haciendo que se le erizara la piel—. Un O'Brien también.

FIN

Estimado lector, ante todo, mil gracias por haber elegido mi libro de entre los miles a tu disposición. Espero que hayas disfrutado mucho con su lectura.

Si deseas dejar tu comentario en Amazon, no solo sabré qué te ha parecido, sino que podrás ayudar a otros lectores indecisos.

Gracias,

Lorraine Cocó

SOBRE LORRAINE COCÓ

Es autora de ficción romántica desde hace veinte años. Nacida en 1976 en Cartagena, Murcia. Ha repartido su vida entre su ciudad natal, Madrid, y un breve periodo en Angola. En la actualidad se dedica a su familia y la escritura a tiempo completo.

Apasionada de la literatura romántica en todos sus subgéneros, abarca con sus novelas varios de ellos; desde la novela contemporánea a la paranormal, suspense, *new adult*, contemporánea o *chick lit*. Lectora inagotable desde niña, pronto decidió dejar salir a los personajes que habitaban en su fértil imaginación, primero escribiendo poesía y más tarde a través de la novela y el cuento.

En mayo de 2014 consiguió cumplir su sueño de publicar con la editorial Harlequín Harper Collins su serie *Amor en cadena*, que consta de ocho títulos. En septiembre de 2015 publicó *Se ofrece musa a tiempo parcial*, galardonada en 2016 como mejor comedia romántica en los Premios Infinito. En 2015 recibió el Premio Púrpura a la mejor autora romántica autopublicada. En 2018 recibió el premio NORA de romántica, concedido por compañeros escritores, y lectores. En 2019 resultó finalista del PLA, Premio Literario de Amazon de habla hispana, con su novela *La*

coleccionista de noches vacías, seleccionada entre más de dos mil cuatrocientas novelas de treinta países.

Con más de treinta novelas publicadas con gran éxito desde sus inicios, Lorraine sueña con seguir creando historias y viajar por todo el mundo, recogiendo personajes que llevarse en el bolsillo.

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

SERIE AMOR EN CADENA:

Perdición Texana – Editorial Harlequín Harper Collins

Ríndete, mi amor - Editorial Harlequín Harper Collins

Unidos por un ángel - Editorial Harlequín Harper Collins

Una boda sin fresas - Editorial Harlequín Harper Collins

Mi pequeña tentación - Editorial Harlequín Harper Collins

Gotas de chocolate y menta - Editorial Harlequín Harper Collins

Con la suerte en los tacones - Editorial Harlequín Harper Collins

Dulce como el azúcar - Editorial Harlequín Harper Collins

OTROS LIBROS:

La coleccionista de noches vacías

Se ofrece musa a tiempo parcial

Besos de mariposa

Los días grises y tu mirada azul

Jugando a las casitas- Romántica's Cocó

Como en una canción country- Romántica's Cocó

Ni contigo ni sin ti- Romántica's Cocó

SERIE PARANORMAL:

Dakata – Romántica's Cocó

La Portadora – Romántica's Cocó

El destino de Noah- Romántica's Cocó

Trilogía Semillas Negras

Bye Bye, Love- Romántica's Cocó

Las hermanas DeMarsi y sus extraordinarias formas de amar

COLECCIÓN BOCADITOS:

Hecho con amor – Romántica's Cocó

Eres la nata de mi chocolate – Romántica's Cocó

Sexy Summer Love – Romántica's Cocó

Autumn Passion Love – Romántica's Cocó

Besos de cereza- Romántica's Cocó

SERIE SUSPENSE ROMÁNTICO:

Lo que busco en tu piel - Romántica's Cocó

Lo que encuentro en tu boca - Romántica's Cocó

Lo que quiero de ti - Romántica's Cocó

Lo que tomo de ti - Romántica's Cocó

TRADUCCIONES:

Texan Downfall (Love in Chains, Book 1)

Naiade, La portatrice di vita (Italian Edition)

Part-Time Muse For Hire

Fatto con amore (Italian Edition)

Come panna sul cioccolato (Italian Edition)

You're the cream to my cocoa

Todos ellos disponibles en digital, papel y KindleUnlimited